

VOLUMEN

**70**

# Feliciano Montenegro

Biblioteca  
Biográfica  
Venezolana

Napoleón Franceschi G.



**EL NACIONAL**

**BANCARIBE** 

## Napoleón Franceschi G.

Es Profesor de Historia egresado del Instituto Pedagógico de Caracas (1976). Obtuvo una Maestría en Historia Intelectual de Europa y Estados Unidos de América (Master of Arts, University of the Pacific, Stockton, California, USA, 1984), y es egresado Summa Cum Laude de la Universidad Católica Andrés Bello como Doctor en Historia (1995).

Ha ejercido la docencia como profesor de pregrado y postgrado durante más de treinta años.

Desde 1976 es Profesor en el Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas. En 1992 alcanzó el máximo escalafón académico: Profesor Titular de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Jubilado por esta Universidad a partir del 1º de abril de 1999.

Ya como Profesor Jubilado, ha sido contratado para los cursos de postgrado y tutorías de tesis en la Maestría en Educación (Mención Enseñanza de la Historia) del Instituto Pedagógico de Caracas. Igualmente, en el Doctorado de Historia de la UCAB y en otras instituciones: UJMV, UNIMET.

Es autor de artículos sobre temas históricos y educativos publicados en revistas especializadas, así como de los siguientes libros: *Caudillos y Caudillismo en la Historia de Venezuela...* (Caracas, 1979), *Vida y Obra del Ilustre*

*Caraqueño Don Feliciano Montenegro Colón* (Caracas, 1994), *Venezuela Petrolera* (Caracas, 1998), *El Culto a los Héroes y la Formación de la Nación Venezolana 1830–1883* (Caracas, 1999), *El Pensamiento Político del Libertador Simón Bolívar* (Caracas, 2001),

*El Gobierno de Juan Vicente Gómez 1908–1914* (Caracas, 2001), *Daniel De León, teórico marxista del movimiento socialista y obrero-sindical estadounidense* (Caracas, 2002). Además de estas obras ha publicado trabajos como: *Tres Cuentos, Tres Generaciones y Un Solo Pueblo: Onoto* (Caracas, 1999). *Los Franceschi, La Pequeña Historia de una Familia* (Caracas, 2003).

Como autor o coautor ha escrito una amplia serie de dieciocho manuales escolares, algunos de ellos con varias versiones y sucesivas ediciones y reimpresiones. Página WEB: [www.nfghistoria.com](http://www.nfghistoria.com)





Biblioteca Biográfica Venezolana

# Feliciano **Montenegro Colón**

---

## **BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA**

**Director:** Simón Alberto Consalvi

**Coordinador Editorial:** Edgardo Mondolfi Gudat

### **Consejo Asesor**

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

### **C.A. Editora El Nacional**

**Presidente Editor:** Miguel Henrique Otero

**Presidente Ejecutivo:** Manuel Sucre

**Editor Adjunto:** Simón Alberto Consalvi

**Gerente de Arte:** Jaime Cruz

**Gerencia Unidad de Nuevos Productos:** Tatiana Iurkovic

**Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos:** Haisha Wahnón

**Asistente de proyecto:** Yaneling Moya

**Diseño Gráfico y realización de portada:** 72 DPI

**Fotografías:** Feliciano Montenegro Colón, por Manuel Loayza  
(portada y p. 9)

**Impresión:** Editorial Arte

**Distribución:** El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf78920079203860

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-167-2

## Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

**Miguel Ignacio Purroy**

Presidente del Banco del Caribe

**Miguel Henrique Otero**

Presidente Editor de *El Nacional*



**1810** Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

# Feliciano **Montenegro Colón**

---

(1781-1853)

**Napoleón Franceschi G.**



## Las ventajas de **la escasez**



Iniciar una biografía como ésta tiene, entre otras ventajas, la escasez de amplios y profundos estudios sobre el personaje en cuestión. Lógicamente, ello también es una gran dificultad para quien no pretenda ser una autoridad en ese difícil arte de caminar casi a ciegas en busca de las respuestas pertinentes.

En efecto, estudiar la vida y obra intelectual de Feliciano Montenegro Colón ha sido, para quien escribe estas líneas, un reto a la voluntad de penetrar en un área oscura pero fascinante. Decimos esto considerando que, materiales como las páginas dedicadas al tema en la *Autobiografía de José Antonio Páez* y las ofrecidas por el biógrafo Ramón Azpúrua en nuestro siglo XIX venezolano; lo escrito en décadas pasadas por Mary Watters y por Don Alfredo Boulton, así como la síntesis ofrecida por Héctor Bencomo Barrios, no nos ofrecen sino una limitada base de datos que, aunque muy útil, no nos permite penetrar demasiado profundo en ese período donde vivió y murió el atormentado militar, educador, historiador y geógrafo que fue Don Feliciano Montenegro Colón.

Planteábase antes que era una ventaja el no tener que enfrentarse a un tema demasiado explorado, pues, muchas veces, se hace difícil ex-

poner algo novedoso y que signifique un verdadero aporte al avance de la investigación histórica. Es obvio que el tema propuesto se le considera poco trabajado, y por tanto, existe la posibilidad de ofrecer algo que signifique una contribución a su estudio.

Un problema fundamental que debe abordarse es el análisis sobre la historia y los historiadores del proceso de independencia nacional venezolano del siglo XIX, concentrándose dicho análisis en Feliciano Montenegro Colón, quien –junto con Francisco Javier Yáñez, Rafael María Baralt, Felipe Larrazábal y Juan Vicente González– puede ser considerado digno de un estudio que arroje un poco más de luz sobre su obra y su vida.

Otro problema a investigar es el aporte de Feliciano Montenegro Colón al desarrollo educacional del país a través de su labor como fundador del *Colegio de la Independencia*, la promoción de las escuelas normales, la elaboración de manuales escolares y su labor filantrópica a favor de los estudiantes desvalidos.

La investigación se llevó a cabo –fundamentalmente– en las salas de la Biblioteca Nacional, en la Hemeroteca Nacional, en la Biblioteca y Archivo de la Fundación John Boulton y en la hemeroteca y biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Se localizó en esos centros de Caracas una amplia variedad de fuentes biblio-hemerográficas y algunos importantes documentos impresos y libros raros, muchos de ellos publicados por el propio Montenegro Colón.

Además de la pesquisa en los centros antes mencionados, se hizo una revisión preliminar en los fondos del Registro Principal, archivo Arquidiocesano, Archivo Parroquial de Catedral, Archivo Parroquial de San Pablo y Archivo Parroquial de las Mercedes, todos ellos en Caracas. Desafortunadamente, los resultados fueron negativos en lo atinente al suministro de información sobre las condiciones del fallecimiento de Montenegro Colón y el destino de sus bienes, entre ellos, su valioso archivo y biblioteca personal.

Esa búsqueda a través de la bibliografía disponible, y, sobre todo, de centenares de periódicos no fue siempre gratificadora. Afortunada-

mente, están disponibles casi todos los impresos que publicó (y algunos manuscritos también), y fue posible consultarlos para extraer importantes datos que aparecen en esta biografía.

En cuanto a las fuentes hemerográficas, ellas ofrecieron algunas sorpresas. Algunas nos hicieron leer innumerable cantidad de entregas sin ofrecernos la más mísera mención de nuestro personaje o siquiera de algún tema relacionado: educación, historiografía, literatura. En tales casos, la única información recabada fue constatar simplemente que nuestro asunto no era ni remotamente del interés de tales medios de comunicación.

En otros casos, especialmente en una media docena de periódicos –entre ellos, *El Venezolano*, *El Liberal*, *la Gaceta de Venezuela*– la presencia del tema es significativa. No obstante, debe tenerse presente que la información relacionada con Feliciano Montenegro es notoriamente abundante en todo aquello que tenga que ver con el *Colegio de la Independencia*, pero no así en lo concerniente a su obra historiográfica.

A manera de ilustración, podemos afirmar que en más de un centenar de textos localizados en la prensa de la época, las dos terceras partes corresponden a cuestiones del célebre colegio; en buena parte, avisos firmados por el propio Montenegro Colón.

Muy escasas son las menciones a la obra geográfica e histórica que nos ocupa –menos de diez–, algunas de ellas obra del propio Don Feliciano o de su entrañable amigo (hasta cierta época), el periodista y dirigente liberal Antonio Leocadio Guzmán. Apenas decirlo, pero a lo largo de más de una década, sólo unas dieciocho veces la prensa de entonces dijo algo sobre Montenegro, su *Geografía...* u otra de sus obras menores. Dentro de ese conjunto, una de las menciones se redujo a unas dos líneas dentro de un artículo de diez páginas de crítica literaria escrito por Fermín Toro a propósito de la entonces recién publicada obra de Rafael María Baralt y Ramón Díaz. Otras veces fue algo peor: simples avisos del propio interesado, o cuestiones atinentes a los tropiezos con el Estado venezolano que patrocinó –a medias– la publicación de la *Geografía...* y luego casi sabotó su circulación y venta.

A pesar de esos malos augurios hemerográficos, pero convencidos de la importancia del personaje, trataremos de explicar las causas de esos silencios, las razones de esa animadversión que parecía perseguir todo lo que Don Feliciano intentó hacer hasta los oscuros días de su desaparición física, que parece no importó a nadie entonces, como parece que tampoco importó lo que escribió en buen castellano sobre nuestra América y sobre la geografía y la historia de una nación que se asomaba al mundo con una recién estrenada independencia y una grave crisis de identidad.

Al intentar penetrar un poco más en esa maraña de silencios y gritos que signaron su vida se ha tenido que hacer una especie de ejercicio de *“etno-psico-historia”*. Cuestión ésta que –según Nikita Harwich Vallenilla– pareciera emerger de algunos de nuestros planteamientos que intentan explicar esa compleja existencia de Don Feliciano Montenegro Colón.

### **Algo más sobre las fuentes**

Además de lo ya dicho es importante insistir en que el propio Feliciano Montenegro Colón facilitó mucho el proceso de investigación sobre su persona, pues redactó e hizo publicar sucesivamente unas once relaciones sobre su vida, obra y conducta pública. Lógicamente, todas ellas las reseñaremos en la sección de fuentes al final de esta biografía.

Todas estas publicaciones, así como otras menores aparecidas en la prensa, son, junto con sus libros, una vía franca para conocer el personaje objeto de estudio. Obviamente, todas esas relaciones o memorias de Montenegro deben ser examinadas con ojo crítico a la luz de los acontecimientos de entonces y en relación con otras publicaciones y documentos de sus adversarios y de sus aliados. Consideramos que todas ellas, sin duda alguna, tenían una meta: presentar y justificar su vida en los mejores términos, y ya lo sabemos, generalmente cuando uno escribe sobre sí mismo no lo hace para generar una corriente de opinión negativa.

Esperamos que el recorrido por las fuentes localizadas en los repositorios indicados, con la gentil ayuda del personal allí destacado, nos permita explicar cabalmente las interrogantes planteadas.

Estamos conscientes, de que muchos aspectos de la vida y obra de Feliciano Montenegro Colón están todavía muy oscuros. Necesariamente se debe profundizar la investigación de archivo tanto en Venezuela como en España y el Caribe, para precisar cuestiones tales como las relacionadas con su matrimonio e hijos nacidos y educados en España; entre ellos sus hijas (una de nombre Ángeles) y su hijo varón de nombre Remigio. Igualmente, sus actividades militares y administrativas en España, Venezuela, las Antillas y México; sus estudios en Venezuela y España; el destino que corrió su archivo personal que incluía los originales de sus obras, especialmente las inéditas, cartas, documentos, periódicos, apuntes, etc. Aunque todo ello no ha sido posible cubrirlo por ahora, se aspira poder hacerlo en el futuro.

Quienes hayan leído una obra mía anterior, publicada bajo el título de *Vida y Obra del Ilustre Caraqueño Don Feliciano Montenegro Colón – Su Aporte Historiográfico y Contribución al Desarrollo de la Educación Venezolana de la Primera Mitad del Siglo XIX* (editada por la antigua Alcaldía de Caracas en 1994), pueden constatar que su contenido fundamental está presente en esta nueva edición, parte de esta colección de biografías venezolanas. Lógicamente, en esta biografía que presentamos ahora a nuestros lectores no se incorpora una gran cantidad de detalles sobre fuentes y otros aspectos que sólo interesan en publicaciones especializadas.

Finalmente, el autor sólo espera que los lectores de este trabajo valoren en su justa medida los aciertos y errores presentes en el mismo; con ello realizarán la importante tarea de contribuir a corregirlo y mejorarlo.

### **Los aspectos fundamentales de su vida: 1781-1853**

Escribir ahora sobre Feliciano Montenegro Colón sólo es posible hacerlo a partir de un limitado conjunto de textos, algunos ofrecidos

por el propio Don Feliciano desde el año 1820, y especialmente en los años finales de su vida.

Sabemos que Feliciano Ramón de la Merced Montenegro y Colón nació el 9 de junio de 1781 en la ciudad de Caracas, y que fue hijo del abogado de la Real Audiencia de nombre José Cayetano López de Montenegro, nativo de Betanzos (Galicia, España) quien, según costumbre de esa época, usó preferentemente el segundo apellido, esto es, firmaba simplemente Cayetano Montenegro. Su madre fue Doña Juliana Colón y Madrid, dama criolla caraqueña, supuestamente emparentada con los Bolívar.

Debió haber tenido una infancia sin mayores dificultades, pues su situación fue la de uno de esos retoños privilegiados que gozaba de la doble condición de pertenecer al *mantuanaje* criollo y al alto mundo oficial hispano peninsular. Ello, en aquella Caracas colonial, le franqueó las puertas de la elitesca educación superior y de la milicia.

Puede suponerse, con cierta base, que Feliciano Montenegro debió relacionarse socialmente con Simón Bolívar, considerando que, entre ambos, había sólo una diferencia de dos años de edad, vivían en la misma ciudad y sus familias pertenecían a la elite caraqueña formada por los altos funcionarios de la Corona y comerciantes peninsulares, así como por los blancos criollos, dueños de vastos bienes de fortuna, con acceso privilegiado a la educación superior, a los cuerpos militares y al Cabildo. A pesar de la posible relación entre esos representantes de la generación que posteriormente participó en el proceso de emancipación nacional, no hemos conseguido en los escritos del propio Montenegro alguna referencia concreta sobre sus primeros días caraqueños.

Según el testimonio del Dr. Felipe Fermín Paúl, a Feliciano Montenegro puede considerársele un representante de una de las más ilustres y distinguidas familias de Caracas, con un rico patrimonio de ganados, casas y esclavos. Y agregamos nosotros que, seguramente, la guerra y todas sus secuelas negativas (muertes, emigración, saqueos, secuestro de bienes, etc.) acabaron con ese patrimonio, pues al regresar don Feliciano a Venezuela, después de las guerras de independencia y

hasta los días de su muerte, siempre estuvo implorando protección para él y su familia en completa miseria.

Siguiendo las fuentes más importantes se ha podido realizar una síntesis sobre los aspectos fundamentales de su vida. Una de estas fuentes, sin duda, lo fue el *Estudio Preliminar* realizado por Don Alfredo Boulton que sirvió de pórtico a la nueva publicación de la *Historia de Venezuela* que se hizo bajo el patrocinio de la Academia Nacional de la Historia, como parte de la celebración del sesquicentenario de la Independencia en 1960. Esa *Historia*, publicada en dos volúmenes, no fue otra que la reimpresión del cuarto tomo de la *Geografía General...*, publicada originalmente en Caracas, en 1837.

En fin, lo que conocemos puede sintetizarse de esta manera:

Sobre el período 1781-1797, años de su infancia y juventud, tenemos muy pocas noticias. Se conoce que inició sus estudios formales en el Seminario de Caracas y ya a los 16 años pudo graduarse como Bachiller en Filosofía en la Universidad de su ciudad natal.

Hacia 1798, a los diecisiete años, abandona las letras, a las que siempre fue afecto. Inicia su carrera militar ingresando como cadete en el *Batallón Veterano de Caracas*. Al año siguiente (1799), seguramente debido a su aplicación y posición social, ingresó al *Regimiento de la Reina* acantonado en el Cuartel San Carlos de la ciudad. Cinco años de entrenamiento allí lo prepararon para trasladarse en 1803 a la propia España y continuar en la Metrópoli su carrera como oficial.

Durante el período siguiente, esto es, entre 1803-1810, continuó su formación académica estudiando matemáticas y otras ciencias y además cumplió con sus actividades militares en España. En su propia relación sobre esa etapa de su vida, dice Montenegro que le tocó participar en el sitio militar contra los ingleses en Gibraltar, en una expedición de tropas españolas enviadas a Dinamarca y, además, combatir en esos días difíciles del año de 1808 cuando ocurrió la invasión de las tropas napoleónicas a España.

Estando los ejércitos leales a Fernando VII en retirada hacia Cádiz, y reunida allí la Junta Central Gubernativa del Reino (convertida des-

pués en una Regencia), se decidió enviarlo en misión a Venezuela con pliegos dirigidos al “*Muy ilustre Ayuntamiento de Caracas*”. El envío de Feliciano Montenegro Colón en esa misión a su ciudad natal se justificaba por la opinión favorable de los “diputados” venezolanos presentes en Cádiz y por considerar que las relaciones del comisionado facilitarían el encargo.

El entonces Capitán Primero del *Batallón Ligero de Infantería de Tiradores de Cádiz* partió a finales de 1810 (dejando a su esposa e hijos en España), y el 27 de enero de 1811 desembarcó en La Guaira.

Ese primer regreso y estadía de Montenegro en Venezuela solamente duró un corto período, entre los meses de enero y junio de 1811. Ya para ese entonces se había organizado la *Junta Suprema* de Caracas y convocado un Congreso Nacional de diputados de las siete provincias que inició sus sesiones el 2 de marzo de ese mismo año. En esas nuevas circunstancias políticas, Feliciano Montenegro Colón decidió poner punto final a la misión oficial que le habían encomendado en España y más bien quedarse al servicio del nuevo Gobierno organizado en Venezuela, esto es, la *Junta* que, nominalmente todavía, se decía “*Conservadora de los derechos de Fernando VII*”.

Pocos días antes de que el Congreso Nacional reunido en Caracas declarara solemnemente la Independencia el 5 de Julio de 1811, decidió Montenegro regresar secretamente a España, provocando ello un escándalo, pues se le acusó de traidor y de haber sustraído importantes documentos de la Secretaría de Guerra, donde estaba asignado como oficial. La sombra de ese oscuro incidente lo perseguirá hasta su muerte, aunque siempre negó las acusaciones que se le hicieron, utilizando para ello el testimonio de incontables personas respetables y de los respectivos documentos probatorios.

Después de su “huída” o regreso a España, continuará en la Metrópoli la carrera militar hasta un nuevo regreso a Venezuela. Al respecto dice el propio Montenegro que, a su llegada a la Metrópoli y por delicadeza personal, no informó sino lo más necesario y general sobre su estadía en Venezuela y, que de inmediato, pidió ir a combatir nueva-

mente en la guerra contra los invasores franceses allá en la madre patria. Al concluir la guerra en España no quiso alistarse en la expedición que se preparaba desde 1814, comandada por Pablo Morillo. Agrega Montenegro que solamente once meses después de la salida del Ejército expedicionario, y ya con noticias ciertas de haberse logrado la pacificación de estos territorios, decidió regresar a su tierra natal en noviembre de 1815. En enero de 1816 ya estaba en Caracas y allí se ocupó de varias responsabilidades oficiales.

En esas condiciones desempeñó la Presidencia del Consejo de Guerra en Caracas y la comandancia de los Valles del Tuy. Posteriormente estuvo como jefe militar y gobernador en Barcelona en 1817, Gobernador Interino en Maracaibo (1820) y Jefe del Estado Mayor de las fuerzas realistas que fueron a combatir en Carabobo el 24 de junio de 1821. Aunque no estuvo personalmente en la batalla de ese día, después de la derrota salió desde Valencia, por la vía de Puerto Cabello, hacia la isla de Puerto Rico y luego regresó a España de donde fue enviado nuevamente a las Antillas.

Sus últimos años al servicio de España le trajeron serios conflictos personales. Es el mismo Montenegro quien ofrece mayores detalles sobre esos difíciles días cuando España cambió repetidamente de régimen yendo la Metrópoli a los extremos liberales o absolutistas en pocos años.

Estando en España cumpliendo una misión encomendada por el general Miguel de la Torre tuvo que actuar comandando fuerzas militares para sofocar una rebelión de la Guardia Real y motines populares (7 de julio de 1822), lo que le valió el título de "*Benemérito de la Patria*" otorgado por las Cortes en enero de 1823. Tal distinción de la Monarquía constitucional –bajo orientación liberal– le traerá represalias cuando, al poco tiempo, nuevamente se reinstaure el absolutismo bajo el autócrata Fernando VII.

El ya coronel Feliciano Montenegro Colón (finalmente ascendido en 1822) fue enviado a Puerto Rico en 1823 como Jefe del Estado Mayor de las fuerzas acantonadas en la isla. Para entonces, solicitó su retiro y viajó a Cuba.

Desde esa isla se trasladó con su hijo Remigio a España para colocarlo en el *Colegio de Nobles* en Vergara. Estando de vuelta en España ocurrió la anulación de la Constitución del reino (1823). Su solicitud de retiro no fue aceptada y fue enviado como Jefe de Estado Mayor de las fuerzas acantonadas en Cuba. Allí en la isla aprovechó para continuar algunas investigaciones geográficas y elaborar junto con un equipo (Juan Manuel Cagigal entre ellos) un *Atlas de Cuba* que hasta entonces no se había hecho. Es de recordar que Montenegro dice que también había elaborado un mapa de Venezuela que se extravió en la derrota de Carabobo y que supuestamente quedó en manos de Simón Bolívar, a quien a su vez se le extravió en Perú.

La situación de Montenegro se hizo cada vez más difícil. Las intrigas en su contra habían llegado al extremo de existir planes para hacerlo preso y fusilarlo, por lo cual decidió irse de Cuba y ponerse al servicio del Gobierno republicano de México, el cual planeaba organizar una expedición para liberar a Cuba del dominio colonial español. En México, no obstante, la situación de guerra civil desatada entre 1828-1829 obligó al venezolano a desistir de sus planes independentistas y retirarse hacia los Estados Unidos (específicamente, a Nueva York), desde donde finalmente pudo regresar a su ciudad natal en 1831.

En el período que va desde 1831 a 1853, el biografiado vivirá en la ciudad que lo había visto nacer. Cuando el ya cincuentenario coronel ve nuevamente las faldas del Ávila, viene a iniciar una vida que poco se asemejará a la que hasta entonces había llevado y que, sin duda, dejó una profunda y duradera huella en su duro carácter. Esas dos décadas de vida caraqueña que antecedieron a su muerte el 6 de septiembre de 1853, y de cuyos últimos años conocemos muy poco, las utilizará Don Feliciano para escribir un conjunto de obras y dedicarse a la tarea de organizar el primer gran colegio del país: el *Colegio de la Independencia*, que fue solemnemente inaugurado el significativo día del 19 de abril de 1836. Este colegio –aunque fue inicialmente una iniciativa privada– gozó de la condición de Colegio Nacional y de un relativo patrocinio del Estado.

Los años que precedieron a su consagración casi exclusiva al colegio, es decir entre 1831 y 1836, los dedicó Montenegro a escribir su obra fundamental, y entre 1833 y 1837, a publicar los cuatro tomos de su *Geografía General*.



## En defensa de **su honor**

Puede afirmarse, sin pecar de exagerados, que Don Feliciano Montenegro Colón consumió buena parte de su existencia (especialmente las últimas dos décadas de su vida) justificando sus actos del pasado. En forma reiterada se dio a la tarea de publicar extensas aclaratorias, acusaciones y defensas; y pareciera que su persona hubiese estado sometida a un implacable “gran tribunal” que le juzgaba y exigía pruebas y justificaciones de todos sus actos pasados. Siempre estuvo ocupado apelando a innumerable cantidad de testigos, documentos y pruebas que le levantarán esa terrible lápida que lo etiquetaba como sospechoso, hipócrita, advenedizo, tráfuga, realista y “godo”.

Montenegro siempre echó mano de testigos y documentos que, en su opinión, eran de incuestionable autoridad. Por ejemplo, siempre sacó a relucir en su defensa a muchas figuras que habiendo sido discípulos suyos en los lejanos días del *Seminario de Caracas*, fueron después eminentes sacerdotes, obispos, abogados, educadores y próceres de la Independencia. Por supuesto, los testigos que presentaba Montenegro eran representantes del *mantuanaje* caraqueño ligados por lazos de parentesco, amistad y/o solidaridad social con quien fue acosado y perseguido, por lo que habiéndose identificado también con la causa rea-

lista durante esa “Guerra Civil” que fue nuestra Guerra de Independencia; pasado el conflicto, y vistiendo entonces el ropaje de patriotas de último momento, vieron con odio a este antiguo oficial realista que conocía muy bien la pequeña y verdadera historia de muchos de ellos. Y varias veces se los demostró publicando sus recuerdos sobre ese pasado.

Todos sus escritos pretendían –de alguna manera– reivindicar su nombre. Su *Manifiesto que hace el Teniente-Coronel D. Feliciano Montenegro Colón... sobre la conducta que observó en Maracaibo...* (1820); su *Exposición que hace a las Cortes... sobre varios acontecimientos de Costa Firme durante el mando absoluto ejercido allí por el excelentísimo señor Conde de Cartagena...* (1822)...; su importante documento *Conducta militar y política de Feliciano Montenegro Colón durante su dependencia del gobierno español. Demostración de sus servicios a la causa americana bajo la protección de la República Mexicana...* (1831); su *Geografía General...* publicada en cuatro tomos entre 1833 y 1837; su *Manifestación Documentada...* (1846); sus *Recuerdos Históricos* (1847) y otros más que fueron apareciendo en la prensa de su época, dan una idea de lo que afirmamos.

La situación de Montenegro fue siempre muy difícil. Su condición de “indiano” (esto es, nativo de las Indias o Hispanoamérica), y sus actitudes a favor del respeto a las formalidades legales, en una época donde lo que predominó fue la arbitrariedad de los jefes militares que por encima de la normativa prescrita –aún después de haberse proclamado el fin de la “guerra a muerte”– aplicaban su voluntad absoluta sobre la vida y los bienes de quienes eran calificados de insurgentes o sospechosos de serlo. Sus protestas o sus gestiones humanitarias no podían caer bien en medio de una larga guerra, buena parte de ella adelantada por Monteverde, Boves, Antoñanzas, Morales, Aldama, Rosete o Chepito González. Aunque a Montenegro le tocó actuar bajo el período de Morillo, cuando ya habían desaparecido Domingo Monteverde y José Tomás Boves, la tradición de éstos, personificada en Francisco Tomás Morales, no había desaparecido totalmente del escenario de la guerra y la política desarrollada en estos territorios sometidos.

Su condición de oficial de carrera, casi siempre ocupando posiciones en consejos de guerra, estados mayores o gobernaciones, lo llevaron habitualmente a estar realizando tareas de carácter administrativo-legal, de carácter cartográfico o político militar, y ello no era precisamente una credencial para esperar simpatía de muchos de esos broncos oficiales que habían escalado el coronelato o el generalato degollando prisioneros o hasta la misma población civil venezolana que caía bajo la “*ley de la conquista*”. Allí está una buena razón para explicar los conflictos del culto oficial realista con sus antiguos jefes (Pablo Morillo, entre ellos). Las intrigas de Morales eran la respuesta no solamente de alguien que vio en Montenegro a un leguleyo que trataba de impedir sus terribles venganzas; también tenía Morales –y muchos otros realistas– otra razón fundamental para detestar a Montenegro; éste defendió la causa de la *Monarquía Constitucional*, la vigencia de la autoridad de las *Cortes*, la presencia de las conquistas constitucional-liberales españolas, tanto en la propia Metrópoli como en sus posesiones de ultramar, Venezuela entre ellas.

De tal manera que los documentos en defensa de sus puntos de vista y reputación, cuando todavía estaba bajo la autoridad española, demuestran que era un hombre de profundas convicciones.

Si hubiese sido un oportunista o un cobarde, no publica tales papeles que le malquistaron con el Gobierno y con antiguos camaradas de armas que, como en el caso de Morillo, tuvieron gran influencia oficial en la Metrópoli. Éste último, a su regreso a España desde Venezuela, fue promovido a Capitán General de Castilla.

Una década más tarde, el 3 de enero de 1832, le escribió el prócer patriota Francisco Javier Yáñez a Montenegro en estos términos: “nunca me cansaré de admirar, como siendo Ud. Americano pudo atreverse a referir en Madrid, con tanto valor y firmeza las iniquidades de Morillo, Moxó, Morales, Aldama y otros malvados: yo tenía mis dudas y casi no había creído, lo que Paúl me dijera sobre el mérito de su memorable relación; pero las persecuciones con que lo han afligido, no sólo testificarán que ha servido a su Patria como pocos; sino que

eternizarán la memoria de su impávida interposición a favor de la humanidad y en testimonio de su buen corazón”.

En vez de continuar envejeciendo en el Ejército y al servicio de una Monarquía absoluta que le garantizaba, por lo menos, un retiro honroso y una vida económicamente adecuada para su esposa y sus hijos nacidos y educados en España, prefirió romper con esa situación y regresar posteriormente a su patria en 1831. Pero de allí en adelante tampoco tendrá paz. Su pluma nunca podrá descansar intentando detener la oleada de críticas y ataques en su contra.

Ya anciano, en 1847, escribió: “Nunca me figuré, que el haberme decidido a tomar parte en las mejoras que exigía la educación de la juventud venezolana, hubiera podido producirme tantos años de amargos sinsabores, como los que sin cesar he sufrido desde mi regreso a esta capital”. En realidad, no le cobraban el bien que entonces hacía; simplemente no le perdonaban su pasado.

Esta y muchas otras exclamaciones de dolor están contenidas en sus *Recuerdos Históricos...* de 1847, así como en su publicación del año precedente, es decir, su *Manifestación Documentada en Justa Defensa de Feliciano Montenegro Colón*. En ellas y en sus notas de prensa, Don Feliciano se mostraba acongojado por lo que consideraba injustas e innecesarias acusaciones de “godo” e ignorante. Al contraatacar abiertamente a sus acusadores los llama “falsos patriotas” que escondían un vergonzoso pasado de delaciones, persecuciones y oportunismo. Más adelante, explicaremos un tanto más esta situación, cuando abordemos el por qué su obra, que no tuvo “horror a lo contemporáneo”, no fue aceptada por los venezolanos de la época –en especial, las elites– que, según parece, sí se lo tenían.

# En defensa de **su nombre**

Considerando la importancia que tienen todos y cada uno de los documentos escritos y publicados por Feliciano Montenegro Colón en defensa de su buen nombre, realizaremos ahora una revisión más específica de éstos. Ello nos permitirá penetrar algo más en ciertas interioridades de su vida tomando, como punto de partida, la propia versión que ofrece el biografiado.

## **El Gobernador interino, 1820-1821**

Los primeros textos fueron los relacionados con su gestión como Gobernador Interino de Maracaibo. En efecto, en el texto que tituló *Manifiesto que hace el Teniente Coronel D. Feliciano Montenegro* trata de justificar su actuación como jefe político-militar en las postrimerías del año 1819 (desde el 11 de noviembre) y especialmente durante los sucesos del mes de julio de 1820 en ocasión de haberse llevado a cabo en Maracaibo la ceremonia en la cual los vecinos debían jurar la Constitución de la Monarquía española restablecida ese mismo año.

En su argumentación, el ex Gobernador trae a colación diferentes publicaciones, algunas de ellas en contra suya. Refutó duramente la

actuación de un sacerdote local de apellido Olivares a quien acusa de profanar la cátedra sagrada con sus ataques al primer magistrado regional, siendo la causa de tal ojeriza su enérgica gestión organizando un batallón para la eficaz defensa de la Provincia amenazada por las fuerzas patriotas, así como haber exigido empréstitos y donativos a los comerciantes, practicado supuestas vejaciones al reclutar para el Ejército a los vecinos de la ciudad y además haber solicitado auxilios militares al general Miguel De La Torre.

El acusado por el padre Olivares y otros detractores dice en su descargo que cada una de las críticas no tienen bases ciertas y ofrece su propia versión de los hechos, aclarando con datos y testigos que todo se debía a su celo por asegurar la defensa de la Provincia. Aún más, agrega en las notas complementarias al texto, que quien intrigaba en todo este asunto no era otro que José Antonio Verdaguer, letrado de origen catalán y que supuestamente apoyó a los franceses durante la Guerra de Independencia española. También hace un comentario sobre la costumbre maracaibera de lanzar invectivas anónimas contra sus magistrados, y niega que anduviese acompañado con una gran escolta armada como insidiosamente se decía.

Dentro de la misma extensa sección de notas ofrece amplia información sobre el supuesto peculado del Gobernador anterior (el señor Junguito o Junquito, como aparece en otro texto), y ello le permite explicar las razones por la cual la ciudad de Maracaibo no había sufrido una crisis comercial y fiscal durante la administración anterior, y sí durante la suya. Todo se debía, según se desprende del escrito, a la pérdida de los territorios de la Nueva Granada a manos de los ejércitos patriotas en 1819. Precisamente, su administración coincidió con la interrupción del comercio, y por ende, con la paralización del puerto y las recaudaciones fiscales.

El manifiesto trataba de probar que las acusaciones hechas (esto es, que había enfrentado al Ayuntamiento constitucional, que era violento, arbitrario, cruel y de espíritu absolutista o servil), no eran otra cosa que invenciones de los intrigantes locales, que sólo querían que la ciu-

dad siguiera indefensa para que cayera fácilmente en manos de los adversarios de la Corona.

Finalmente, Montenegro da detalles sobre sus planes de defensa de la ciudad, las incursiones de las tropas de Simón Bolívar y, especialmente, de las celebraciones con motivo del juramento de la Constitución Española e instalación del nuevo Ayuntamiento constitucional, hecho este último que motivó un choque, pues hasta entonces Feliciano Montenegro Colón reunía como Gobernador la autoridad política y militar.

Este *Manifiesto...* del dolido ex Gobernador interino fue enfrentado por uno contrario firmado por J. A Verdaguer, y que éste tituló, *Retrato del Teniente Coronel D. Feliciano Montenegro o sea Memoria sobre su administración en el tiempo que fue Gobernador Interino de Maracaibo*.

Verdaguer echa un poco de luz sobre el problema, pero también cae en la diatriba personal, en algunas partes de su polémico documento.

Explica cómo fue que Montenegro se apareció un buen día en Maracaibo, cuando de paso para la provincia de El Socorro, a donde iba (enviado por Pablo Morillo) a encargarse de esa Gobernación neogranadina, supo que ya dicho territorio había caído en manos del Ejército de Simón Bolívar (campana de Nueva Granada, 1819). Aprovechando que estaba en Maracaibo, fue comisionado para abrirle un proceso de investigación al gobernador Junquito (así lo identifica Verdaguer). El desenlace de tal proceso judicial permitió a Montenegro ser compensado con el cargo de Gobernador local, pues ya no podía ir al destino originalmente dispuesto debido a las victorias republicanas ya señaladas.

El autor del libelo publicado no ahorra calificativos negativos para con Don Feliciano. Lo llama víbora, malagradecido (pues lo alojó en su casa), cruel, delator, arbitrario, vanidoso y con tendencias políticas absolutistas. Agregó que este hombre estuvo lleno de orgullo y ambición en esa “*efímera y terrible administración*” y sólo aparentaba hacer grandes servicios militares para buscar sus ascensos.

A lo largo de cuarenta y cuatro páginas, el letrado José Antonio Verdaguer trata –por todos los medios– de descalificar a Montenegro como persona, como militar y como jefe político.

Estas y otras acusaciones que aparecieron en la prensa de entonces, las trata de desvirtuar Montenegro, publicando en 1821 una respuesta que denominó *Contestación al Suplemento del Fanal del 13 del corriente*.

En su documento analiza sistemáticamente cada una de las acusaciones de Verdaguer e intenta desvirtuarlas con citas de documentos y opiniones de calificados testigos. Especial cuidado tiene en clarificar las veladas acusaciones sobre su honorabilidad como funcionario (a propósitos de la venta de una goleta propiedad del fisco). Asimismo, descalifica a Verdaguer, al ex gobernador Junguito, al padre Olivares y a una señorita Ramírez (protegida de Verdaguer), todos ellos sus enemigos.

El texto, firmado por Montenegro y datado el 23 de enero de 1821, es acompañado por un anexo de fecha 15 de febrero. En este último, anuncia su autor, todos sus temores se vieron confirmados al saberse ya la caída de Maracaibo en manos de los patriotas con la ayuda de los miembros del Ayuntamiento de la ciudad. Y, agregamos nosotros, fue precisamente un acuerdo político tomado por el Ayuntamiento o Cabildo municipal de Maracaibo, el paso necesario para incorporar la ciudad y provincia de Maracaibo a la República de Colombia, recientemente proclamada bajo la Presidencia de Simón Bolívar. Tales eventos determinaron la ruptura del armisticio vigente desde finales del año anterior y, por ende, la reanudación de la guerra entre las fuerzas realistas y patriotas.

De la lectura de este conjunto de documentos se pueden extraer varias e importantes conclusiones preliminares: Primeramente que, para entonces, Feliciano Montenegro Colón era todavía un convencido partidario de la causa realista, que se sentía parte de la nación española o, como él mismo lo señaló, uno de esos “*españoles de ambos mundos*”. Como tal, sintió una genuina preocupación por la seguridad de la ciudad y región de Maracaibo, puesta bajo su responsabilidad polí-

tico-militar. Por ello se enfrentó entonces a todos los que veía como tibios defensores del orden establecido.

Puede suponerse, razonablemente, que Montenegro debió ser una persona dura e inflexible. Militar al fin, no se sentía a gusto con las trabas que los leguleyos y políticos (el letrado Verdaguer y los miembros del Ayuntamiento) ponían a sus planes de poner en pie de guerra a todos los vecinos, utilizando los recursos humanos y materiales que fueran necesarios. Su carácter y sus draconianas medidas, en una situación de crisis económica local y estrechez fiscal, debieron exacerbar la odiosidad de los que estaban acostumbrados a la relativa paz y tranquilidad de Maracaibo, con sus milicias locales, sus gobernadores y grupos de poder que respetaban los privilegios o prebendas de cada quien. Cuando Montenegro pretendió romper ese esquema, siendo un perfecto extraño en ese medio, la oposición que desató fue fulminante. Pero, sobre todo, su suerte la selló su obstinación en defender a la ciudad, arruinada en su comercio por la pérdida del control sobre el amplio territorio interior que se comunicaba a través de su puerto. Es bueno aclarar que, ya desde entonces –y hasta que predominó la economía agro-exportadora venezolana–, los intereses de ese puerto lacustre estaban estrechamente ligados con los de una amplia región o *hinterland* que abarcaba el área del lago de Maracaibo, las tierras andinas, así como los valles de Cúcuta y otros territorios de la vecina Nueva Granada que tenían su entrada y salida natural por esa vía maracaibera.

Pudiera decirse que, en cierta manera, el Ayuntamiento de la ciudad de Maracaibo vio una salida para los intereses económicos locales con mucha más claridad que el gobernador Montenegro.

### **Un texto publicado en Madrid**

Ya retirado de Venezuela (después de la Batalla de Carabobo de 1821), se fue a España, y allí hizo publicar y repartir en 1822 su escrito titulado *Exposición que hace a las Cortes el Teniente Coronel Feliciano Montenegro sobre varios acontecimientos de Costa Firme...*

En dicho documento, intentó su autor demostrar que había cumplido a cabalidad con sus deberes para con la Nación española pero que, sin embargo, se le había postergado injustamente en sus ascensos por no haber sido “*espedicionario*” (esto es, no haber venido con la expedición pacificadora de Morillo en 1815). A muchos de éstos, aunque menos antiguos, se les había ascendido, no obstante que él siempre ocupó responsabilidades propias de un Coronel, pero sin obtener nunca el grado respectivo. De todo ello culpa a las intrigas en su contra, y especialmente a Pablo Morillo, su antiguo jefe mientras estuvo en Venezuela.

Para demostrar la razón de su reclamación hace un recuento de sus servicios. Dice tener el honor de haber servido a la Nación española desde cadete hasta Teniente Coronel. Con diecinueve años de servicios efectivos ascendió a Teniente Coronel en 1815, y después de pasar a América, desde entonces tiene el mismo grado militar. Informa que presidió por ocho meses el Consejo de Guerra en Caracas durante el año 1816; mandó el Ejército enviado al Unare a enfrentar las fuerzas mandadas por Simón Bolívar en 1817; comenta su actuación como Gobernador de Barcelona en esa misma época; su envío como Gobernador de la provincia de El Socorro, Nueva Granada, en 1819 (para ello, dice, debió abandonar a su familia y sus bienes); tuvo que encargarse de la Gobernación de Maracaibo (a pesar de su repugnancia por el mando); fue ayudante del Estado Mayor y, posteriormente, Jefe del Estado Mayor a partir de enero 1821 con el apoyo del general La Torre. A pesar de todo ese limpio historial, no se le acordaron los respectivos ascensos.

Para hacer más dramática su argumentación narra los detalles de su penoso viaje –hecho a sus expensas– hasta España, donde antes de llegar a Cádiz perdió los bienes y papeles que llevaba consigo (fue capturado por un corsario); relata con mayores detalles algunos incidentes de cuando fue Gobernador de Barcelona (Venezuela, 1817) y le tocó enfrentar a los responsables de las matanzas de prisioneros. Finalmente reitera que no era ni sería parte del “partido colombiano” a pesar de los sufrimientos e injusticias que se le habían hecho por no ser expedicionario español.

Ese memorial de agravios del relegado Teniente Coronel indiano tenía como telón de fondo un conjunto de denuncias en contra del poderoso e influyente Conde de Cartagena y mariscal Don Pablo Morillo. Este es acusado de mala fe y de haber practicado el más abierto favoritismo (en contra de Montenegro, por supuesto).

Feliciano Montenegro Colón aprovechó ampliamente el ambiente de mayor libertad que se respiraba en la Península ibérica después de la restauración de la Monarquía Constitucional en 1820. Sus conexiones personales en el Ministerio de la Guerra y el apoyo recibido por parte de los diputados venezolanos asistentes a las Cortes (el Dr. Felipe Fermín Paúl, que lo conocía, testificó a su favor), le permitieron hacerse oír, y finalmente, lograr ese año de 1822 el esperado ascenso al grado de coronel del Ejército español.

Es evidente que el documento presentado permite conocer un poco más la contradictoria situación en la cual se movía el reclamante. Por una parte, Montenegro trata de presentarse como un leal y firme sostenedor de los intereses españoles, así como una persona libre de ambiciones de mando y profundamente desprendida, pues más bien había perdido o gastado sus bienes, abandonado su familia, etc. Por la otra, saca a relucir todos sus reconcomios hacia su antiguo jefe Pablo Morillo y los que, con sus intrigas, le impidieron lo que creía eran sus merecidos ascensos militares, demorados por el simple hecho de ser un indiano que no se alistó por escrúpulos, desde un principio, en la expedición comandada por Morillo, y que además combatió siempre los abusos y crímenes cometidos por algunos jefes realistas en Venezuela.

Ese documento, publicado y distribuido en Madrid, lo citará siempre con orgullo su autor, especialmente después de los elogiosos comentarios que hizo el patriota Dr. Francisco Javier Yáñez, quien destacó especialmente las críticas que realizara Montenegro en contra de los jefes realistas en Venezuela. Lógicamente, acá vemos un claro ejemplo de cómo se le podían (o pueden) hacer lecturas diferentes a un mismo texto.

Resulta evidente que la razón fundamental para escribir y publicar el manifiesto no fue otra que la de alcanzar u obtener el postergado ascenso militar al grado de coronel, y ello no era otra cosa que una reclamación de orden personal o individual. A pesar de que todas las críticas a la actuación de Morillo y otros jefes realistas estuvieron más que justificadas y planteaban cuestiones ciertas e importantes de carácter histórico-político, tales críticas eran lo accesorio en dicho manifiesto. Sin embargo, para la posteridad, fue lo originalmente accesorio lo que destacó Montenegro como fundamental.

### Una defensa desde Puerto Rico

El larguísimo título original del manifiesto sobre los *Verdaderos Acontecimientos de Venezuela a Principios del año 1821, o sea refutación de lo que con este motivo ha dicho el Coronel D. Sebastián de la Calzada en su papel titulado "Idea Sucinta del carácter y disposición del Mariscal de Campo D. Miguel de la Torre, General en Jefe que ha sido del Ejército expedicionario de Costa-Firme"...*, nos da una clara idea de su contenido, que no es otro que la detallada defensa de quien entonces era acusado como culpable de la pérdida de Venezuela para la Corona española. Es evidente que Feliciano Montenegro Colón estaba muy interesado en echar por tierra tales acusaciones, no solamente por sus sentimientos de lealtad y agradecimiento hacia su amigo y superior jerárquico Miguel De La Torre, sino también, porque él mismo recibía su alícuota de ataques, por haber ocupado entonces la Jefatura del Estado Mayor de esos Ejércitos derrotados en Venezuela en 1821.

El autor de la réplica trata –hábilmente– de negar todas y cada una de las acusaciones, probando que sus premisas son falsas. Intenta demostrar que lo afirmado por Calzada no se ajusta a la verdad, pues el control de los territorios y sus recursos, el número y calidad de cuerpos militares, los recursos de boca o subsistencia para las tropas y los pastos para los cuerpos de caballería, estaban entonces en estado crítico y no como contrariamente decía Calzada. Asimismo lo es-

taban la disciplina entre los jefes y sus tropas, donde prácticamente cundía la desmoralización, especialmente entre los europeos o expedicionarios.

Deja ver Montenegro que las relaciones entre el general La Torre y los otros jefes no fueron buenas desde un principio y que existió animadversión de algunos que, como Morales, cometieron entonces graves errores militares y ahora pretendían culpar de todo a La Torre, como si éste no hubiese dado las órdenes pertinentes para evitar que el jefe patriota Bermúdez tomara a Caracas, se impidiera la reunión de las fuerzas de Páez y de Bolívar, y además, se conservara el control de Coro y otros territorios.

En fin, el texto del coronel Montenegro, antiguo Jefe de Estado Mayor de los derrotados en 1821, no deja de reconocer que factores como el estado de miseria general y de escasez de todo tipo de recursos (dinero, ganados, alimentos, bestias de carga, pastos para las caballerías, etc.), junto con la deficiente cooperación de las autoridades políticas, esto es, los gobernadores, las diputaciones provinciales y los alcaldes de los ayuntamientos, no permitieron preparar una mejor y eficaz defensa contra las tropas republicanas que aprovecharon muy bien las ventajas que obtuvieron con el *Armisticio de Carache*, firmado por Morillo en 1820 antes de su retiro a España.

Esto último, las repetidas referencias a las trágicas consecuencias que tuvo el *armisticio* para la causa realista, era una manera sutil de atacar a Morillo a quien Montenegro había enfrentado antes por el problema de su negado ascenso a coronel, que sólo alcanzó en 1822 después de su viaje a España, publicar su ya antes citada *Exposición que hace a las Cortes...* y participar en los acontecimientos de Madrid que le granjearon el título de “Benemérito de la Patria”.

Este poco conocido texto –firmado por el jefe realista Sebastián de la Calzada en 1823 – confirma, una vez más, el viejo proverbio de que “la derrota es huérfana pero la victoria tiene mil padres”. En efecto, las derrotas de Carabobo, Lago de Maracaibo y Puerto Cabello fueron atribuidas sucesivamente a quienes estuvieron al frente de

las acciones, pero ellos, a su vez, se las endosaron a quienes les habían precedido en el mando.

Por ejemplo, la derrota de Carabobo será justificada por La Torre y Montenegro planteando que Pablo Morillo abandonó el mando –intempestivamente– después de firmar un desfavorable armisticio en 1820 que sólo provocó la desmoralización y desarticulación de las fuerzas realistas. De la misma manera, posteriormente, la derrota de Maracaibo se la atribuirán, mutuamente, el marino Laborde (defendido por Montenegro) y F. T. Morales (jefe del Ejército de tierra); igualmente ocurrirá lo mismo con la pérdida de Puerto Cabello, bajo el mando de Calzada. Como puede verse, el ataque de Sebastián de la Calzada a La Torre (1822) y la subsiguiente defensa de Montenegro a éste en 1823, fue premonitorio de lo que les ocurriría después en carne propia. Podríamos decir, además, que a los jefes militares o políticos no les agrada admitir sus responsabilidades en las debacles ocurridas bajo su mando. Lo más común es la búsqueda de culpables a quien endosar la responsabilidad.

### **Montenegro se defiende desde Nueva Orleáns**

Un documento publicado en el puerto norteamericano de Nueva Orleáns (Louisiana, USA.) apareció, según testimonio del propio Montenegro (texto de Nueva York, 1830), en edición bilingüe en español y francés.

Paradójicamente sólo conocemos la versión francesa que tituló *Lettre du Colonel F. Montenegro dans la quelle il donne un précis de sa conduite pendant le temps qu'il a été au service de l'Espagne*. En ella, el fugado oficial intentó justificar su conducta reciente. Quería, de alguna manera, dar a conocer a los que habían luchado por la independencia (en México y la Gran Colombia) que desde entonces podían contar con un firme sostenedor de la causa de la emancipación americana, en especial, la de Cuba.

De alguna manera, debía Feliciano Montenegro Colón ofrecer una explicación convincente a quienes conocían su larga relación de subordinación a la causa de la Monarquía española para que ahora lo acep-

taran como un luchador por la causa americana. Ello no fue fácil, ya que muchos sólo vieron en su posición una actitud de “independiente por venganza”, señalando que sus nuevos afanes no surgían de una real convicción política o ideológica, sino más bien de su situación personal: retrasos en sus ascensos, acusaciones de deslealtad, maniobras para enjuiciarlo y temores a un posible fusilamiento en España, a donde se le había llamado a comparecer legalmente.

### 1830

De la *Exposición de la conducta de Feliciano Montenegro Colón*, escrita y datada en Nueva York, en 30 de julio de 1830, solamente conocemos una versión manuscrita cuya copia reposa en el *Archivo de la Fundación John Boulton* de Caracas. Tal texto parece que no llegó a publicarlo, pero sí incorporó buena parte de su contenido en una siguiente relación que dio a conocer en Caracas en 1831.

En su extenso manuscrito de 1830 (consultamos una copia a máquina del texto microfilmado de la primera sección que ocupa unas veintidós páginas), Don Feliciano hace un cuidadoso recuento de su vida comenzando por su carrera militar entre 1798 y 1810. Luego narra lo relacionado con su viaje a Caracas en misión ante la *Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII*. Dice que después de su llegada a Caracas en enero de 1811 con pliegos dirigidos al Ayuntamiento de la ciudad, decidió jurar aceptando la autoridad de dicha Junta y quedarse en su ciudad natal considerando la situación política de España. No obstante, al observar el giro de los acontecimientos desarrollados entre marzo y junio de 1811, decidió fugarse antes de los sucesos del 5 de Julio. Su fuga la realizó por la vía de la isla de Curazao, y niega que, al hacerlo, se hubiese llevado consigo documentos o caudales confiados a él mientras fue oficial en la Secretaría de Guerra de la Junta de Caracas. Recordemos que entre marzo y julio se realizó en el Congreso y la Sociedad Patriótica un fuerte debate político que desembocaría en la declaración formal de la Independencia Nacional de Venezuela.

Dice Montenegro que, una vez de vuelta en España, pidió ser enviado a combatir a las tropas francesas que habían invadido a la nación, y en tal tarea estuvo hasta la derrota y retiro de éstas.

Terminada su participación militar en esas campañas (1811-1814) no quiso incorporarse al Ejército expedicionario comandado por Pablo Morillo. Sólo once meses después (noviembre de 1815) y cuando ya había noticias ciertas de que el país estaba “pacificado” solicitó venir a Caracas, a donde llegó en enero de 1816, y poco después, fue encargado de presidir allí la Comisión militar y la comandancia del Tuy.

Una vez más trae a colación el testimonio del Dr. Felipe Fermín Paúl (abogado venezolano conocido suyo) para probar que hizo todo el bien que pudo a sus paisanos –tanto en España como en Venezuela–, por lo que esas acusaciones de sanguinario que le hacían no tenían base alguna. Reconoce que siguió la causa realista pero sin prostituirse; ello, es decir, haber seguido la causa de la Corona, fue producto de arraigadas costumbres y de haber estado ya casado con una española. Hace referencia a su documento de denuncia publicado en 1822 en el cual recogió su actuación desde 1816 buscando siempre el bien de sus compatriotas con honestidad, desinterés y tratando siempre de controlar a los expedicionarios bajo su mando.

Después de la batalla de Carabobo de 1821 dice que se convenció de lo inútil de seguir en esa lucha y reconoció y admiró el patriotismo de sus paisanos. Por eso se fue a España, y solamente ocupó responsabilidades en Puerto Rico y Cuba hasta 1826, a pesar de haber pedido su retiro desde agosto de 1823. En ese lapso viajó a España y a las Antillas en varias oportunidades en gestiones diversas. De gran importancia fue su casual participación en las conmociones político-militares ocurridas en Madrid el 7 de julio de 1822. Ese día logró derrotar una rebelión de los guardias reales en contra de las Cortes constitucionales, lo cual –como ya se señaló– le valió el título de “Benemérito de la Patria” pero también la ojeriza –de allí en adelante– del bando absolutista que retomará el poder poco tiempo después.

En el texto también se ofrecen explicaciones sobre una amplia variedad de acontecimientos tales como las conspiraciones debeladas en Puerto Rico y Cuba, la preparación de las expediciones desde Cuba para reconquistar a México, la serie de intrigas contra Montenegro, La Torre y Laborde por parte de sus enemigos Francisco Tomás Morales, Domingo Monteverde y otros que abrigaban viejos odios incubados en los enfrentamientos cuando todos hicieron la guerra en Venezuela, o en los días de los enfrentamientos entre Constitucionalistas-Liberales y partidarios del absolutismo en España y sus dominios.

Es de destacar que Montenegro señala, al narrar lo relacionado con las expediciones que se prepararon y fracasaron en contra de la República de México, que él, por ser criollo, fue al final considerado como sospechoso y culpable de todo lo ocurrido, por lo cual se vio obligado a fugarse desde Cuba hacia Charleston en los Estados Unidos de América, desde donde, a su vez, inició una nueva etapa en su vida.

Confiesa que a la luz de sus experiencias en Venezuela, tanto en 1811 como después de 1816, no creyó que fuese posible la Independencia Nacional. Ahora parecía cambiar de opinión, pues decidió ponerse al servicio de la República Mexicana para cooperar con la independencia de Cuba. Tal paso en su vida lo trató de explicar haciendo publicar un manifiesto en francés y español en la prensa de Nueva Orleans el 17 de julio de 1827.

En el resto de la *Exposición...* su autor relata los pormenores de sus relaciones con el Gobierno mexicano en aras de lograr la emancipación de Cuba, proyecto que se frustra finalmente por los conflictos entre las facciones rivales que se disputaban el poder en la República Mexicana, así como por las intrigas del general Santa Ana y el representante diplomático de la Gran Colombia, el patriota de origen mexicano Miguel Santamaría.

Es de notar que las acusaciones lo persiguieron también en México. A pesar de que no quiso participar en esas guerras civiles se vio atacado por un comunicado publicado en los periódicos locales donde se tejía un conjunto de falsedades y calumnias sobre él y su pasado.

Imposibilitado de obtener en México la ayuda prometida para organizar la *Expedición Libertadora de la Isla de Cuba*, decidió salir de esa anarquizada República con permiso temporal del Gobierno mexicano, del cual era agente oficial y coronel en su Ejército. Dirigiéndose hacia los Estados Unidos, se refugió en Nueva York, en donde redactó la memoria sobre su conducta, así como otros dos cuadernos sobre Cuba y su independencia, anexándole el conjunto de toda la correspondencia cruzada con ese objeto.

La lectura de esta relación pormenorizada de la conducta de Feliciano Montenegro Colón hace evidente que el propósito fundamental fue destacar sus desvelos por la causa de la emancipación de Cuba para así salvaguardar la de México, constantemente amenazada por ese cercano baluarte realista español. De esa manera, esperaba que tal servicio borrara, de alguna forma, la mancha de fiel godo que caía sobre su persona y le permitiera volver a su patria libre de sospechas. Prueba de ello es que admite como lógica la desconfianza que Simón Bolívar tuvo hacia los ofrecimientos que hizo a través de cartas enviadas a Caracas, en 1827. Por ello, la receptividad de los mexicanos le dio grandes esperanzas de poder llevar adelante sus planes, dado que eran los más interesados en el proyecto, pues estaba en juego directamente su propia seguridad nacional.

### **Contra el baúl de oro y otras infamias**

La publicación en Caracas de otro largo manifiesto titulado *Conducta Militar y Política de Feliciano Montenegro Durante su Dependencias del Gobierno Español-Demostración de sus Servicios a la Causa Americana bajo la Protección de la República Mexicana*, significó otro jalón en ese combate por ganar la buena voluntad de quienes lo veían regresar a su patria, una década después de la derrota de Carabobo.

El autor del texto señala que lo escribió en la isla de Curazao y estuvo dispuesto a publicarlo allí mismo, pero el desarrollo de los acontecimientos sólo le permitió hacerlo finalmente en Caracas.

En su narración describe la alegría que le produjo la declaración (del 28 de mayo) de que no estaba comprendido en la prohibición de regreso, por el decreto que había promulgado el Congreso de Venezuela.

Como supone que los venezolanos ignoraban sus actos posteriores a 1822 hasta que se aparece ahora en Curazao, les anuncia que presentará un resumen de ellos: recapitula la información sobre su ruptura con el Gobierno español, su viaje a México, las facciones que provocaron el fracaso de su plan para liberar a Cuba, etc. (lógicamente, acá reproduce la información contenida en su papel de Nueva York, 1830). De seguidas narra las peripecias del viaje de regreso entre Nueva York y Curazao, pasando por Haití y Santo Domingo, siempre utilizando el nombre falso de José Andrade, pues los espías o agentes españoles (según él) le perseguían sin piedad.

Una vez desembarcado en Curazao (sin recursos y equipaje, pues tuvo que enviarlo por la vía de Saint Thomas), entró en contacto con los grupos de venezolanos exiliados que allí estaban, por ser partidarios de Bolívar y la Gran Colombia. Tal encuentro provocó graves consecuencias pues se vio envuelto en las intrigas de Pedro Briceño Méndez, y en menor grado, de Diego Ibarra y del Dr. Francisco Aranda. Decidido a poner fin a un enredo epistolar supuestamente causado por Briceño Méndez, inició su viaje a La Guaira e intentó desembarcar, cosa que no le fue posible sino después de muchas gestiones.

Al declarar sobre su situación, trata de echar por tierra una intriga propalada en Curazao, sobre un supuesto baúl de oro que había traído para preparar un movimiento a favor de España. Asimismo, vuelve a presentar el balance de todos los servicios que había realizado a favor de los venezolanos mientras ocupó posiciones en el Ejército realista a partir de 1816: refuta que no tuvo culpabilidad en la matanza de la *Casa Fuerte* de Barcelona (1817), habla de su posición en defensa de los indígenas y de las distintas responsabilidades ocupadas desde entonces. Concluye que no usa disfraces, que no mandó a nadie al cadalso ni embargó bienes para quedarse con ellos; tampoco en Maracaibo le quitó

la vida a nadie o fue despótico. No creía que, entonces, fuera indigno de pisar el suelo de su patria.

Una prueba de su rectitud es que llegó a Venezuela en 1816 con el grado de Teniente Coronel y regresó a España en 1822 con esa misma graduación, y tuvo entonces que reclamar ante las Cortes en contra de esa situación, pero el denunciar los abusos realizados por los feroces generales españoles provocó que fuese expulsado de la corte de Madrid. Agrega que para ese mismo tiempo participó en la derrota de la rebelión de la guardia real en contra del régimen constitucional español (7-07-1822) y además se le complicó en las conspiraciones liberales de Puerto Rico, esto último sin su consentimiento, y de lo cual pudo salvarse gracias a las gestiones de su amigo y jefe, el general Miguel De La Torre.

El documento continúa ofreciendo información expuesta ya ampliamente en su *Memoria de Nueva York* (1830): sus pleitos con Morales en Barcelona (1817), Puerto Rico (1823), Cuba e invasión de México (1826). El juicio negativo que hace el general Francisco Tomás Morales lo lleva a contar todos los detalles de las fallidas expediciones realistas en auxilio del castillo de San Juan de Ulúa (último baluarte español en México), así como de las que se intentaron para la reconquista de México. Cuestión que provocó que finalmente tuviese que huir Montenegro desde Cuba al enterarse de que había órdenes de llevarlo preso a España para juzgarlo y fusilarlo. Cierra esta parte de su narración proporcionando noticias acerca de sus cartas a Simón Bolívar (1827), a quien no le pidió que lo dejara regresar a Venezuela sino que lo ayudara en su plan de liberar a Cuba; admite que fue válida la desconfianza del propio Bolívar hacia tal proyecto, pues muchos creyeron que sólo era independiente por venganza. A pesar de todas las calumnias propaladas por cierta prensa de Louisiana (pagada por España), actuó allí como agente mexicano por dos años, mientras la guerra civil y la lucha de facciones en México hacía fracasar definitivamente el plan para lograr la independencia de Cuba.

Volviendo a su situación en Curazao, le atribuye sus desgracias a los exiliados que desde la isla atizaban la guerra civil en Venezuela, así

como a las intrigas de un “agente judío” (el agente del Gobierno venezolano) que propaló la infamia sobre un supuesto baúl de oro traído para financiar las acciones contra la Independencia de Venezuela.

El resto del documento lo llena la patética descripción de los padecimientos de salud y demás sufrimientos de Montenegro a bordo de una embarcación, de la cual no se le dejó bajar al puerto de La Guaira a pesar de la grave enfermedad que padecía. Sin ninguna consideración se le hizo volver moribundo a Curazao, después de esperar durante cuarenta y cuatro días. De tales vejámenes responsabiliza a Ramón Ayala que lo reputó como “sospechoso”, y quien a pesar de haber estado él últimamente en México, lo llamaba todavía “coronel español” y “terco y tenaz coronel”. Concluye Montenegro señalando la injusticia que le hubiesen cerrado las puertas de su país. Curiosamente, firma por vez primera un texto suyo con su nombre y sus dos apellidos: Feliciano Montenegro Colón.

Esta extensa relación, la primera que publicó en Caracas después del triunfo de la Guerra de Independencia nacional, incorpora, como ya dijimos, buena parte de la información contenida en el *manuscrito de Nueva York* (1830). Las noticias novedosas son únicamente las relacionadas con su accidentado viaje entre ese puerto norteamericano y Haití (desde donde tuvo que viajar por tierra y de incógnito) hasta Santo Domingo para embarcarse hacia Curazao, para llegar a La Guaira, finalmente en el segundo intento. Además de las peripecias del viaje y la inhumana estadía a bordo de un buque antes de permitírsele el desembarco en suelo venezolano, la sustancia del texto es la aclaratoria de un terrible enredo creado por los exiliados bolivarianos que vivían en Curazao (Briceño Méndez y otros). El origen de tal intriga tenía por base el nombre falso (José Andrade) que, como medida de seguridad, usó Montenegro cuando llegó a Curazao y con el cual envió cartas a Puerto Cabello y que fueron interceptadas por la policía. Sin duda alguna, todos esos incidentes no hacían otra cosa que confirmar esa aureola de permanente perseguido o incomprendido para el autor de esos papeles.

Este documento cierra una etapa de su vida y abre una última, la que desarrollará en su Caracas natal. Sólo casi al final de esas dos décadas (años 1846-1847) vuelve Don Feliciano a tomar la pluma para escribir algo similar a este texto con el cual se presentó en su patria en 1831.

## Algo más sobre **su carácter**

Durante sus dos últimas décadas de vida caraqueña (1831-1853) Montenegro tuvo una vida ejemplar consagrada al trabajo diario como escritor, profesor de aula, director, mayordomo y celador de su colegio; director de las obras de reedificación del local del Colegio; organizador de múltiples tareas filantrópicas: escuelas elementales para niños pobres, escuelas dominicales, escuela normal, etc. Toda esa actividad, de la cual no obtuvo riquezas para él y su familia o ni siquiera el justo reconocimiento público, fue, en cierta manera, una de sus mejores defensas en aras de su reputación de hombre honrado, sabio y patriota.

En fin, la vida de Montenegro fue un constante combate casi solitario, pues además de no obtener el reconocimiento de sus contemporáneos, terminó enfrentándose a casi todos los que en algún momento lo ayudaron o fueron sus amigos. Ejemplo de esa situación asociada al duro carácter de Don Feliciano fue la cadena de enfrentamientos sucesivos que sostuvo el viejo coronel con el Dr. José María Vargas (catedrático de la Universidad), con Fermín Toro y Juan Vicente González (quienes habían sido profesores en su colegio), con el presidente Carlos Soublette y hasta con el tribuno liberal Antonio Leocadio Guzmán.

Otros, como el Dr. Ángel Quintero y los godos del Congreso, nunca tuvieron la menor amistad o simpatía por Montenegro, y éste les retribuyó con la misma ojeriza.

No obstante que el Dr. José María Vargas había ayudado económicamente a Montenegro en su empresa de fundar el colegio en 1836, se enfrentó posteriormente con él debido a los pleitos derivados de la reconstrucción del antiguo convento de San Francisco. En ese sentido se debe considerar que una parte del edificio había sido cedido por el Estado al colegio fundado por Montenegro, afectando patrimonialmente a la Universidad que decía tener mayores derechos sobre esos bienes. También hubo una desavenencia por las decisiones de Vargas, actuando como Director de Instrucción Pública, que Montenegro no aceptaba, y, finalmente, por las consecuencias de su elección como Presidente de la República, sobre lo cual Don Feliciano había hecho ciertas predicciones políticas negativas que –desafortunadamente– se cumplieron.

Parece que Vargas se ofendió profundamente cuando supo sobre la realización de una apuesta simbólica. En efecto, tiempo después que ocurrieran los hechos de la “Revolución de la Reformas”, se enteró el Dr. Vargas que Don Feliciano había apostado con otras personas sobre el fracaso de su Gobierno, considerando que el ilustre galeno no tenía condiciones políticas para tal responsabilidad. Como se sabe, los hechos le permitieron a Montenegro ganar la apuesta cuyo premio era un sombrero y un traje.

Evidentemente, todos esos pleitos trajeron consecuencias funestas para el *Colegio de la Independencia* y para la edición y distribución de la obra escrita por Montenegro.

Su pleito con Juan Vicente González, quien durante un tiempo fue profesor en su colegio, tuvo como una de sus causas el despido de González. Éste lo atacará sin piedad desde su *Diario de la Tarde* acusándolo de Guzmancista, recordándole su pasado realista y calificándolo de godo y militar ignorante. Buena parte del contenido de la

*Manifestación Documentada en Justa Defensa...* tiene como telón de fondo esa declarada enemistad y las ofensas que se lanzaron.

Montenegro se defendió de la campaña que Juan Vicente González y el *Diario de la Tarde* orquestaron en su contra, sacando a relucir sus actos de valor en defensa de las víctimas de Morillo, Moxó, Morales y Chepito González. Además, acusó a González y a los que lo acompañaban de ser cofrades asalariados de la oligarquía y le echó en cara que se había visto en la obligación de retirarlo del colegio, a donde ingresó, simplemente porque quiso complacer a su benefactor, Manuel Felipe de Tovar.

La gran paradoja fue que una persona tan cercana ideológicamente a los “godos” que dirigieron al país entre 1830 y 1840 terminara peleándose con todos ellos, y, en cambio, pudo mantener, por largo tiempo, una cálida relación con Antonio Leocadio Guzmán. Una manifestación de esa estrecha relación que hubo entre Feliciano Montenegro Colón y el gran tribuno liberal se puede comprobar al examinar más de treinta ediciones del periódico de Guzmán (*El Venezolano*), algunas con varias notas, avisos y otros comentarios relacionados con Montenegro, sus obras escritas, su colegio u otra de sus empresas filantrópicas.

Esa buena relación entre Don Feliciano y Guzmán –que incluso se manifestó en cierta simpatía en torno a su campaña hacia el poder– llegó a su fin también en forma abrupta, cuando Antonio Leocadio Guzmán lo acosó financieramente en los tribunales. Tal oscuro incidente se debió a la difícil situación económica que le trajo a Feliciano Montenegro Colón la reedificación del antiguo convento de San Francisco, cedido por el Estado para servir como sede del *Colegio de la Independencia*.

Excedido éste en sus gastos, había solicitado un pagaré, y Guzmán, parece que también atravesando una difícil situación económica, lo obligó a realizar una “cesión de bienes” que, por supuesto, Montenegro no esperaba, pues además de cierta amistad, le había educado gratuitamente en el colegio a sus hijos, incluyendo al futuro presidente Antonio Guzmán Blanco.

## Otros documentos en defensa de su nombre

Como ya vimos, entre 1831 y 1846 Feliciano Montenegro Colón se había dedicado por entero a sus tareas de escritor y educador. De su pluma había salido no solamente su *Geografía General...* sino también numerosos escritos relacionados con temas educativos. A pesar de toda esa contracción a sus nuevas actividades culturales, hacia 1846 rompe su largo silencio y reinicia su combate, como en los viejos tiempos, cuando tuvo que enfrentar los arteros ataques en medio del fragor de pasiones de la época de la emancipación nacional. Don Feliciano había aguantado mucho tiempo las descalificaciones personales, pero parece que entonces decidió tomar la ofensiva nuevamente.

Su nueva producción la tituló *Manifestación Documentada en Justa Defensa de Feliciano Montenegro Colón...* (1846).

En su descargo, dice que su mejor aval es la historia de Venezuela, que él nada tiene que esconder ante los ataques que le hace el *Diario de la Tarde* de Juan Vicente González, quien actúa así solamente por haber sido despedido del *Colegio de la Independencia* y que, finalmente, muchos de los que ahora lo atacaban eran sus aduladores en tiempos de la dominación realista.

Recuerda su llegada a Venezuela en 1831 (cita testigos) y señala que al organizar su colegio colocó a González como docente en éste, sólo por complacer a su benefactor Don Manuel Felipe Tovar. Seguidamente, acusa a los que entonces blasonaban de patriotas y le acusaban a él de “godo” de no haber arriesgado sus vidas tal como él sí lo hizo. Además, les hace el recordatorio de sus méritos, la persecución por parte de los absolutistas en España, los conflictos que tuvo con Francisco Tomás Morales, etc.

A esa primera escueta defensa (siete páginas que cierra con su firma) agrega un conjunto de noticias que amplían mucho más la primera parte del texto (con 32 páginas más). En esa segunda parte expone lo que pudiese denominarse una excelente autobiografía. En ella habla de sus tempranos estudios en Venezuela, su carrera militar acá y en

Europa, su familia (esposa española e hijos), sus gestiones humanitarias a favor de los perseguidos, y los sucesos del 7 de julio de 1822 en España que lo hicieron acreedor a la distinción de *Benemérito de la Patria*. Asimismo ofrece amplia información sobre variados hechos políticos-militares: la escritura del manifiesto a favor del general Miguel De La Torre y en contra de Francisco Tomás Morales (Puerto Rico, 1823), la actuación de los diputados venezolanos en las Cortes constitucionales españolas (1822), el ascenso y la caída de Riego (gran lección política), el restablecimiento del régimen absolutista español, su participación en los preparativos para las expediciones de auxilio a San Juan de Ulúa y para la reconquista de México (acusado de haberlas saboteado se vio en la necesidad de huir desde Cuba), y su incorporación al servicio del Gobierno patriota de México para intentar la liberación de Cuba.

Este recuento de sus servicios lo avala con cartas y otros documentos que hablan de ese período de su vida.

Cerrada esa parte, pasa a narrar lo ocurrido en su viaje desde Nueva York pasando por Haití, Santo Domingo y Curazao y, haciéndolo, trae a colación su documento de 1831 y las acusaciones relacionadas con su “fuga” de 1811. Ratifica que solamente aspiraba a una vida tranquila en su país y aunque patriotas como Páez lo acogieron y aún le confiaron la educación de sus hijos, otros venezolanos, como el Dr. Ángel Quintero, sólo lo consideraron apto para “coger café”. Seguidamente, comenta el autor de la relación la importancia que tuvo el establecimiento del *Colegio de la Independencia* el 19 de abril de 1836, y para ello reproduce varias cartas relacionadas con dicha institución.

Continúa registrando otros asuntos: su supuesto carácter cruel o severo, los insultos que un grupo de estudiantes le propinaron en un desorden público, la ayuda inicial que José María Vargas concedió al instituto y el pleito posterior surgido por la acusación que hizo el antiguo rector de que Montenegro estaba apropiándose de una parte del edificio que era patrimonio de la Universidad, es decir, del convento de San Francisco.

Prosiguiendo con lo relacionado con el célebre colegio explica cómo, después de haber organizado un excelente establecimiento, digno de elogios por su plantel de profesores y calidad de su edificio (el antiguo convento de San Francisco bellamente reconstruido), entró en un proceso de decadencia, debido, entre otras causas, a las crecidas deudas contraídas, los insuficientes aportes del Gobierno Nacional, etc. Finalmente se duele de las terribles condiciones económicas en que se hallaba su familia, de la maledicencia de Juan Vicente González y de los que llama falsos patriotas.

### Un texto de 1847

El último de los grandes manifiestos escritos por Feliciano Montenegro Colón, y que será ahora objeto de comentario, lo tituló *Recuerdos Históricos y Curiosidades Útiles, a la vez que escarmentadoras hasta para aquellos que no reflexionen mucho sobre ellas*.

Tal escrito, de treinta y seis páginas y publicado en Caracas en 1847, es una amarga queja o desahogo ante los despiadados ataques recibidos y su condición de pobreza personal.

Dolido de que lo sigan llamando “godo” y de que al mismo tiempo lo señalen como guzmancista, niega que alguna vez hubiese tenido participación en las luchas político-electorales o interés en ocupar cargos públicos. Destaca con orgullo sus desvelos por la educación del país y sobre todo por la fundación del *Colegio de la Independencia*, no obstante que ello sólo le había traído sinsabores y la ruina económica para él y su familia.

Explica pormenorizadamente el proceso de decadencia del colegio a partir de 1842 y lo atribuye, entre otras causas, a la difícil situación de la economía nacional desde 1841 y a la imposibilidad de lograr un arreglo aceptable con el Estado venezolano que permitiera pagar las elevadas deudas contraídas para financiar la reedificación y equipamiento del antiguo convento de San Francisco, asiento del colegio. La descripción de cada uno de los tentativos arreglos propuestos por el propio Montenegro y las respuestas en forma de acuerdos de las Cámaras legis-

lativas que debían aprobarlos (años 1844-1847) lo llevan a rechazar la oferta oficial, pues ella condenaba a sus hijos a la pobreza; en consecuencia, anuncia que trataría de restablecer el colegio ese año de 1847.

Ante la exigencia que le hace el Estado de pagar las deudas o devolver el edificio a la nación, anuncia una demanda en los tribunales y, además, lanza veladas acusaciones contra el Secretario Acevedo (culpable, según él, de sus desgracias): sugiere que éste, en tiempos de la dominación realista, fue un mandadero del capitán general Salvador Moxó, cosa que él (Montenegro Colón) no fue, a pesar de haber sido o ser un godo; más adelante lo alude con sarcasmo como el “gran geógrafo y financista”.

En la continuación del alegato apela a otros documentos o testimonios (los del Dr. Tomás Sanabria, entre ellos) referidos a una solicitud para utilizar el edificio del colegio como sede de la biblioteca pública y a otros intentos de arreglos fallidos sobre las deudas y la propiedad del edificio en litigio. Al respecto, insiste que él y su familia sufren pobreza por culpa de no haber sido resarcidos de los gastos realizados por un gran total de 180.742 pesos correspondientes a la reedificación y mobiliario de la sede; manutención y educación gratuita de alumnos internos pobres; ropas, medicinas y libros para externos pobres, alimentación de alumnos externos pobres que asistían a la universidad, etc.

Cierra la primera parte de este memorial de quejas y agravios firmando el documento en Caracas, el 20 de noviembre de 1847.

La otra mitad del alegato de Montenegro es un amplio conjunto de notas explicativas. En ellas, valiéndose de una reiterada ironía, *¿Quién sino el godo?*, resume en cierta manera su propia biografía recogiendo los ataques y descalificaciones de que fuera objeto (godo, ignorante), los reconocimientos que se le hicieron en la prensa europea (por su geografía) y por parte del patriota Francisco Javier Yáñez. Asimismo, denuncia a los falsos patriotas (que antes fueron realistas), las recriminaciones que recibió por elogiar a Simón Bolívar y escribir una historia imparcial, las familias que pretendieron hacer cambiar el reglamento del colegio argumentando que era muy duro, el pleito con José María Vargas

(problema del edificio y la universidad), el “*provincialismo*” que animaba a muchos de los que desarrollaron un excesivo número de colegios nacionales inútiles y de baja calidad, el pleito con Antonio Leocadio Guzmán (demanda judicial-cesión de bienes por pagaré vencido) después de haberle educado a sus hijos, Antonio Guzmán Blanco entre ellos.

El recuerdo de los ataques y defensas a través de estas extensas notas incorpora también una velada acusación al supuesto pasado realista del Dr. José María Vargas –pues lo había conocido cuando ambos vivieron en Puerto Rico–, y a las terribles consecuencias que tuvo para él la realización de la apuesta simbólica sobre su seguro derrocamiento.

La revisión de estos *Recuerdos Históricos*...deja en evidencia que Don Feliciano no se daba por vencido tan fácilmente. A pesar de la carga de los años, de haber estado acosado por sus acreedores públicos y privados, en la pobreza más completa después de haber levantado esa extraordinaria empresa cultural que fue el célebre colegio y haber administrado muchos miles de pesos, todavía le quedaba ánimo para seguir combatiendo por lo que creía y defendiéndose, como siempre, de lo que honestamente consideró infamias de sus enemigos.

En este largo y polémico texto se observa que, como siempre, su autor asume su propia defensa con pasión, echando mano de su ya conocido arsenal argumental: él fue realista o godo pero nunca servil, sanguinario, cruel, codicioso, ambicioso, traidor o cualquiera otra de esas cosas en que sí incurrieron muchos de los que cínicamente le perseguían entonces o censuraban.

Es evidente que Montenegro fue uno de esos seres obsesionados por la imagen que la sociedad se había formado –o se seguía formando– de su persona. Por esa razón, nunca descansaba de aclarar o testificar en defensa de sus opiniones e intereses.

## **El más formidable instrumento para su defensa**

Una visión de conjunto sobre los textos escritos por Feliciano Montenegro Colón nos conduce a plantear que éste tuvo en su propia pluma el más formidable instrumento para su defensa.

En su propio tiempo fueron muy contados los que escribieron o hicieron publicar algo a favor de Don Feliciano, siendo una de tales excepciones una corta nota periodística de Antonio Leocadio Guzmán. La tarea de enfrentar los innumerables ataques recibidos tuvo que asumirla el propio Montenegro, y al hacerlo, nos dejó una rica cantera de datos sobre su vida y obra.

Resulta muy notorio en esos escritos de Montenegro el carácter reiterativo o repetitivo de su contenido. En ese sentido abundan aspectos tales como algunos rasgos autobiográficos (familia, educación, discípulos, viajes); sus servicios militares, primero a la Corona española y luego a la causa americana; acciones a favor de sus paisanos venezolanos durante la Guerra de Independencia, críticas a la conducta bárbara de los combatientes durante la guerra en Venezuela, responsabilidades o cargos ocupados, reconocimientos que se le otorgaron, etc., todo ello avalado con los testimonios de incuestionables personalidades y los respectivos documentos. En fin, sus escritos, como era de esperarse, pretendieron reivindicarlo ante sus contemporáneos y también –por qué no– ante la posteridad o la historia de su patria.

No está demás decir que todos esos escritos publicados por nuestro biografiado –aunque tienen alguna utilidad como testimonio sobre su vida pública– también deben ser tomados con sumo cuidado. Sobre todo considerando que ellos tuvieron una clara intencionalidad: defenderse, negando a ultranza cualquiera de esos ataques recibidos, tuvieran razón –total o parcialmente– quienes denunciaron sus actuaciones a lo largo de su dilatada existencia.

Lo que no puede negarse es que Don Feliciano dio muestras de ser una persona seria, coherente, leal a sus arraigados principios morales, religiosos y políticos. Un hombre con esas características es generalmente un testigo de excepción. No podríamos decir que no se equivocase o exagerara o se le escapara una inexactitud y hasta alguna mentira menor en esos textos publicados. No obstante, considerando esa actitud –si se quiere obsesiva– en defensa de su honra, de su nombre y su verdad, estamos ganados a creer en su buena fe como testigo.



## El pedagogo

Los avatares del *Colegio de la Independencia* casi se confunden con la propia vida de Feliciano Montenegro Colón. Sus biógrafos, y todos aquellos que han dicho algo sobre él, coinciden unánimemente en que fue lo más significativo de su legado.

Al respecto podemos acotar que esta institución no sólo fue juzgada como un excelente centro de aprendizaje por muchos de sus contemporáneos venezolanos. Igualmente, estudiosos pertenecientes a épocas posteriores –como lo fue Mary Watters– lo consideraron comparable al célebre *Colegio Eton*, fundado en Inglaterra por Henry VI en 1440, el que desde entonces es una institución modelo del sistema educativo inglés y de la formación de sus elites.

Aunque ya hemos tratado –de alguna manera– el asunto del colegio al examinar otras publicaciones de Montenegro Colón, intentaremos analizarlo ahora con mayor precisión.

El mismo Montenegro se ocupó de recopilar sus opiniones sobre la marcha de la educación venezolana y la importancia que el colegio tenía dentro de ella. Lo hizo en una publicación que tituló precisamente *Colegio de la Independencia*.

En su exposición comenta la trascendencia que tuvo la inauguración del instituto el 19 de abril de 1836, a pesar de la escasez de buenos profesores e inexistencia de una *Escuela Normal* para formarlos. Además de vencer tales dificultades tuvo que enfrentar la ardua tarea de reedificar y amoblar el viejo convento de San Francisco en Caracas, cedido por la nación venezolana mediante un compromiso que pautaba, además, educar gratis a dos niños pobres provenientes de cada una de las trece provincias de entonces y devolver el inmueble cuando se extinguiera el colegio o falleciera el contratante.

Un factor que coadyuvó a agravar las dificultades sufridas entonces por el colegio y su promotor fue haber subestimado los costos de la reedificación y otros gastos necesarios para convertir a la institución en un modelo de calidad. Igualmente, la creación de gran cantidad de Colegios Nacionales (calificados por el propio Montenegro Colón de “tren inútil”) hizo agravar aún más la situación, pues muchos padres prefirieron dejar a sus hijos en esos colegios interioranos sin importarles si la calidad no era la misma.

Según Montenegro, el total de colegios existentes para el año de 1843 era de veintidós; de ellos, quince eran públicos y siete privados. Considerando lo anterior, agrega Montenegro que, en Venezuela, de acuerdo con nuestra población, sus necesidades y los recursos disponibles (especialmente docentes aptos), sólo eran necesarios tres buenos institutos, pues en Europa, solamente Francia tenía diez colegios por cada millón de habitantes, mientras que en el resto de ese continente el promedio era entre cinco y seis colegios por cada millón de habitantes. En contraste, Venezuela con una población que no llegaba al millón de habitantes (y de ese total, se debía restar una mitad formada por indígenas, libertos y esclavos) aspiraba al absurdo de tener ese elevado número de colegios, sin siquiera tener las rentas y los profesores para ello.

La mayoría de esos colegios nacionales solamente ofrecían una deficiente preparación a sus pedantes egresados o bachilleres de nombre pero no de formación. Esa mala preparación era consecuencia de

la nula dotación de los institutos creados improvisadamente, sin que en ellos se siguiera, además, un buen plan de estudios con sus alumnos. A éstos se les hacía seguir una rutina antigua para aprender un mal latín y lo que llamaban Filosofía antes de que conocieran –o no– su propia lengua y la enseñanza elemental uniforme y necesaria para los pueblos republicanos. Y apuntaba Montenegro que esos colegios solamente producían “jóvenes presuntuosos, con hábitos muchas veces perniciosos, desaplicados, ávidos por empleos de que vivir y dispuestos siempre a tomar una parte decisiva en cuestiones que no comprenden...”.

En medio de su análisis sobre los colegios nacionales y los problemas específicos del *Colegio de la Independencia*, Montenegro no pierde la oportunidad para atacar a quienes llama falsos patriotas que lo habían descalificado a él por su pasado realista, olvidando sus servicios como “Jefe Mexicano” (es decir, al servicio del Gobierno republicano de México). Además, reitera el aval recibido de personalidades como el *Ciudadano Esclarecido*, general José Antonio Páez, quien le confió la educación y seguridad de sus hijos; Diego B. Urbaneja; el ilustrísimo Dr. José Vicente de Unda; el historiador y magistrado patriota Francisco Javier Yáñez (con quien intercambió documentos de sus valiosos archivos para escribir la historia); el editor señor Antonio Damiron y otros. Todos ellos, en alguna forma, lo ayudaron en su esfuerzo por crear y mantener abierto su colegio.

Tampoco deja Montenegro de criticar en detalle el plan de estudios seguido por la mayoría de los colegios en Venezuela. Él, muy conciente de las necesidades de los que aspiraban a seguir estudios en la universidad, proponía un orden pedagógico de los cursos: etimología castellana, primera parte de la etimología latina, sintaxis latina, aritmética práctica, aritmética razonada, gramática castellana, retórica, prosodia latina y álgebra. Argumentaba sobre las ventajas de su plan, asegurando que de esa forma se lograba un mejor aprendizaje, así como que casi todos culminaban sus estudios de agrimensores en dos o tres años y eran bien considerados en las carreras de la universidad.

En contraste, sostiene que en los deficientes colegios se graduaba a muchos con el título de bachiller pero sin la debida formación. Cree que es más importante que se organicen escuelas normales en todos los cantones y parroquias para entrenar a los docentes que eduquen a los que se quieran dedicar al fomento de nuestra prosperidad creciente, y no a tantos aspirantes a ser literatos, médicos y abogados. Afirma, en fin, que aquí todos querían ser doctores y así no habría industria.

En esta publicación del pedagogo Montenegro abundan razones para convencerse de que, para él, el problema no era un asunto de celos profesionales o de interés pecuniario. Si luchaba con denuedo a favor de su colegio y en contra de la proliferación de institutos oficiales en todo el territorio nacional, ello obedecía a profundas convicciones personales de orden científico, pedagógico y moral. Es evidente que Don Feliciano prefería pocos institutos, pero de excelente nivel académico y moral, y no veintidós *trenes inútiles* que sólo servían para llenar la vanidad de los padres y de sus hijos, candidatos a “bachilleres” y posteriormente “doctores”, pero vacíos de ciencias, letras y formación moral-religiosa.

Postulaba darle prioridad a una educación elemental que llegase a toda la ciudadanía de la República, y para hacerlo posible, debía patrocinarse la creación de escuelas normales de donde saldrían los docentes que se requerían en las parroquias y cantones del país.

### El debate en la prensa

A Feliciano Montenegro Colón, al igual que a todos los hombres públicos de entonces (y de ahora también) le gustaba hacer conocer sus labores a través de la prensa. Por ello le participa públicamente al Secretario del Interior y Justicia, el 20 de abril de 1836, que el día anterior, aniversario del memorable 19 de abril, había instalado bajo su dirección una casa de educación privada denominada *Colegio de la Independencia*, quedando la subdirección a cargo de Francisco Javier Yáñez (hijo). Informa que el mencionado colegio tendría el siguiente plan de estudios: Fundamentos de nuestra religión; Urbanidad; Lectu-

ra y escritura; Gramática Castellana, latina, francesa e inglesa; aritmética, álgebra y geometría; Geografía; Elementos de Historia y de física; Teneduría de libros.

También plantea al Gobierno Nacional que excite a las respectivas diputaciones provinciales para que costeen los estudios de uno o más jóvenes pobres que no pasen de trece años. Dice que con ello se podía llevar a la práctica la sugerencia del Dr. José María Vargas sobre educar estudiantes pobres de cada una de las trece provincias del país. Señala el Director del colegio que él ya está educando gratuitamente a varios, pero no puede hacerlo con un número mayor.

Para los aspirantes a cursar estudios, anuncia la apertura de un curso de Filosofía similar en duración al ofrecido en los colegios nacionales para preparar a los interesados a ser examinados en la universidad y obtener el grado correspondiente. En otra nota dice que a pesar de la gran cantidad de gastos causados por el sostenimiento de alumnos pobres, ha decidido invertir las utilidades obtenidas para mejorar la calidad intelectual de sus egresados.

De gran importancia fue el anuncio de la Secretaría del Interior del día 3-11-1837, en que se decide ceder la parte principal del edificio del antiguo convento de San Francisco, y a cambio, también se plantea que Feliciano Montenegro Colón cedería a la nación el colegio fundado cuando él falleciera o quisiera separarse de su dirección. No obstante, se aclara que ello será sin indemnización alguna por lo que invierta en reparar de manera estable y segura toda la parte cedida del edificio, y además, que debía recibir dos estudiantes pobres de cada una de las provincias del país.

Días después, con fecha 8 de noviembre de ese mismo año, escribe Montenegro una nota al Secretario del Interior (Diego Bautista Urbaneja) aceptando complacido las condiciones ofrecidas por el Gobierno para llevar a efecto la cesión propuesta.

Un año después, seguramente debido a los reclamos del Dr. José María Vargas en defensa de los intereses de la Universidad supuestamente agraviados por Montenegro, la Secretaría de Interior y Justicia

anuncia una resolución dirigida a la Secretaría de Instrucción Pública (a cargo de J.M Vargas) y al señor Montenegro, director del *Colegio de la Independencia*. En dicha comunicación se trata de aclarar o precisar con exactitud cuáles son las áreas del edificio cedido que corresponden al mencionado colegio, así como también el carácter de Colegio Nacional que tiene el instituto dirigido por Don Feliciano de acuerdo con el documento de cesión a favor de la República por parte de su fundador.

Como puede notarse, la vida del colegio quedó plasmada en la prensa de la época, más que todo, en los periódicos *Gaceta de Venezuela*, *El Liberal*, *El Venezolano*, *El Nacional* y *El Patriota*. Especialmente entre los años de 1836 y 1844 estos medios de comunicación recogieron en forma de avisos, resoluciones oficiales, remitidos y comentarios editoriales las vicisitudes de la pionera institución. En unas setenta menciones específicas a materias relacionadas con el *Colegio de la Independencia* conseguimos información sobre los actos públicos y solemnes de exámenes a los alumnos y sus respectivas premias; apertura de nuevos cursos tales como uno de Filosofía incluyendo el estudio de Kant (ofrecido por Fermín Toro y posteriormente por el Dr. Manuel Ancizar); instalación de las academias de Latinidad y de Historia; el número de alumnos pensionados; la cantidad de alumnos pobres que eran educados gratuitamente; problemas de disciplina y salud, etc.

Igualmente se ofrecen noticias sobre la controversia entre Montenegro y el Gobierno en relación con los costos de la reconstrucción del edificio cedido por la nación, deudas contraídas, compensación pecuniaria por los sacrificios del director, importancia de la frugalidad en los alumnos, recomendaciones contra la asignación de excesivo dinero y costosos vestidos para éstos. Todos estos y otros asuntos similares nos dan una idea sobre la importancia de esta institución creada y dirigida por Feliciano Montenegro Colón hasta que, presa de la crisis, se vio en la obligación de cerrarla y retirarse cargado de deudas y frustraciones.

## Las Escuelas Normales

En conexión con las ideas educativas que se debatían, consideró Montenegro reiterar y profundizar sus planteamientos con la publicación en 1843 de su *Proyecto de Reglamento de la Escuela Normal de la Provincia de Caracas*, y poco después, en 1845, de un nuevo folleto que tituló *Exposiciones de Feliciano Montenegro Colón Sobre La Educación*.

El último de los folletos nombrados, y que recoge al primero, no es otra cosa que una antología de escritos y documentos del autor, cuyo eje o tema central es la necesidad de organizar escuelas normales en Venezuela. En el primero de ellos, una comunicación a la Honorable Cámara de Representantes les recuerda que ha estado consagrado a promover la educación y por eso ha pensado en la necesidad de organizar una Escuela Normal y escuelas primarias tomando como modelo el sistema adoptado en Prusia. Solicita los recursos específicos para dotar el plantel: mesas, sillas, etc. Para la clase de geografía que debería abrirse ofrece ceder un texto suyo para que se publique y utilice, pues el único existente, y que había venido usándose, era el de Letronne que, según él, estaba plagado de errores. Señala la necesidad de adelantar la educación técnica y propone un proyecto de reglamento inspirado en los modelos europeos que conoce para que las Cámaras lo consideren. Insiste en que los textos o manuales para la educación primaria deben tener uniformidad y sencillez, y a manera de ejemplo somete a dura crítica el catecismo de Ripalda. Para sustituirlo ofrece ceder uno suyo ya preparado y revisado por calificadas autoridades en materia religiosa. Dicho texto sobre religión debía ser utilizado como libro básico para el aprendizaje de la lectura así como de base para la formación moral y la buena crianza de los niños, y no esa colección de “cuentos morales” en uso para entonces.

Las escuelas normales o “modelos” para las restantes escuelas formarían hombres útiles a través de una educación básica de unos tres o cuatro años. Ésta y la educación superior podía ser gratuita solamente para los alumnos pobres debidamente escogidos por su aplicación e interés. En dichas escuelas normales, organizadas de acuerdo con el

reglamento propuesto, se formaría y acreditaría la idoneidad de los aspirantes al magisterio. En dichos institutos se organizarían dos secciones: en una se ofrecería la educación elemental para los aprendices, y en la otra, se daría oportunidad para que los aspirantes se convirtieran posteriormente en docentes. Para llevar adelante esta empresa propone, además, organizar clases de dibujo y ceder sus obras para que sean editadas por la nación, renunciando él a un 50% de las posibles ganancias (pues, a su juicio, se requerían buenos textos con urgencia). Seguidamente, propone un *Proyecto de Ley sobre Educación Popular*, nuevas explicaciones sobre las secciones que debían formar las escuelas normales primarias (de aprendices y aspirantes) y el plan de estudios que debía seguirse en ellas: lectura y aprendizaje del texto de Doctrina Cristiana, Escritura, Gramática Castellana, Constitución, Aritmética Mercantil, Teneduría de Libros, Geografía elemental, Historia, Dibujo y Geometría con aplicación a las artes, inglés y francés, pudiéndose establecer también otra de Aritmética razonada con separación de la Mercantil. Las clases que se abrirían prioritariamente serían las cuatro primeras. Además, en cada una de las escuelas debía ofrecerse una clase de *Doctrina Cristiana Explicada*, a cargo del propio Director, para que la cursaran los que ya supieran leer bien y por ello no pagarían nada extra.

De gran importancia era la proposición de abrir clases de agricultura y veterinaria en las regiones donde conviniese, así como el establecimiento de una normativa para escoger a los directores y profesores de las escuelas. Para ser Director se debía tener treinta años de edad y ser venezolano o naturalizado; para ser profesor, el aspirante debía contar ya con los veintiún años y la calidad de venezolano o naturalizado si iba a enseñar lectura, escritura, Gramática y Constitución. Ambos, directores y profesores, serían sometidos a rigurosos exámenes públicos ante las comisiones de las parroquias y cantones.

En otro documento que anexa, insiste Montenegro en la importancia de buenos reglamentos o bases (y propone algunas). Señala que la uniformidad en el sistema de escuelas es muy importante al igual que

la educada selección de buenos textos escolares (como ejemplo vuelve a citar el caso de Prusia). También es fundamental el adecuado sueldo de los docentes (25 pesos) y la supervisión de la marcha de las escuelas por las comisiones de vigilancia, tal como se hacía en otros países. Al examinar esta materia, señala las experiencias de Chile y la Nueva Granada, que ya habían imitado a las naciones más civilizadas, e insiste nuevamente en recomendar el modelo escolar de Prusia en sus reglamentos, selección de los profesores, plan de estudios, etc.

Admite Montenegro que existe una relación entre las escuelas y los cambios a producirse en un país. Y agrega que es necesario un control sobre los institutos privados de mala calidad que, amparándose en la “libertad de industria”, pueden hacer mucho daño con sus abusos.

Sobre los colegios femeninos plantea que en éstos debía enseñarse economía doméstica (y ello no se estaba cumpliendo), prefiriéndose a cambio ofrecer un curso de Geografía utilizando el inapropiado texto de Letronne. Cierra su comentario crítico sobre la marcha de la educación femenina opinando que solamente deben enseñar en tales colegios hombres maduros, casados y preferiblemente con hijas.

Finalmente, Montenegro concluye que no lo mueve ningún interés económico en sus proposiciones, pues no cobraba por su trabajo ni aspiraba hacerlo en el futuro.

Este conjunto de documentos y comentarios sobre la situación educativa y sus posibles soluciones demuestra el conocimiento y la preocupación que tenía Feliciano Montenegro Colón. En efecto, se desprende de su lectura que no sólo había reflexionado sobre nuestras carencias, las cuales había ya diagnosticado. También se había adelantado a buscar las soluciones apelando –sin complejos– a las experiencias internacionales. Es notorio que en sus puntos de vista Montenegro dejara ver su muy tradicional mentalidad hispano-católica en materia de formación moral y religiosa. No obstante, en el campo científico-técnico y pedagógico era un hombre de ideas avanzadas para aquella época. Se deja ver de lejos la influencia de su formación militar y sus experiencias vitales en la sociedad española. Nos atrevemos a

sospechar que buena parte de sus planteamientos “modernizantes” provenían de sus lecturas recientes, entre ellas, seguramente, las del pedagogo y filósofo francés Víctor Cousin (1792-1867). Es de destacar que este ilustre profesor y académico, director de la *Ecole Normale* de Francia, visitó Alemania para conocer a fondo su sistema educativo. Presentó un proyecto al ministro Guizot en 1833 y éste lo planteó como programa para la reforma de la educación primaria francesa cuando ocupó el cargo de Primer Ministro y Cousin, el Ministerio de Instrucción en 1840.

Evidentemente, otra parte de los planteamientos de Montenegro tenían la impronta de las clásicas prédicas de los ilustrados españoles del siglo XVIII: Aranda, Feijoo, Jovellanos y, especialmente, el Conde de Campomanes. Considerando a este último, pareciera que está presente su célebre ensayo sobre la *Educación Popular* y otras publicaciones donde se pregonaba la importancia de la educación técnica, los oficios útiles y la formación moral bajo rígidos patrones católicos.

### **Incursionando en la urbanidad**

Dentro de otras obras a considerar tenemos textos tales como sus *Lecciones de Buena Crianza, Moral y Mundo o Educación Popular* (1841); sus notas sobre el Colegio de la Independencia (1843) y su *Compendio de la Doctrina Cristiana Explicada y al alcance de toda especie de persona...*

Sobre la primera de las nombradas, Mary Watters afirma que tales *Lecciones de Buena Crianza...* fueron algo más que un libro sobre etiqueta y buenas costumbres. Su objetivo era servir de texto para los cursos de Urbanidad que combinaban tópicos tales como higiene, moral, civismo y buenas costumbres. Según la autora citada, el libro iba dirigido más a los padres que a los niños, y estaba orientado a reformar a la sociedad venezolana con largos consejos al estilo tradicional de los obispos coloniales como Fray Mauro de Tovar. Montenegro, al igual que Simón Bolívar y su poder moral, pretendía civilizar al país. Y fue así que cuando la obra fue publicada, Antonio Leocadio

Guzmán hizo un elogioso comentario en su periódico a manera de promoción de la misma.

Puede agregarse además que este clásico texto publicado por Don Feliciano fue algo así como un sólido eslabón de una larga cadena de libros similares que fueron apareciendo a lo largo de las décadas siguientes, siendo el más famoso y de mayor permanencia en el tiempo –hasta nuestros días– el conocido *Manual de Urbanidad* que salió de la pluma de Manuel Antonio Carreño.

En relación con el *Compendio de Doctrina Cristiana...* no debe sorprendernos que Montenegro se atreviese a competir con el clásico *Catecismo* de Ripalda y que en su tarea lograra la aprobación del Rector de la Universidad y del Arzobispo de Caracas. Debe recordarse que Montenegro fue seminarista en su juventud y que siempre estuvo al frente de las Cátedras de Urbanidad y de Religión en su colegio. Lógicamente, tal tipo de obra pedagógica no reclamaba profundos conocimientos teológicos sino, más bien, la habilidad intelectual que siempre mostró Don Feliciano en la destreza para resumir, compendiar u organizar conocimientos ya elaborados para hacerlos asequibles a los educandos.

Cuando hacia 1850 publica Don Feliciano Montenegro Colón su último impreso que hemos localizado, en él anunciaba que volvería a dar a la prensa, si era que recibía el apoyo necesario, algunas de esas obras antes publicadas. Entre las que menciona con opción a la reimpresión estaban su *Doctrina Cristiana Explicada...* y su *Educación Popular o Lecciones de Buena Crianza, moral y Mundo*. Anunciaba también en esa hoja suelta de 1850 la reimpresión de sus otras obras y la edición de algunas que esperaban oportunidad desde hacía muchos años; y que la muerte del autor, pocos años después, sepultó también en el olvido.

Entre las nuevas obras anunciadas estaban, además de las reediciones indicadas antes, una titulada *Educación del Bello Sexo*, y la otra, *Espejo de los Calaveras*, las cuales –seguramente por su título– iban destinadas a la formación moral de la juventud del país.

Junto a ese anuncio de obras de carácter moral señala la publicación de otras de carácter geográfico e histórico: *Compendio de Geografía General* (impreso por primera vez en La Habana en 1826); *Mitología y Biografía* (Hombres Célebres), y finalmente una *Geografía Venezolana* (dos tomos, que eran una continuación de su *Geografía...* publicada antes en cuatro tomos).

Causa asombro que alguien, casi a las puertas de la tumba y viviendo en la miseria, siguiera escribiendo con tal tesón intelectual para las nuevas generaciones. Sin duda alguna, Don Feliciano era un hombre de una voluntad de hierro, con vocación de trabajo y de servicio público admirable.

### ***Las Lecciones de Buena Crianza, Moral y Mundo***

Comentario aparte merece esta obra de Montenegro Colón. Ella refleja, mejor que cualquier otra, sus concepciones morales y sociales. Veamos su contenido que estuvo presentado en unas doscientas cinco páginas de pequeño formato. El librito constaba de veintiséis capítulos que tratan de cada una de las “Lecciones”, y cierra con un conjunto de pensamientos, sentencias, consejos y máximas morales.

Los títulos de cada uno de los capítulos son los siguientes:

- I. De la buena crianza: A quienes corresponde su enseñanza; su uso y ventajas.
- II. De los modales.
- III. Del aseo de la persona y del doméstico. Del vestido.
- IV. Defectos y malas propiedades que resultan de la crianza descuidada: Amor de sí mismo; vanidad; orgullo; petulancia; falsa modestia.
- V. Continuación de dicha materia: Mentira; envidia; venganza.
- VI. Buenas propiedades que se adquieren desde la niñez: Benignidad; decencia; decoro; sinceridad; desinterés.
- VII. Malas propiedades que se adquieren por habitud: Chisme; murmuración; maledicencia; calumnia.
- VIII. De la bondad; de la benevolencia; de la beneficencia.

- IX. De las buenas y de las malas compañías. Amistades.
- X. De las conversaciones. Reglas que no deben olvidarse en la sociedad. Misterio; secreto; alabanza propia.
- XI. De la religión y de su poderosa influencia. Su aprendizaje.
- XII. De la sobriedad y de la moderación: Virtudes que constituyen la templanza.
- XIII. De la reflexión: De la prudencia.
- XIV. De la honradez; de la ingratitud; de la gratitud; de la justicia.
- XV. De la firmeza; de la paciencia; de la resignación y otras virtudes que constituyen la fortaleza de alma.
- XVI. De la caridad.
- XVII. De la pereza; de la ociosidad; del amor al trabajo.
- XVIII. De los placeres. Del reposo.
- XIX. De la curiosidad; de la vivacidad; de la travesura.
- XX. Como se consigue la educación moral. Obligaciones del hombre.
- XXI. Del conocimiento de sí mismo. Medios para dominarse.
- XXII. De la dignidad del carácter. Vejez.
- XXIII. De las diversiones: De su influencia en las costumbres; cuales convienen o dañan la moral de los niños.
- XXIV. Usos que no hacen favor a un pueblo culto: Procesiones; misas del aguinaldo y del gallo; Bautismos; entierros; carnaval; hamaca; chimó y otros usos.
- XXV. Varias observaciones útiles para conservar la salud; vigilancia de las casas de educación.
- XXVI. Recompensas; correcciones. Pensamientos; Sentencias; Consejos y Máximas Morales.

Esta presentación del esquema de las *Lecciones de Buena Crianza, Moral y Mundo...* nos permite observar de una vez las preocupaciones del autor por corregir todo aquello que él consideraba anómalo en la conducta de los niños, los jóvenes, las damas y otras personas en general. De especial interés resulta examinar los ejemplos de la vida venezolana que trae a colación para proponer sus orientaciones.

En el capítulo XXIV, correspondiente a las costumbres, realiza una pormenorizada crítica a los “muy venezolanos” desórdenes en los actos religiosos, aprovechados por muchos para conversar, ver novios o novias, beber licores y fumar.

Igualmente cuestiona vicios como el poco sanitario consumo de chimó en viviendas e iglesias; la holgazanería de pasar todo el día en hamacas y hasta recibir visitas en ellas; los groseros juegos de carnaval con agua, pintura, huevos y otras sustancias; etc. También es notable la traducción que presenta de los *Consejos de Milord Chesterfield a su hijo* sobre cómo conducirse adecuadamente en las conversaciones.

El contenido de todas esas “obritas”, como él mismo, modestamente, las denominaba, nos permite conocer la mentalidad de la época y del propio autor de tales textos. Al respecto, creemos acertadas las opiniones que sobre ese asunto planteó la ya citada Mary Watters. Por nuestra parte sólo agregaríamos que, en términos intelectuales, Don Feliciano Montenegro Colón era un escritor conservador y convencional. Su mentalidad no iba más allá de los rancios principios hispanocatólicos tradicionales. Su meta fue siempre “civilizar” a sus paisanos a quienes veía como degradados por la barbarie de tantos años de guerra y vida de campamento. Su ideal era que toda la sociedad, y en especial los jóvenes, viviesen dentro de los rígidos principios postulados por la Santa Madre Iglesia Católica y las familias tradicionales de la elite mantuana, todo ello aderezado por una disciplina espartana, tal vez herencia de sus largos años de vida militar.

Sobre eso último, el general José Antonio Páez escribió en su *Autobiografía* que había oído acusar a Montenegro de severidad draconiana, pero que lo comprendía plenamente, pues además de lo difícil que es en general el trabajo docente, éste lo fue mucho más en aquel entonces cuando Montenegro tuvo que tratar de educar a “una juventud nacida durante una revolución fecunda en hazañas militares, celosa de su independencia, y en su mayoría hija de padres valientes hasta la ferocidad, e ignorantes en todo lo que no era el manejo de las armas. ¿Cómo no gobernar hasta cierto punto militarmente a jóvenes que no

*conocían otra disciplina?” Y agrega: “Si en mi patria fueran a erigirse estatuas a los hombres eminentes, yo votaría porque se levantara una al hombre que después de las fatigas de la guerra, de los desengaños de una vida agitadaísima, tuvo aún fuerza de ánimo para luchar con una juventud indócil, cuyos mismos padres no comprendían el valor del servicio que él se proponía hacerles a ellos y a la patria”.*

Este testimonio de Páez, y él de muchos otros, nos ratifica que las preocupaciones de Montenegro como escritor pedagógico fueron parte de sus profundas convicciones de hombre formado en el antiguo Seminario de Caracas y en más de tres décadas de vida militar.



## Montenegro y la geografía

Feliciano Montenegro Colón trabajó intensamente escribiendo –o terminando de escribir– su obra fundamental, la *Geografía General para el uso de la juventud de Venezuela*, entre 1831 y 1836, es decir, desde el año de su regreso a Venezuela hasta el año de la instalación del *Colegio de la Independencia*. Para entonces estuvo bajo la protección y estímulo de José Antonio Páez, José María Vargas y otros notables del país. Es de suponer que cuando Montenegro publicó en 1833-1834 los tres primeros volúmenes de la obra, todo el trabajo recogido en ellos no lo pudo haber realizado enteramente en sólo esos tres o cuatro años que precedieron a la edición de tan vasto escrito.

Sabemos que durante casi todo el período precedente a 1831, además de ocuparse de sus tareas militares, Montenegro recopiló materiales de carácter geográfico e histórico, elaboró cartas geográficas (una de Venezuela y otra de Cuba) y hasta había publicado unas *Lecciones de Geografía* en La Habana, el año de 1826.

Ya para mediados de 1832, publica Montenegro un *Prospecto* de la obra que aparecería en los años subsiguientes. En dicho *Prospecto* dice el autor:

*Este estudio tan necesario al labrador y al negociante, como al letrado y al artesano, y de cuya conocida utilidad se siguen tantas ventajas a la sociedad, nunca pudiera ser bastantemente recomendado, si por un convencimiento hijo de la experiencia no se hubiera hecho general y considerado base precisa de la ilustración; adorno precioso de la juventud de ambos sexos y medio único y eficaz para conocer las costumbres de todas las naciones, e imitarlas si son buenas, o desecharlas si son efecto de las preocupaciones; y para no vivir en el siglo como entes aislados, a quien apenas es dado comprender de que manera existen sus semejantes.*

No solamente anunció el autor las ventajas de su libro sino que también adelantó un esquema completo del contenido del mismo. Éste estaba organizado en veintidós secciones o aspectos que fueron desarrollados cuando la obra fue publicada.

El primer volumen apareció en 1833 dedicado al “Escmo. Sr. General en Jefe José Antonio Páez Presidente de la República”, y señalaba en sus primeras páginas que al fin se presentaba “ante el pueblo de Venezuela y bajo los auspicios de su gobierno una obra media de Geografía General escrita al alcance de todos...”

Montenegro mismo opinó que su *Geografía General...* carecía de verdadera originalidad y que era, más que todo, un conjunto ordenado de textos escogidos de los mejores autores entonces conocidos, los cuales había organizado en capítulos y puesto al alcance de todos, especialmente de la juventud estudiosa venezolana.

Después de enunciado el esquema general de la obra, el autor se compromete a dar unas breves nociones de geografía astronómica y de geografía física, así como del sistema métrico decimal que ya empezaban a usar algunas de las principales naciones europeas.

Dentro del conjunto de temas planteados se destaca la síntesis que hace con lo que denomina “una ojeada sobre la parte histórica”. Allí resume, a grandes rasgos, la historia del mundo antiguo, medieval y moderno partiendo de la creación del mundo en el año 4004 antes de Cristo, pasando por el acontecer de Egipto, Asiria, Grecia (Atenas, Esparta, Tebas), los imperios de Egipto, Alejandro y Roma.

A partir del artículo 37, retoma su discurso geográfico cuando describe el Descubrimiento de América y otros viajes. Continúa con el estudio de América en general y luego de cada una de sus secciones: Haití, Santo Domingo, Cuba, Groenlandia, las posesiones inglesas del Canadá y el Hudson, las posesiones rusas y finalmente los Estados Unidos de América.

El tomo II está dedicado a México, Centro América, las pequeñas islas del Caribe y América Meridional: Brasil, Provincias Unidas (Argentina), Paraguay, República Cisplatina (Uruguay) y la Patagonia.

Finalmente, en el tomo III (que apareció el año 1834) se describe a Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y Nueva Granada.

Como podemos observar, en esos tres primeros tomos de la *Geografía General...* no se consideraba a Venezuela de manera específica. Será con la publicación del cuarto volumen en 1837, cuando el autor vaya más allá de lo que había presentado en sus *Lecciones...* (Cuba, 1826) y de los conocimientos ya expuestos por varios geógrafos, Don Mariano Torrente, entre ellos, cuya obra se había publicado en Madrid en 1827.

También es de notar que una de las limitaciones de la *Geografía...* de Montenegro Colón fue, sin duda alguna, el hecho de haberla impreso en una modesta imprenta de Caracas. Su obra no pudo gozar de las ventajas técnicas que tuvo la edición de la obra de Agustín Codazzi, Rafael María Baralt y Ramón Díaz impresa en París en 1841. Montenegro tuvo que contentarse con imprimir su libro sin ilustraciones, mapas, etc.

El cuarto tomo de la *Geografía...* –que estudiaremos ampliamente más adelante– tuvo como único contenido la historia de Venezuela, desde los viajes de Cristóbal Colón hasta la historia republicana del período que culminaba hacia 1836. También sabemos, por anuncio del propio autor, que había continuado la escritura de los *Apuntes Históricos* y la ampliación de su colección de documentos anexos hasta por lo menos el año de 1850, fecha en la cual publica su hoja suelta titulada *Aviso Que Puede Ser De Utilidad*. Asimismo, anunciaba en dicha hoja que tenía lista una *Geografía de Venezuela* que re-

presentaría el quinto tomo de su obra, texto que, al igual que la continuación de su tomo cuarto, parece haber permanecido inédito para siempre.

Para ilustrar aún más este aspecto sería pertinente presentar una comparación sistemática entre cada uno de los aspectos cubiertos por Torrente en su *Geografía Universal...*, publicada antes, en 1827-1828, y esos primeros tres volúmenes de Montenegro, pero ello nos haría caer en una amplia digresión. Sin embargo, se puede adelantar que la comparación entre las obras de ambos autores no deja lugar a dudas: Montenegro siguió, en líneas generales, el esquema de Torrente y muchos de sus datos son similares. Lógicamente, la gran diferencia presente entre ellos es la correspondiente a la parte histórica referente a la emancipación nacional de los estados hispanoamericanos. Mientras Montenegro trata -en todo momento- de mantener una posición imparcial en su relato histórico, Torrente, en sus comentarios, no pierde oportunidad para condenar a los que llama insurgentes.

### **El patrocinio público de la obra**

Para entonces era muy difícil que un autor, a menos que tuviera notables bienes de fortuna, pretendiera editar sus libros, y mucho más, si lo quería hacer por sí solo, o si dicha obra estaba formada por varios volúmenes. Considerando el limitado número de potenciales compradores y usuarios de la misma, no era posible pensar en ganancias a corto plazo que permitieran financiar el esfuerzo realizado. A pesar de tales dificultades, Montenegro intentó, sin éxito, hacer imprimir los primeros tres tomos de su trabajo con la ayuda de una suscripción que anunciaba en su *Prospecto* publicado años antes. Al final, la publicación de la obra de Montenegro la patrocinó el Estado mediante el auxilio que el mismo autor reconoció públicamente en las páginas de presentación del libro. En ellas escribió que la editaba bajo los auspicios del Gobierno del general José Antonio Páez, a quien declara como protector, pues la obra había sido cedida al Estado que la hizo imprimir a costa del Tesoro.

Sabemos además que el Administrador General de Correos estaba encargado de la distribución y venta de los libros hasta que se comisionó al Sr. Antonio Damirón (quien había sido el impresor) para que, entendiéndose directamente con la Tesorería General, retirase los ejemplares para los suscriptores y los otros compradores. El impresor recibiría una comisión del 10% por su tarea y debía rendir cuenta cada año sobre el dinero que se hubiese recaudado, el número de ejemplares restantes, las suscripciones, los precios de venta, etc.

No sin cierta sorpresa puede leerse un aviso, publicado el 26 de noviembre de 1841, en el cual se anuncia que se encontraban en los almacenes del Estado unos 1.272 ejemplares del tomo I; 1.595 del tomo II, y 1.667 correspondientes al tomo IV, es decir, el correspondiente a la Historia de Venezuela. Toda la existencia presentada en rústica, media pasta o pasta, tenía un valor estimado en unos 8.351 pesos. Tal cantidad de libros era ofrecida en venta a los contratistas interesados por parte de la Junta Consultiva de Hacienda.

Si observamos bien la información anterior deducimos, sin mucho esfuerzo, que el Sr. Damirón no debió haber retirado muchos ejemplares de los diferentes tomos de la obra, pues la existencia almacenada para noviembre de 1841 era, seguramente, casi toda la edición original menos algunos ejemplares comprados por los alumnos del *Colegio de la Independencia* y algunos amigos del autor. Tal vez, por esa y otras razones, el Estado resolvió rematar lo guardado ya por varios años en sus almacenes.

Ante estos datos uno puede plantearse varias interrogantes sobre las verdaderas razones de ese aparente fracaso en la aceptación de la obra. Puede suponerse que el Sr. Damirón, el impresor a quien se le ofrecía el 10% de lo ganado en las ventas, estaría interesado en vender lo antes posible esa primera edición de la obra, pues ello iba en su propio beneficio como distribuidor-comisionista y potencial reimpressor de la obra. Además, debe considerarse que siempre vio con simpatía al autor y sus proyectos literarios y educativos.

Una consideración similar a la anterior puede desprenderse de la publicación de una nota de 1845 en la cual se informa que la Cámara de Representantes le había dado la tercera discusión y consiguiente aprobación a un proyecto de Decreto autorizando al Poder Ejecutivo distribuir los ejemplares existentes de la *Geografía...de Montenegro*. Es decir, para entonces la obra seguía sin haberse distribuido y, por ello, todavía hacia el año 1847 se quejaba amargamente Montenegro sobre esa situación: denunciaba que la obra no se había divulgado por estar “encarcelada en la Tesorería, en lugar de ordenarse su circulación, siquiera dentro del territorio venezolano. ¿Cómo se venderían las obras de otros países, al dejarlas también almacenadas?”. Tales desventuras las atribuía a la actitud negativa del Dr. Ángel Quintero hacia él y su obra.

Parte de la explicación sobre este “extraño asunto” es que, a pesar de que el Estado venezolano tenía esa existencia de libros sin distribuirlos, se publicó un aviso oficial el 3 de febrero de 1842, emanado de la Dirección de Instrucción Pública, en el cual se indicaban las “*Obras que deben tener los colegios nacionales en su librería (esto es, en sus bibliotecas), y para cuya compra están autorizadas las respectivas juntas de rentas...*”. Se indicaban en la resolución los autores y obras para cada curso, entre ellos: para Geografía y Cosmografía, la obra de Letronne; para Geografía de Venezuela, el compendio de Codazzi; pero no se indicaba para entonces un curso de Historia de Venezuela y, por consiguiente, obra o autor específico para el mismo. Suponemos que existían razones diferentes a la disponibilidad y precio de las obras para recomendarlas. Seguramente las opiniones de Quintero y también cierto distanciamiento entre Montenegro y el Dr. José María Vargas eran parte de tal situación.

Puede uno imaginarse cómo se molestaría Montenegro cuando veía que se ordenaba comprar el manual de Letronne (lleno de errores según el propio Don Feliciano) mientras su *Geografía General...* era pasto de las polillas en los depósitos de la Tesorería de la Nación.

Puede hacerse una última consideración sobre el asunto del patrocinio de la edición de la obra de Montenegro y su nula circulación poste-

rior, debido a ese virtual sabotaje oficial ya comentado antes. Tal vez la causa de la escasa circulación de la obra no era solamente el supuesto “encarcelamiento” de ella en los depósitos oficiales, como decía Montenegro. A lo mejor, una causa de similar o de mayor peso fue la situación económica y social por la que atravesaba Venezuela para entonces, caracterizada por la escasez de dinero, los altos intereses que se cobraban por los préstamos, la carestía o altos precios y, por último, el pequeño número de personas que supiesen leer y escribir, y que además tuviesen hábitos de lectura sistemática.

### **El cuarto tomo de la *Geografía***

La publicación en 1837 del cuarto tomo de la *Geografía*...escrita por Feliciano Montenegro Colón, es decir, la que se ha considerado como la primera *Historia de la Venezuela* republicana, debió ser vista entonces como un acontecimiento trascendente. No solamente porque era la primera historia publicada después de la dura Guerra de Independencia, sino porque su autor no había sido uno de esos próceres patriotas que también venían acumulando documentos y escribiendo memorias sobre ese pasado glorioso. Por supuesto que ya existían obras publicadas antes de la guerra (la de José de Oviedo y Baños y la de Andrés Bello) u otras de carácter general que incluían a Venezuela, como la *Historia de Colombia* escrita por el neogranadino José Manuel Restrepo.

El ambiente o entorno donde el autor concibió y llevó a término la escritura de su obra no fue otro que el de los aciagos días de la Guerra de Independencia y los años que siguieron, como ya dijimos, a su regreso a la patria en 1831.

La vida en servicio militar (especialmente entre 1816-1821) le permitió a Montenegro entrar en contacto directo e indirecto con muchos actores del proceso histórico venezolano reseñado en la mayor parte de la obra. Un oficial culto, que ocupó siempre posiciones en los consejos de guerra, gobernaciones y estados mayores tenía excelentes posibilidades para conocer no solamente sus experiencias pro-

pías e inmediatas, sino también la más amplia colección de expedientes judiciales (incluyendo las delaciones y los delatores), registro de órdenes, planes políticos y militares, memoriales, solicitudes, informes secretos o confidenciales, materiales de prensa, toda la amplia normativa legal y administrativa, la correspondencia oficial, la documentación capturada a los adversarios y otros innumerables papeles e informaciones.

Los años finales de su actuación militar, primeramente cuando cumplía funciones al servicio del Gobierno español en los días de los tumultos contra las Cortes en Madrid y en la administración colonial en Cuba y Puerto Rico (1822-1827), y posteriormente al servicio de la República mexicana (1827-1830), seguramente le permitieron continuar ese acopio de documentos y otros recuerdos con los cuales proceder a escribir su propia narración sobre ese pasado, en el cual había sido actor y testigo de excepción. Es de recordar que, sobre cada uno de esos períodos, Montenegro escribió y casi siempre publicó varios manifiestos que, a pesar de que tenían como norte la defensa de su conducta o actuación, contenían gran cantidad de información histórica y su propia correspondencia personal que posteriormente incorporó en su cuarto tomo.

Una vez de regreso en Venezuela, Montenegro entró en contacto con muchos de sus paisanos que le habrían de suministrar valiosos datos con los cuales completar los que él había venido acumulando. También tuvo la oportunidad de realizar nuevas lecturas, revisar apuntes, organizar su copiosa correspondencia personal y oficial y continuar, sobre todo, con el esfuerzo de redactar las notas que urgentemente exigían las circunstancias de una nación que apenas salía de la dependencia colonial y todavía recibía las amenazas de su antigua Metrópoli.

El general José Antonio Páez, el coronel y antiguo presbítero José Félix Blanco, el prócer civil patriota Francisco Javier Yáñez y muchos otros ayudarán a Montenegro en su ardua tarea como historiador nacional, suministrándole copias de documentos y sus propias opiniones y consejos. El Gobierno, a pedido del propio Montenegro, facilitó

la ayuda, no siempre cumplida, de un amanuense para aliviar el esfuerzo de Don Feliciano.

Hacia 1834, cuando ya completaba la edición de los tres primeros tomos de su trabajo, Montenegro publicó en la *Gaceta de Venezuela* unos *Apuntes para facilitar documentos y noticias históricas sobre los acontecimientos de Venezuela...* En ellos se sintetizan las principales ocurrencias pasadas desde 1767, cuando reseña una revolución contra el dominio de la Compañía Guipuzcoana, hasta los sucesos de 1824-1830 relacionados con Colombia. En su texto, Don Feliciano esboza los sucesos de la conspiración de Manuel Gual y José María España, la expedición de Francisco de Miranda, la situación de 1808 (noticias de España, conflictos con las autoridades enviadas), la revolución del 19 de abril, sucesos desde 1811 a 1823, otras noticias: guerra en el Sur (Pasto, Quito, Perú, Bolivia), sucesos de Colombia.

Sin duda alguna que, con tal anuncio, aspiraba a que todos aquellos que tuviesen documentos o que pudiesen suministrarle oralmente noticias de lo que conocían supieran cuál era su interés fundamental.

Sabemos que muchos ya le habían suministrado o le habían ofrecido entregarle copias de documentos, relaciones de batallas y campañas e impresos variados que complementarían su propio acopio de materiales históricos de procedencia realista. Entre quienes identifica como colaboradores en ese esfuerzo heurístico estuvo siempre el ilustre patriota Francisco Javier Yáñez.

### **Algo más sobre las fuentes y contenido de la obra**

Es el propio Montenegro, quien tratando de dejar establecida su imparcialidad como historiador nacional, afirma que nada escribirá sin el debido soporte de la documentación o de los comprobantes oficiales.

Antes habíamos comentado, a propósito del ambiente que rodeó al autor durante la escritura de la primera parte de su obra, que Montenegro ya venía acumulando materiales diversos (básicamente, documentos realistas) y después de su regreso a Venezuela en 1831 aumentará esas fuentes con las que poseían algunas personalidades patriotas.

De la revisión del contenido del cuarto tomo y de sus principales referencias se deduce que para la primera parte de su obra, es decir, para el período preindependentista, Montenegro descansó fundamentalmente –y así lo reconoce– en las obras de autores clásicos como Navarrete, el Padre Caulín, Fray Pedro Simón, los testimonios de Federman y Hutten (los llama Fédreman y Utre), Herrera, Humboldt, Alcedo, Depons y don José de Oviedo y Baños.

Para esa primera parte, Don Feliciano no pretendió ir más allá de la síntesis o compilación, en muy pocas páginas, de los hechos correspondientes a un amplio período de tres siglos, que aparecía como un mero antecedente o telón de fondo de la etapa nacional. En la obra, ese resumen no representaba más que un diez por ciento (10%) del total de páginas.

Como ejemplo se puede señalar que, en unas cincuentas páginas, el autor sintetiza aspectos tales como los límites de Venezuela; los viajes de Cristóbal Colón; otros viajes de descubrimiento del territorio venezolano; las fundaciones de las primeras ciudades; acciones de los Welser (o Belsares) y de otros conquistadores; la guerra de conquista en Venezuela, esta última bastante detallada con los actos heroicos de los caciques aborígenes y los guerreros que enfrentaron a los conquistadores. Ciertamente, parece que en esa última sección se afincó fundamentalmente en la ya citada historia escrita por Don José Oviedo y Baños en tiempos coloniales.

Igualmente, con mayor concisión, en poco menos de cinco páginas, Montenegro despacha los acontecimientos del siglo XVII, y en otras cuatro cuartillas, resume lo ocurrido durante el siglo XVIII y primeros años de la década inicial de la siguiente centuria. En general, se limitó a indicar los hechos escuetos en orden cronológico: fundaciones y acciones misioneras, surgimiento de la Compañía Guipuzcoana, creación de la Intendencia, desarrollo de la organización militar, establecimiento de la Real Audiencia en Caracas, desarrollo de la conspiración de Manuel Gual y José María España, erección del Arzobispado de Caracas en 1803 y, finalmente, las expediciones de Francisco de Miranda en 1806.

Es de suponer que Montenegro estaba imposibilitado de ir más allá de esa síntesis preliminar que sirviera, como dijimos, de telón de fondo o introducción al asunto que realmente le interesaba. Hacer lo contrario, es decir, realizar una amplia y seria investigación histórica del período preindependentista, hubiese sido algo muy difícil para él o para otro historiador de la Venezuela de aquella época. A ello se debe agregar que, para ese entonces, los historiadores venezolanos no tenían interés en abordar el estudio de los tiempos coloniales. La mayoría no fue más allá de condenar esa época bajo los términos de la llamada “Leyenda Negra”.

Puede asegurarse que la mayor experiencia que tenía Feliciano Montenegro no era precisamente en el arduo trabajo de revisar archivos históricos, los que para entonces estaban bastante pobres y muy poco organizados. Intentar escribir una Historia de Venezuela remontándose a los hechos de los siglos XVI, XVII y XVIII, requería tener mucha paciencia y disposición para ese agotador esfuerzo intelectual. Montenegro, con más de cincuenta años de edad, un buen bagaje de conocimientos geográficos y su experiencia como jefe militar, no era quien podía intentar reexaminar el lejano pasado cuando tenía frente a sí retos más inmediatos: reivindicar su vida como venezolano digno de volver a su patria recién emancipada y, sobre todo, echar por tierra las falsedades e infamias que, en su opinión, propalaban obras como las del autor español Mariano Torrente, especialmente la dedicada a examinar las revoluciones hispanoamericanas.

La escasa extensión de la parte correspondiente al siglo XVII y a la siguiente centuria nos obliga a realizar otras reflexiones, pues se ha sostenido que la segunda parte de la obra de José de Oviedo y Baños estuvo en manos de Feliciano Montenegro Colón y que alguien le sustrajo la obra y la destruyó en el fuego. La supuesta destrucción de ese texto inédito, precisamente el correspondiente al siglo XVII, plantea varias interrogantes: en primer lugar, sería válido preguntarse si esa segunda parte –que efectivamente trataba del siglo XVII– fue destruida antes de que Montenegro la estudiara o resumiera. Y, en segundo

término, por qué, si alguien destruyó tal obra, y era Montenegro quien la tenía guardada, tal cosa no fuera comentada por el autor agraviado al verse privado de una valiosa fuente historiográfica. Toda esa discusión sobre la misteriosa segunda parte de la *Historia* de Oviedo, aunque es comentada por conocidos autores venezolanos, plantea en nuestra opinión algo que no cuadra, y es, precisamente, lo indicado en las interrogantes antes planteadas.

Para la parte fundamental de su obra, esto es, la correspondiente a la narración de la epopeya nacional (aproximadamente un 60% del total de la extensión del texto), la base es eminentemente documental y hemerográfica. El autor utilizó como fuentes fundamentales la *Gaceta de Caracas* (casi siempre para cuestionarla), el *Iris de Venezuela*, el *Correo del Orinoco* y la prensa contemporánea en general, con la ventaja de poder comparar críticamente tanto la de procedencia realista como la patriota o republicana. En relación con la documentación es de suponerse que Feliciano Montenegro Colón hizo uso del gran reservorio de papeles de su propio archivo personal (casi todo de origen realista), pero complementándolo –como dice él– con las noticias que le facilitó el consejero Yáñez “extractándolas de los documentos que tiene en su poder...”.

Sobre esta característica de la obra, el Dr. Francisco Javier Yáñez reconoció que él mismo, que había logrado acumular junto con José Félix Blanco, el Dr. Cristóbal Mendoza y Antonio Leocadio Guzmán una buena cantidad de documentos oficiales patriotas (casi todos relacionados con Simón Bolívar), no había tenido oportunidad de cotejar éstos con los de procedencia realista. En ese sentido, afirmó Montenegro, Yáñez le planteó que “por carecer de comprobantes y no estar al corriente de lo sucedido entre los españoles...” no había podido escribir todavía su historia documentada de la República.

En su afán por demostrar su imparcialidad y equilibrio como historiador, sustentado en sólidas fuentes, Montenegro utiliza una amplia variedad de documentos jurídicos, políticos y militares. Muchas veces, el simple documento sustituye el discurso del narrador, es decir,

el autor cae en un *documentalismo* acentuado, transcribiendo muy extensos textos sin agregar ningún comentario de su parte, considerando que estos hablaban por sí solos. En la obra, por ejemplo, transcribió completa el Acta de la Independencia, fechada en Caracas, el 5 de julio de 1811 (unas siete páginas); el *Manifiesto...* del 30 de julio de 1811, publicado en Caracas, en donde se ofrecía una justificación de la Independencia venezolana a lo largo de unas cuarenta páginas, aproximadamente. También cae en tal documentalismo cuando intenta historiar el proceso de disolución de la República de Colombia plasmado en las actas y “contra-actas” de las municipalidades de los años 1826-1830. Allí, en esa parte, solamente nos enfrentamos a la lectura de documentos, seguidos de otros documentos, sin que medie análisis alguno o comentario del autor.

Aunque de menor importancia que su combate contra Torrente, también quiso Montenegro sepultar intelectualmente a José Domingo Díaz, a quien trató despectivamente como el “*gacetero*”, y quien no solamente había contribuido a denigrar de la causa de la emancipación venezolana sino que también fue (aunque ello parezca extraño) uno de los que difamó a Feliciano Montenegro Colón propalando su propia versión sobre el supuesto robo de importantes documentos cuando la “fuga” del año 1811.

Los fuertes comentarios que hace a lo largo de su cuarto tomo sobre “el *gacetero de Caracas*” nos dan una buena pista sobre su sistemática lectura de la obra del fanático realista y de las innumerables entregas en su célebre *Gaceta de Caracas*.

La obra del médico caraqueño José Domingo Díaz, que hoy conocemos gracias a la reedición que hizo la Academia Nacional de la Historia, fue originalmente publicada en España durante el año de 1829. Al respecto, escribió su prologuista Ángel Francisco Brice, que esta obra terminada de escribir en la capital española no había sido reeditada “quizá por habersele considerado más un libelo, obra del encarnizamiento que en todo momento demostró el autor contra los libertadores y contra la lucha misma por la independencia, que un trabajo histórico basa-

do en la verdad e inspirado por el deseo de realizar un estudio sereno e imparcial de los hechos que caracterizaron nuestra epopeya”.

No solamente por la lectura del contenido del cuarto tomo de la obra de Montenegro se puede inferir que éste hizo amplio uso de la *Gaceta de Caracas* (por los despectivos comentarios en contra de su redactor); sabemos también, a ciencia cierta, que el autor de la historia que nos ocupa vivió en la ciudad capital o estuvo en contacto oficial con ella durante buena parte del último período de dominación realista (esto es, entre 1816 y 1821). Por tanto, tuvo que ser un lector sistemático de los documentos y noticias, verdaderas o imaginarias, que allí se publicaron. Y, en honor a la verdad, hay que admitir que no todo lo que publicaba la *Gaceta de Caracas* tenía que ser mera propaganda, inexactitudes o mentiras; también, muchas veces, se incorporaban noticias ciertas y documentos o disposiciones legales.

Igualmente, las obras de Mariano Torrente, la *Geografía Universal...* y, especialmente, la *Historia de la Revolución Hispano Americana...* publicadas en 1827 y 1829 respectivamente, fueron tenidas muy en cuenta por Montenegro como obras a las cuales confrontar de manera sistemática en cuanto a sus fuentes, juicios y conclusiones.

A dicho autor se refiere Montenegro llamándolo casi siempre “el afrancesado Torrente”, y en unas dieciséis notas descalifica o niega lo afirmado por él sobre varios hechos ocurridos durante el período estudiado. Frecuentemente polemiza con él considerando supuestos errores o inexactitudes de Torrente, tales como fechas, nombres de lugares y personas, resultados de combates librados entre patriotas y realistas y, sobre todo, en cuanto a la exculpación de actos de barbarie cometidos por los jefes realistas en Venezuela. Sin duda alguna, Mariano Torrente es uno de los autores más mencionados a lo largo de la historia escrita por Montenegro.

Pareciera que Montenegro tenía ciertos prejuicios anti-franceses, pues cuando arremetió contra el magistrado J.A. Verdaguer (1821) alude a que éste había tenido simpatías hacia los franceses. Esa actitud de Don Feliciano se debió seguramente a cierto nacionalismo español afian-

zando por sus recuerdos de la “Guerra de Independencia” española en contra de la invasión napoleónica, especialmente durante los años de 1808-1810 y 1811-1813, así como a la invasión francesa a España en 1823, esto es, la invasión apoyada por la “Santa Alianza” que trajo de vuelta la Monarquía absoluta y las persecuciones contra los liberales constitucionalistas que lo alcanzaron también a él.

A lo largo de más de trescientas sesenta páginas se ocupa Montenegro de historiar la guerra de emancipación venezolana. Lo hace narrando de manera detallada, y en riguroso orden cronológico, el desarrollo de cada una de las campañas militares en sus respectivos espacios geográficos: Oriente, Margarita, Guayana, Centro, Llanos, Occidente y otras regiones. Considera los acontecimientos día a día, mes a mes y de año en año, indicando además las acciones de cada jefe militar importante (realista o patriota), así como el saldo o resultado de las acciones emprendidas.

Esa rica y bien documentada crónica incorpora de manera circunstanciada los hechos ocurridos en los cuales el propio autor fue parte de los mismos, pero sin hacerlo notar de manera abierta; por ello, se ha llamado a su historia unas *memorias en tercera persona*.

La narración, en la parte que ahora comentamos, la inicia con la mención a los acontecimientos españoles de 1808 y la concluye con la toma de Puerto Cabello en noviembre de 1823, acción militar donde las fuerzas patriota-republicanas bajo el mando de José Antonio Páez derrotaron a los realistas atrincherados en esa plaza.

Finalmente, es pertinente acotar también que el amplio tratamiento que hace Montenegro de ese período, así como de los años siguientes (hasta 1836), debía tener relación con su peculiar concepción de lo que era importante historiar. Seguramente, Don Feliciano consideraba, al igual que la casi totalidad de los historiadores de entonces, que sólo la narración de los sucesos político-militares daban oportunidad de desarrollar un buen discurso historiográfico. Por ello, su historia no le dedica mayor atención a los asuntos jurídico-políticos o constitucionales, culturales, sociales y económicos. Su fuerte era la guerra,

y por ello, desde 1806 hasta 1836, historió fundamentalmente los treinta años de combates y otros conflictos.

Como notas importantes del minucioso relato sobre la dura guerra de emancipación venezolana pueden y deben destacarse las siguientes:

a) El autor da noticias de cada una de las campañas, batallas y combates utilizando el lenguaje propio de un militar profesional, sin involucrarse habitualmente en consideraciones distintas a las del oficio. Solamente cuando se trata de evidentes actos de barbarie (asesinatos de prisioneros, asesinatos de heridos de guerra, matanzas de civiles, especialmente de mujeres y niños; actos de estupro o lascivia, robo y pillaje, atropellos a sacerdotes, etc.), toma posición y condena a los culpables de tales hechos, sin importar su carácter de realistas o patriotas.

b) El tratamiento que da a las personalidades que entonces tuvieron mando militar –realistas o patriotas– es siempre respetuoso. Aunque algunas veces critica las disposiciones militares tomadas (planes de defensa o de ataque, tácticas utilizadas, etc.), no nombra explícitamente al aludido. Por ejemplo: ciertas acciones militares de Simón Bolívar como la de atrincherarse en Caracas en 1814.

El tratamiento acordado a José Antonio Páez es muy proporcionado a su importancia, no así el que da a Santiago Mariño o a Manuel Piar, a quienes hace veladas críticas.

En relación con los jefes y soldados realistas siempre hace la distinción entre las tropas expedicionarias españolas y las formadas por venezolanos o “hijos del país”. A las primeras les hace duros señalamientos sobre sus actos de pillaje; a las segundas, aunque les reconoce su superior capacidad de aguante ante las duras marchas en las campañas, no deja de cuestionarles las acciones de barbarie cometidas contra sus propios paisanos. Mención aparte merecen los comentarios que hace sobre la condenable conducta de jefes realistas como Aldama, Chepito González, Morales, Monteverde, Boves y su propio jefe, Pablo Morillo.

c) En relación con los aborígenes venezolanos destaca la participación de tropas de “indios” o flecheros tanto en el bando realista como

en el patriota. Sin embargo, son más abundantes las mencionadas peleando a favor de la causa española, casi siempre asociadas a la influencia de curas realistas peninsulares.

d) El tono del relato histórico no es “bolivariano”, tal como se estableció en la historia venezolana posterior, pero tampoco adoptó un matiz anti-bolivariano en aras de agradar a los que, para ese momento, manejaban la política del país. Es de observar que siempre trató de mantener el equilibrio en los juicios y tratamiento de problemas tales como la capitulación de Miranda, el apresamiento del Generalísimo por sus propios compañeros de lucha, las acciones del “Diablo” Briceño y Simón Bolívar durante la “Guerra a Muerte”, la retirada de Barinas por parte de García de Sena, el asesinato de los misioneros capuchinos en Guayana, el juicio y fusilamiento de Manuel Piar, la guerra en Margarita, Oriente, el Centro, los Llanos y otras regiones de Venezuela.

e) Igualmente, el relato recoge los hechos ocurridos en el campo realista con minuciosa precisión documental: ofrece información sobre las decisiones de las autoridades locales y metropolitanas. Tal característica le da una mayor amplitud a esta historia si se le compara con algunos textos posteriores que han preferido ver nuestra historia de manera unilateral, sin considerar que ella era parte de un proceso global que incluía a España y su Imperio colonial, y sin dejar de mencionar también a los aliados y adversarios de ésta.

La explicación de las operaciones militares de Monteverde, Boves, Morales, Morillo, La Torre y otros jefes en las sucesivas campañas para enfrentar a los ejércitos republicanos entre 1812 y 1823, permite entender con mayor claridad lo ocurrido en nuestro pasado.

### **Sobre patriotas y realistas**

Si se revisa el contenido del ya citado “cuarto tomo”, puede constatar que el autor, sin mucho esfuerzo, al redactar sus *Apuntes Históricos* no pretendió plantear en forma explícita una completa caracterización sobre quiénes se enfrentaron a lo largo de más de una década, ensangrentando el territorio de Venezuela y las naciones hermanas

de Hispanoamérica. Sin embargo, incorpora en su relato una evidente caracterización de los adversarios, pero tratando de colocarse siempre como narrador en una posición imparcial, aunque generalmente desapruebe o condene ciertas acciones que considera ajenas a la verdad o violatorias de ciertos principios éticos.

Ese esfuerzo a favor de la imparcialidad lo lleva al extremo de no identificarse como actor de muchos de los hechos descritos por él mismo. Un ejemplo ilustrativo de lo afirmado fue su actuación en la campaña de 1817 y los sucesos ocurridos en Barcelona: la toma de la Casa Fuerte, el degüello de prisioneros, el castigo de los culpables. Tales ocurrencias las describe Montenegro con mucho detalle y hasta señala la noble actuación del Gobernador que recogió a los huérfanos de la tragedia, pero sin asomar que se trataba de él mismo.

Más allá de esas “memorias en tercera persona” asoman las no tan sutiles referencias a los patriotas como aquellos que luchaban por la *causa de la patria*, las *armas republicanas*, el *salvar la patria*, las posiciones de los *patriotas*, la *patria adoptiva*.

También hallamos similares expresiones en la segunda parte de la obra analizada. Pueden leerse repetidas veces referencias a los *patriotas*, los *republicanos*, los *jefes patriotas*, los *independientes*, y finalmente sobre “*los que encontraron más adelante el secreto de hacer el papel de patriotas*”.

En contraste con esas alusiones a los patriotas y a la patria alude el autor a los adversarios de éstos, utilizando expresiones del siguiente tenor: *Agentes peninsulares*, *ferocidad del español*, *españoles europeos*, *españoles y canarios*, *realistas*. En la segunda parte del cuarto tomo se agregan a los anteriores los de *realistas de Cumaná*, *españoles*, el *realista*, *los realistas*, el *partido realista*.

Otras expresiones importantes que sirven al escritor para completar su tarea son, entre otras, las de *habitantes de color*, *provincias*, *este país*, *nación española*, *nación venezolana*, *los vecinos*, *las naciones de Europa*, *provincialismo* (como regionalismo de los orientales), *indios caribes*, *hijos del país*, *la república colombiana*, *la república*.

Consideramos que Montenegro fue muy cuidadoso en el tratamiento acordado a los que genéricamente caían dentro de ese cognomento de “realistas”, en el sentido de diferenciar siempre a los que representaban a las fuerzas armadas y autoridades revestidas de verdadera legitimidad oficial, de aquellas fuerzas irregulares mandadas por oficiales que lograron sus ascensos militares degollando prisioneros de guerra y hasta a la indefensa población civil, incluyendo ancianos, mujeres y niños.

Tomando en cuenta, pues, la distinción que hace el autor sobre los bandos en pugna, debe acotarse que para Montenegro *patriotas* eran los que también denominaba *independientes* o *republicanos*. No queda duda –por el uso que hace del término en otros textos suyos– que tal calificativo lo reservaba para los nativos de la patria comprometidos con la causa de la Independencia. A la patria se le identifica con el terruño nativo: por ello, en múltiples ocasiones, Montenegro llama a Venezuela su patria. No obstante, cuando utiliza el vocablo *nación* (especialmente en los textos de cuando todavía era fiel a España) reserva su uso preferentemente para ésta o las naciones europeas. Por ello, habla repetidamente de la *nación española* en el sentido de una comunidad política, un Estado que abarcaba pueblos y territorios a ambos lados del Atlántico.

Concluido el tratamiento de las campañas militares y los temas conexos que llenan, como dijimos antes, casi las dos terceras partes de la *Historia* escrita por Montenegro, pasa a abordar en el resto de su obra el proceso de disolución de la Gran Colombia entre 1826-1830 y la vida de la República venezolana entre 1830 y 1836. Para analizar lo primero utiliza unas ciento cincuenta páginas y para lo último unas setenta.

El balance sobre el proceso de disolución de Colombia lo lleva a reproducir –casi siempre completos– una gran cantidad de documentos. Ello le sirve para ofrecer los datos o los hechos en bruto pero sin intentar extraer una conclusión propia. Por lo general, sólo hace de facilitador de la información, aunque en contadas oportunidades se atreve a criticar a quien, como Simón Bolívar, se empeñaba en mante-

ner unida aquella inmensa República. Dice Montenegro al respecto: “se dejó alucinar con exceso de su prestigio y bien merecida gloria, que todo lo quiso hacer por sí mismo...”

También incorpora en su respetable *Historia* el para entonces ya popular término de *cosiateros* para referirse a quienes, desde 1826, habían venido luchando por separar a Venezuela de la Gran Colombia. Al hacer tales comentarios se granjeó la ojeriza de muchos de esos actores que rodearon al general José Antonio Páez, desde entonces en la política nacional.

Culminando el tratamiento del proceso de desintegración de la Gran República, que Montenegro no cuestiona o lamenta, dedica las páginas finales a resumir las vicisitudes del país, entonces presa de nuevo de las facciones realistas como la de Dionisio Cisneros, o levantamientos como los de José Tadeo Monagas y otros que pretendieron reivindicar la unidad gran colombiana y sólo desistieron de sus banderas cuando se supo de la muerte del Libertador Simón Bolívar, y finalmente, el conflicto generado entre el sector militar (Mariñistas y Bolivarianos) por la elección del Dr. José María Vargas como Presidente de la República, y que provocó el estallido de la llamada “Revolución de las Reformas”. De capital importancia resulta recordar que Montenegro fue testigo presencial de los acontecimientos ocurridos entre 1831 y 1836. Conoció de cerca a muchos de los actores en el drama del derrocamiento de Vargas y sufrió, en su fuero íntimo, al ver nuevamente al país ensangrentarse en una guerra civil que no sería la última. Por supuesto, tuvo a primera mano los documentos oficiales, los debates de la prensa y las opiniones directas de los actores involucrados en tales acontecimientos.

### **Las razones para la escritura**

Cuando Feliciano Montenegro Colón presentó su *Historia de Venezuela* en ese cuarto tomo de su obra, explícitamente planteó que considerando la magnitud de los acontecimientos ocurridos en Venezuela a partir de 1810, creyó conveniente no reducirlos a unas cuantas

páginas, o algo peor, dejarlos en silencio, teniendo gran cantidad de documentos a la vista que podrían desaparecer. El estudio de la Historia de Venezuela desde el descubrimiento por Cristóbal Colón hasta los sucesos recientes de aquella guerra de más de doce años entre realistas e independientes, la escribe, dice Montenegro, para “oponer la verdad de mi relato a la multitud de falsedades con que el español D. Mariano Torrente ha querido lastimar la conducta de los americanos, siempre imbéciles a su modo de pensar y sanguinarios y malvados, como maliciosa y pérfidamente ha asegurado en su historia sobre las revoluciones de este Nuevo Mundo”.

Fue por tal razón que, en este cuarto tomo, Feliciano Montenegro Colón rompió con el esquema que se había impuesto para su obra en los tres primeros volúmenes. Recuérdese que tal esquema, aplicado a cada una de las naciones y regiones americanas, establecía solamente un breve bosquejo histórico: épocas antiguas y modernas, viajes de descubrimientos, conquistas, guerra de independencia, etc. Todo lo cual era sólo uno de los veintidós aspectos contemplados para la misma. Ahora, Montenegro escribió más bien una brevísima introducción sobre lo geográfico (apenas unas cinco páginas) para indicar los límites, la situación y extensión del territorio. Y dedicó a la parte histórica todo el resto del voluminoso tomo de 646 páginas.

El autor, que califica a su obra como *Apuntes Históricos*, consideró que ellos reseñarían los esfuerzos y sacrificios que hicieron sus compatriotas por obtener la independencia y libertad. Se ve muy a las claras que la exposición de la parte correspondiente al período de la Guerra de Independencia era el centro o aspecto fundamental de los *Apuntes*. El resumen que trataba de los acontecimientos que iban desde el Descubrimiento hasta los antecedentes del movimiento de emancipación nacional no fue motivo de un esfuerzo o comentario especial por parte del autor o por quienes han estudiado la obra después. Tampoco fue o ha sido de gran interés la parte final, es decir, la narración de los hechos ocurridos entre 1830 y 1836 con la “Revolución de las Reformas” como centro del período, pues esta parte no fue más que

una escueta crónica de la primera administración del general José Antonio Páez y de los incidentes relacionados con la elección y derrocamiento del doctor José María Vargas.

Más allá de los motivos explícitamente enunciados por Montenegro para escribir su obra, tenemos que considerar también otras posibles razones para hacerlo. La vocación de historiador, que se escondía debajo del uniforme militar que usó por muchos años, llevó a Don Feliciano a considerar como una obligación más de su parte el hecho de salvar para la posteridad las noticias que había logrado acumular a lo largo de su agitada vida, de hombre que participó activamente en las guerras y conflictos políticos de España e Hispanoamérica. Él, como nadie, había estado en conocimiento de buena parte de aquellos sucesos. Por tanto, llenar ese vacío intelectual era imperativo para alguien que, como sabemos, conoció de cerca el proceso, y podía ahora, pasada la tormenta revolucionaria, sentirse asqueado por la tergiversación de la historia que hacían los resentidos por la derrota, como Mariano Torrente y José Domingo Díaz, por ejemplo.

Debe tenerse en cuenta que cuando Montenegro se estableció en Caracas, después de la disolución de la Gran Colombia, estuvo bajo la protección de José Antonio Páez y de la República. Fue bajo esta cobertura jurídico-política que pudo regresar a su patria hacia 1831, patria que perdonaba primero a los antiguos realistas y otros defectos, mas no todavía a Simón Bolívar y a los partidarios de la integridad de Colombia.

Esa situación quedó plasmada de alguna manera en el contenido de su obra y fue, además, una buena razón para escribirla. En la obra es notoria su admiración hacia Páez, quien, en líneas generales, sale muy bien parado, considerando la estatura histórica que alcanza en el discurso. Sin embargo, tal tratamiento (llamémoslo benévolo) no fue del total agrado del propio Páez y sus seguidores, quienes se resintieron por algunos juicios del historiador, especialmente en lo concerniente a la “Cosíata”, así como lo que algunos vieron como una actitud demasiado indulgente o francamente inclinada hacia la figura de Simón

Bolívar, a quien detestaban los enconados *cosiateros*, ex realistas muchos de ellos, con ropaje de patriotas de nuevo cuño.

No obstante que estas consideraciones parecen válidas para explicar la razón o las razones que tuvo Montenegro para asumir la tarea de escribir esa obra, también se puede pensar que el autor escribió su historia para exorcizar su pasado. Esto es, para presentar su propia vida, de manera muy favorable, con el terrible drama nacional venezolano como telón de fondo.

Puede lucir exagerado, pero no es casual que un personaje que fue partícipe consciente en la guerra, y, además, en posiciones de cierta responsabilidad político-militar, dedicara tantos esfuerzos por desentrañar el sentido de aquellos tiempos de horror y barbarie. Para Montenegro era vital poder explicar esa etapa del pasado nacional, pues en tal explicación estaba implícita la justificación de su condición de ciudadano de la nueva patria que lo acogía, olvidando los pecados individuales y colectivos de los llamados realistas, nacidos de éste o del otro lado del Atlántico.

A través de sus *Apuntes Históricos*, así como en los manifiestos públicos que hizo imprimir y distribuir a lo largo de su vida, Montenegro Colón siempre insistió en una idea fundamental: si bien fue cierto que sirvió en la causa realista, en todas las posiciones que le tocó asumir, como fueron el Consejo de Guerra, las comandancias, el Estado Mayor, las gobernaciones, etc., su norte fue siempre el mismo: evitar las acciones fuera de la Ley, los abusos, las matanzas y despojos, las venganzas de algunos sanguinarios jefes como Morales, Aldama y otros. En suma, su tesis era que él había hecho todo el bien posible a su patria y a sus paisanos venezolanos hasta donde las circunstancias se lo permitieron y, para demostrarlo, siempre tuvo a mano los documentos y el testimonio de personas que podían dar fe de sus afirmaciones.

La tarea de escribir esta obra pionera no fue reconocida ampliamente como uno pudiera suponer. Para la propia época del autor, y también posteriormente, ese esfuerzo no se consideró suficiente, o en otros casos, parece que no se consideró al escritor con la necesaria solvencia

como historiador, precisamente por ese pasado realista que, decíamos antes, aspiró a exorcizar.

Un ejemplo de lo dicho antes lo tenemos en unas crónicas aparecidas en el período 1837-1839 en un periódico denominado *La Bandera Nacional*. Allí se publicaron, en sucesivas entregas, unas notas con el título de *Bosquejo Histórico de la Revolución Venezolana*. En tales notas, y en orden cronológico, se fue narrando un conjunto de sucesos político-militares que ocurrieron desde 1797 hasta la Guerra de Independencia. Es de observar que el anónimo autor afirma que su *Bosquejo* es una “ojeada sobre los anales de Venezuela, para que algún día sirvan de auxilio a la pluma del Tácito que escribiere la gloriosa historia de nuestro pueblo”. Es de suponer que el autor de tales notas no consideró a Feliciano Montenegro Colón el “Tácito” de Venezuela (ni a su obra, los *Anales*), pues ya para entonces se había completado la edición de su obra en cuatro tomos.

Cuando Fermín Toro, en medio de un amplio ensayo crítico sobre la historia escrita por Rafael María Baralt y Ramón Díaz, dedicó dos líneas a Feliciano Montenegro Colón y su obra, solamente indica que, al igual que los de Yánez, los de éste eran “preciosos escritos coetáneos”. El historiador José Gil Fortoul, muchos años después, también siguió esa tradición nacional. Comentando los aportes historiográficos de Restrepo, Francisco Javier Yánez y Rafael María Baralt, el autor de la *Historia Constitucional de Venezuela* dedicó cuatro líneas a Montenegro. Acotó Gil Fortoul que “Codazzi fue el verdadero fundador de la geografía venezolana, pues antes no existía sino la *Geografía General* de Feliciano Montenegro Colón..., la cual apenas merece recordarse... por unos apuntes históricos venezolanos que en ella incluyó el autor para uso de los alumnos de su Colegio de la Independencia”.

### **El impacto de la obra**

La obra de Feliciano Montenegro Colón, especialmente el “cuarto tomo” que se quiere destacar, tuvo un limitadísimo impacto en Venezuela si se consideran factores tales como el eco obtenido en la prensa de la época.

Como ya se indicara, todo análisis cuidadoso de la prensa periódica de los años de 1830-1853 es desalentador en cuanto al volumen de información sobre Feliciano Montenegro Colón y su obra. Es de destacar que la información recogida se concentra más entre los años 1836 y 1844. A partir del último año nombrado, las menciones son cada vez más escasas, cuestión que se explica por la lejanía de los momentos estelares. Entre ellos, la instalación del *Colegio de la Independencia* en 1836, la publicación del cuarto tomo en 1837, la publicación de la obra de Baralt y Codazzi en 1841 y, sobre todo, la declinación y virtual desaparición del colegio de Don Feliciano, razón de muchos de los avisos publicados en los periódicos de la época.

De un total aproximado de ciento trece referencias, más o menos relacionadas con el asunto e incluyendo cualquier mención a Feliciano Montenegro Colón o a algún aspecto conexo, solamente nueve tienen que ver con la *Geografía General...*o específicamente con el cuarto tomo de ella; y dentro de esas nueve noticias de prensa están incluidos algunos simples “Avisos”, obra del propio Montenegro. Deben agregarse a esas nueve menciones a la obra fundamental de Don Feliciano seis noticias relacionadas con sus “*obritas*” de carácter pedagógico y tres juicios emitidos sobre él y su obra incluidos en otros análisis generales como fue el escrito de Fermín Toro sobre la obra de Baralt; todo lo cual nos da un subtotal representativo de dieciocho menciones.

Continuando con el balance de lo aportado por la prensa de entonces, localizamos y señalamos a manera de comparación once referencias a Agustín Codazzi; una a Rafael María Baralt; tres a Francisco Javier Yáñez y una sobre Mariano Torrente. En total, dieciséis menciones, casi todas ellas en forma de simples avisos. Lo que junto con nueve textos de tipo histórico y sin autor (crónicas, apuntes, etc.) nos da un total de cuarenta y tres textos relacionados con el tema histórico.

El resto del conjunto de noticias, es decir, unas setenta menciones, se refieren a Feliciano Montenegro Colón y su *Colegio de la Independencia* instalado en Caracas a partir de 1836.

Como puede observarse, existe una amplia desproporción si se compara la presencia en la prensa de todo lo relacionado con el colegio con un aspecto como las menciones a la obra analizada y al mismo personaje que dirigió dicha institución educativa.

Debe aclararse sin embargo que casi todas esas setenta noticias sobre el famoso colegio fueron “Avisos” firmados y presumiblemente pagados por el propio Feliciano Montenegro.

Si partimos de que la mencionada *Geografía*... tenía como meta fundamental servir de texto de estudio para la juventud venezolana, y que el Estado inicialmente la adoptó como manual oficial para los colegios nacionales, uno podría esperar que, por lo menos en esos niveles, la obra debió haber dejado una huella y con ello se estimulara su circulación y lectura, aunque fuese sólo en Venezuela. Sin embargo, parece que tal cometido no se logró, pues como lo afirmó la escritora Mary Watters, su contenido fue rápidamente superado y opacado por la *Geografía* de Codazzi y la *Historia* de Baralt y Díaz.

También, cuando se comentaba lo relacionado con el patrocinio oficial recibido por la obra de Montenegro, se trajo a colación lo referente a su uso como manual en los colegios nacionales. Ello parece que no se hizo cabalmente realidad por los problemas de circulación que denunció repetidamente el propio autor, quien llegó a señalar que su obra estaba casi secuestrada en los almacenes de la Tesorería de la Nación. Pues bien, si la obra estuvo almacenada no era de esperar que pudiese “impactar” demasiado a la opinión del país y mucho menos la de más allá de nuestras fronteras.

Cuando Don Feliciano publicó en 1847 sus *Recuerdos Históricos* dijo con cierta amargura que a pesar de todo ese sabotaje a la circulación de su obra, se había editado un libro en París, cuyo autor, de apellido Bustamante, lo citó ampliamente. Y agregó Montenegro, con gran ironía, que tal obra del señor Bustamante, dedicada a los nuevos Estados americanos era, a pesar de todo, usada como texto en nuestra Universidad.

Si se compara el impacto que en la prensa de entonces tuvo la obra de Montenegro con el obtenido por Codazzi y Baralt, no queda duda entonces sobre la ventaja de los últimos nombrados.

En los ya citados ensayos escritos por Fermín Toro con motivo de la publicación de los libros de Codazzi y Baralt, éste planteó sus opiniones críticas sobre el contenido de los textos. En el primero de ellos, publicado en enero de 1842, Toro, analizando el primer tomo de la obra de Rafael María Baralt, desmenuza su contenido y en unas diez páginas presenta sus juicios sobre los aspectos positivos y negativos presentes. Es acá, en ese conjunto de juicios sobre los autores “extractados” o resumidos por Baralt, donde aparece la mención de los “preciosos escritos coetáneos de Yáñez y Montenegro”.

En segundo término, publicó Toro una amplia crítica científico-literaria sobre la obra de Codazzi, también recién editada entonces en París junto con la de Baralt. En su largo y bien escrito ensayo de febrero de 1842, el articulista examina los aportes de Codazzi al conocimiento de la naturaleza venezolana y se acongoja de la suerte corrida por las antiguas naciones aborígenes, cuya triste suerte quedó plasmada en las páginas de la obra.

En otros periódicos podemos observar ese interés por la historia y la geografía comentadas antes. Por ejemplo, desde 1839 y a través de las entregas de *El Liberal*, se fueron publicando listas parciales de los suscriptores de la obra de Codazzi hasta alcanzar finalmente los 1.254 ejemplares apartados por los suscriptores. Por cierto, uno de tales suscriptores fue Feliciano Montenegro Colón, quien adquirió cuatro ejemplares de ella, seguramente para la biblioteca de su colegio.

A mediados del año 1841, en *El Venezolano*, que fue otro importante órgano de opinión nacional, se destacó la noticia de la llegada de los señores Carmelo Fernández (dibujante), Rafael María Baralt y Agustín Codazzi, junto con los primeros ejemplares de la obra impresa en París. Asimismo, se publicaron en un número extraordinario los elogiosos comentarios que hizo el señor S. Berthelot, de la *Sociedad Geográfica de París*, sobre la obra de Codazzi. Tanto en esa, como en ediciones

sucesivas, se continuó la publicación de opiniones sobre la importancia de la obra recientemente editada.

A pesar de que, comparativamente con Montenegro, son numerosas las variadas referencias a la obra de Codazzi y Baralt, ellas no fueron más allá de aquellas reseñas iniciales, motivadas, por supuesto, por la novedad de la obra. Pasado ese impacto inicial, y sin contar las sucesivas listas de suscriptores que ya mencionáramos, la prensa nacional fue bastante insensible al debate historiográfico.

Además del caso ya comentado, haciendo referencia a cuando el periódico *La Bandera Nacional* publicó, entre los años 1837 y 1839, sucesivas entregas de un *Bosquejo Histórico de la Revolución de Venezuela* en el cual su anónimo autor ofrecía su contribución para que el “Tácito” venezolano redactara la *Historia Nacional de Venezuela* (y, por tanto, sugería que Montenegro no lo era, pues ya su obra estaba publicada), solamente localizamos otra serie similar en cuatro entregas de *El Nacional* de 1838, seguramente bajo el efecto de la publicación de la obra de Feliciano Montenegro Colón.

En esos *Apuntes sobre la Guerra de la Independencia* insertados en el periódico ya indicado, el anónimo autor de tal crónica político-militar ofrece su testimonio, y es también a su vez cuestionado por otros que le señalan unos supuestos errores. No obstante, más allá de la polémica con los lectores y el redactor del periódico, lo notable es que se señalan unas correcciones necesarias al cuarto tomo de la *Geografía...* de Montenegro Colón. Tales correcciones se referían a varios detalles sobre la polémica retirada militar del coronel patriota García de Sena desde Barinas, en enero de 1814. Este es casi el único ejemplo, donde se pudo observar algún eco directo de la obra de Montenegro en la opinión pública ya que, en líneas generales, el silencio fue la respuesta más evidente que obtuvo Don Feliciano.

Puede agregarse que la prensa venezolana de entonces no incorporaba habitualmente trabajos de contenido histórico. Los mencionados son, por decirlo así, unos de los raros ejemplos localizados. Era mucho más factible conseguir en los periódicos reproducciones de

capítulos de novelas europeas, comentarios técnicos sobre asuntos agrícolas, avisos sobre fugas de esclavos, movimiento comercial, llegada y salida de buques o, cuando mucho, la llegada de alguna novedad bibliográfica a las pocas librerías del país. El plato fuerte de la casi totalidad de los periódicos de la época era la lucha política (elecciones, facciones, etc.) y la información relacionada con las decisiones de los poderes públicos. Dentro de los temas tratados comúnmente en las páginas de la prensa venezolana, el debate historiográfico no ocupaba un lugar de preeminencia y ello obedecía (pudiera creerse) a la molestia que producía enfrentarse a ese incómodo pasado reciente, donde muchos habían sido actores de primera línea y no precisamente en el campo de los que defendieron la patria que nacía en medio de la espantosa “guerra civil” en que se convirtió la guerra de emancipación nacional.

Una excepción a lo planteado anteriormente fueron algunas “Reflexiones” hechas por Antonio Leocadio Guzmán hacia 1842 sobre la persona de Montenegro. El redactor de *El Venezolano*, considerando las graves injusticias que había sufrido Don Feliciano, hizo un elogio de sus méritos como educador, filántropo e intelectual. Dijo entonces Guzmán que Montenegro tenía no solamente el mérito del Colegio sino también el de la escritura de su *Geografía*.

### **La obra y su época**

Se ha establecido que la obra historiográfica de Feliciano Montenegro Colón influyó fundamentalmente sobre autores como Rafael María Baralt. Más no fue éste el único, aunque sí uno de los que explícitamente reconoció su deuda con Don Feliciano.

Considerando los historiadores coetáneos y también los posteriores a la edición del “cuarto tomo”, entre ellos, Francisco Javier Yáñez, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, José Félix Blanco, José de Austria y Rafael María Baralt, solamente el último de los nombrados escribió y publicó una verdadera Historia Nacional y además tuvo en Montenegro una de sus reconocidas fuentes fundamentales.

La historia de Baralt, a la cual se le ha considerado como un modelo fielmente copiado hasta nuestros días, permitió superar la ausencia de una verdadera tradición historiográfica venezolana, una de cuyas excepciones fue la *Historia* de José de Oviedo y Baños. La obra de Baralt (y la de Codazzi), al igual que la de Montenegro, recibió el patrocinio oficial del gobierno de Páez y, en cierta forma, también produjo similar descontento en los altos círculos dirigentes que no se sintieron a gusto con el tratamiento histórico recibido.

El análisis comparativo realizado por el profesor Antonio Mieres en torno a un conjunto de textos seleccionados, permite comprobar la estrecha relación existente entre lo escrito por Baralt en su *Resumen de la Historia de Venezuela...* y una de sus fuentes más importantes, es decir, los *Recuerdos Históricos* de Feliciano Montenegro. Por supuesto que Baralt utilizó otras fuentes tales como Depons, Oviedo y Baños y muchos otros, no siempre citados con rigor.

En relación con la valiosa *Relación Documentada...*, obra del prócer Francisco Javier Yáñez, consideramos que lo que hubo fue un fructífero intercambio de documentos, aunque, al parecer, más de Yáñez hacia Montenegro que viceversa. En varias notas de su cuarto tomo, Montenegro comenta sus relaciones con Yáñez, facilitándole éste copias de su colección de documentos y, en algunos casos, su autorizada opinión sobre aspectos planteados. En todo caso, si ciertamente Yáñez recibió documentación realista o versiones orales de la misma tónica de parte de Montenegro, ello no debió alterar mayormente las opiniones de Yáñez, quien por lo demás no pudo ver publicada su obra en su propio tiempo. Ella será publicada un siglo después.

## Los motivos para un relativo rechazo

A lo largo de estas líneas ya hemos mencionado numerosos casos que pueden ser calificados como rechazos. No obstante, ahora destacaremos fundamentalmente cuestiones tales como el por qué obras como la *Geografía...* no tuvieron la aceptación que merecía. No insistiremos más en las denuncias que hizo el propio Montenegro sobre el

“encarcelamiento” de sus libros en los almacenes de la Tesorería de la Nación ni en las continuas descalificaciones que recibió por parte de personajes como el Dr. Ángel Quintero quien lo juzgó sólo apto “para coger café”, o de otros que le endilgaron epítetos como “godo”, realista, militar ignorante y traidor.

Considerando dicha *Geografía* en sí misma podemos entender también cuáles razones hubo para que no tuviese el impacto o influencia que su autor esperaba. Debemos comenzar señalando que una obra destinada a servir de texto o manual para la juventud, es decir, cuyo propósito explícito era compendiar la información mínima que un estudiante venezolano debía conocer, no era conveniente que tuviese una extensión de cinco tomos, de los cuales el número cuatro –la Historia de Venezuela– tenía 646 páginas. Debe recordarse que el quinto tomo sobre *Geografía de Venezuela*, aunque escrito y anunciado, quedó inédito, pues la publicación del *Atlas Geográfico* de Codazzi, bajo los auspicios del Estado, lo mató antes de nacer.

En ese sentido, no podía esperarse que una obra de tal envergadura intelectual –y de tal costo– sirviera efectivamente para lo que explícitamente era su objetivo primario, es decir, servir de manual escolar. Por otra parte, el número de estudiantes que asistía cada año a los denominados colegios nacionales, al Seminario o a la Universidad, y que además estuvieran interesados en adquirir la obra, no permitía que esa u otra similar circulase hasta agotar aunque fuese una edición modesta.

Debe también considerarse que no todos los colegios u otras instituciones superiores contemplaban cursos de Geografía General o de Venezuela. Peor aún, ninguno –para entonces– contemplaba cursos de Historia de Venezuela en forma obligatoria. Si acaso, tal estudio era una actividad complementaria como lo fue la iniciativa de organizar en 1841 una “Academia de Historia” en el *Colegio de la Independencia*.

Así como observamos que el susodicho “manual” no tenía las características de un verdadero compendio escolar (por su extensión desmesurada), tampoco tenía la categoría de una obra que la elite culta

del país considerara como un trabajo de gran calidad literaria o científica. Sin embargo, tal vez buena parte del público lector de la época, esto es, un segmento minúsculo de la escasa población de la Venezuela de entonces, aceptó una obra que, a pesar de sus limitaciones, llenaba un evidente vacío historiográfico nacional.

De todas maneras, los lectores de su obra o aquellos que simplemente la descalificaron tomando como base los comentarios de los que la habían leído o conocido no aceptaron que alguien, que había servido bajo las banderas de los monarcas españoles y que había estado ocupando posiciones en consejos de guerra y estados mayores, tanto en Venezuela como en Cuba y Puerto Rico, viniese después a escribir sobre tales cuestiones, erigiéndose en historiador de la patria que le acogía perdonándole –a medias– su pasado.

Muchos de sus lectores venezolanos lo habían visto lucir en Caracas y otras localidades del país el uniforme militar de teniente-coronel español; habían sentido el peso de sus decisiones en el Consejo de Guerra de Caracas y también conocido sus acciones en el Estado Mayor del Ejército realista que combatió todavía en el campo de batalla en Carabobo, el 24 de junio de 1821. En fin, a los venezolanos que entonces leían lo escrito por este viejo coronel retirado que regresaba como el hijo pródigo a la patria les costaba aceptar la sinceridad y honestidad de quien solamente regresaba y se dedicaba a esos literarios objetivos en el ocaso de su carrera militar y conociendo ya la derrota definitiva de la causa que defendió y que tan mal le pagó y decepcionó.

No nos cabe la menor duda de que el pasado del autor fue una de las causas determinantes de la tibia acogida que recibieron él y su obra.

## El horror a lo **contemporáneo**

Aún con el riesgo de parecer reiterativos, nos atrevemos a plantear que si se ve bien nuestro asunto y lo comparamos con lo que posteriormente se convirtió en una especie de “vicio historiográfico” nacional (como lo define Germán Carrera Damas), la obra de Montenegro puede ser considerada parte de ese conjunto de historias escritas por quienes no le tuvieron “horror a lo contemporáneo”. Ello es correcto, tanto si consideramos obras mayores como las de José Manuel Restrepo (*Historia de Colombia...*), Francisco Javier Yáñez, Rafael María Baralt, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal y José de Austria, como también muchas otras en forma de crónicas, memorias, apuntaciones o, simplemente, panfletos revolucionarios de la época. El planteamiento anterior revela que existía un factor explicativo del rechazo a la historia que iba más allá de las virtudes o defectos del autor y su obra. El factor no era otro que la mala conciencia que perseguía a muchos de los que conformaban la elite venezolana en los tiempos de la escritura y publicación de los libros de Montenegro.

La animadversión se reflejaba en ese desinterés por la historia de Montenegro, y las de otros autores también. Ese “horror a lo contemporáneo” que parecían sentir los potenciales lectores de entonces era

el reflejo natural de los que no querían que testigos incómodos hablaran a través de los documentos citados o a través del propio testimonio del escritor, testigo de excepción de una época turbulenta, donde muchos cambiaron de posición o de bando en repetidas oportunidades; no siendo el único, por supuesto, el célebre Marqués de Casa León, quien personificara esa conducta descrita magistralmente en la obra de Mario Briceño Iragorry.

En síntesis, fueron los potenciales lectores, es decir, los prohombres de esa elite de antiguos mantuanos, no todos con sus conciencias limpias de pecado y con justificadas razones para lapidar a Don Feliciano y su producción intelectual, los que desde los poderes públicos, la prensa, los colegios y universidades hicieron todo lo posible para que tal historia –u otras escritas por otros autores– no llegase a quien estaba destinada.

## Una última **reflexión**

Tal como lo afirmamos al comienzo de esta biografía, tenemos algunas certezas sobre la vida y obra de Feliciano Montenegro Colón, pero también tenemos que admitir que todavía persisten dudas sobre algunos pasajes de su vida y de su obra intelectual y pedagógica.

Como ocurre casi siempre, buena parte de las acciones que las personas llevan a cabo a lo largo de su vida adulta no son otra cosa que la proyección de su temprana biografía. En el caso de Feliciano Montenegro, ello lo podemos constatar ampliamente, comparando sus orígenes familiares, su formación intelectual y su quehacer hasta los cincuenta años, con lo que fue su vida, producción intelectual y actuación pedagógica en las dos últimas décadas de su existencia.

El contexto en el cual se formó inicialmente nuestro personaje no fue otro que el de la sociedad colonial venezolano-antillana. Si se examinan sus orígenes en forma más específica, puede considerarse a Montenegro como un típico representante de la elite hispanoamericana: la clase social y el rango de su familia materna, así como la preeminencia social y política de su padre (español-peninsular) que llegó a formar parte de la Real Audiencia de Caracas, marcaron su destino. O dicho de otra manera, su acceso a la selecta educación superior y a la

milicia (donde fue oficial de carrera hasta el grado de coronel) no fue algo a lo que pudiera haber aspirado cualquier venezolano de su misma generación. Tales privilegios estaban reservados, en tiempos regulares, a los que como él podían exhibir, junto a sus talentos y habilidades, la alcurnia de sus mayores a través de varias generaciones.

### **Los tres regresos a la patria**

Su primer regreso a Venezuela, después de una ausencia de siete años bien aprovechados en España, le dio la oportunidad de participar efímeramente como funcionario de la administración dirigida por la “Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII” instalada en Caracas. Mas su “huída” en los días previos a la Declaración de la Independencia (que puso fin a esa participación) lo marcó de por vida como tráfuga. Aunque siempre justificó que su retirada no significó sino una consecuencia con sus principios, es decir, los que la Junta Suprema de Caracas sustentaba nominalmente: lealtad al monarca legítimo y a la nación española que entonces enfrentaba la invasión napoleónica.

El segundo regreso se produjo después de la llegada a Venezuela del Ejército Expedicionario español del general Pablo Morillo. Esa estadía duró hasta que se completó la derrota realista en Carabobo. Durante ese período, esto es, entre 1816 y 1821, Montenegro ocupó importantes posiciones en consejos de guerra y de apelaciones, en comandancias y gobernaciones y en el Estado Mayor de las fuerzas realistas. Tales posiciones le dieron acceso a todo tipo de información jurídica, política y militar. Ello le servirá muchísimo para su futura función como historiador nacional, pero también le dejará una estela de enemigos que no olvidaron fácilmente ese pasado.

En el tercer regreso, el de 1831, vino a quedarse definitivamente en su ciudad natal. Arribó entonces con cincuenta años a cuestas, una buena formación intelectual, y, sobre todo, con una riquísima experiencia obtenida en los campos de batalla de Europa e Hispanoamérica, en las luchas políticas de España y en el hervidero de intrigas de la administración civil y militar de las posesiones españolas de Puerto Rico y Cuba.

Especialmente eso último casi lo lleva a terminar sus días como prisionero o fusilado por un régimen con renovados bríos monárquico-absolutistas, cuyos personeros juzgaban como peligrosos hasta a sus más fieles servidores, simplemente por identificarse con la Monarquía constitucional de moderado signo liberal y no tener el pedigrí de carnicero e intrigante como, por ejemplo, Francisco Tomás Morales.

Durante esos días cruciales vividos en la Cuba colonial de 1826 fue cuando decidió romper con una larga vida militar al servicio de la Monarquía española y luchar, más bien, por la causa contraria. Su compromiso de combatir en defensa de la amenazada independencia mexicana y a favor de la liberación de Cuba fue, en cierta manera, el inicio de su reivindicación como criollo comprometido con la causa americana, no obstante que no le fue sencillo convencer a quienes conocían su pasado. Muchos consideraron, tal vez erróneamente, que entonces se había hecho republicano o patriota por simple venganza.

Ese regreso en 1831 abrió una última etapa en el ciclo vital de Feliciano Montenegro Colón que pudiéramos denominar como el comienzo del ocaso de su vida.

Paradójicamente durante ese ocaso, cuando sufrió los achaques de la vejez, las estrecheces de la pobreza relativa casi en forma permanente, los ataques más despiadados a su reputación y, peor todavía, la indiferencia pública ante sus desvelos por la educación nacional, fue que Montenegro escribió y publicó sus obras fundamentales, las cuales tampoco le granjearon un reconocimiento proporcional al esfuerzo realizado y a la trascendencia de las mismas.

El cambiar su espada de coronel realista por la pluma del geógrafo e historiador nacional pretendidamente imparcial, que quería salvar para la posteridad la gloria de los héroes de la patria venezolana, y además, limpiar la afrenta infligida por el autor español Mariano Torrente al orgullo de una Hispanoamérica que había derrotado a su antigua Metrópoli, fue una tarea que no le aportó mayores créditos entre sus compatriotas que lo siguieron apostrofando como godo, realista, traidor y otros calificativos del mismo tenor. Uno, particularmente

hiriente, y que siempre prefirió usar el historiador Caracciolo Parra-Pérez fue el de “tránsfugo”.

Tampoco ayudó mucho el hecho de sacrificar los últimos años de su vida reconstruyendo el edificio-sede y enseñando en su *Colegio de la Independencia*, ni fundar la Escuela Normal, así como tampoco organizar instituciones filantrópicas (escuelas para niños pobres, casa de huérfanos, etc.) y dedicarse a escribir obras de carácter pedagógico-moral hasta que la ancianidad y la miseria lo llevaron a la tumba.

Si uno se pregunta la íntima razón que tal vez tuvo Montenegro en mente al decidir echarse encima la tarea de ser el “Tácito” de la nueva patria que lo acogía en su seno como el hijo pródigo, puede razonablemente suponerse que éste quiso afianzar su identidad nacional como venezolano –y, en cierta manera, justificar esa vida que llegaba al ocaso– escribiendo obras útiles requeridas por la ciudadanía de la nueva República.

El constante combatir con su pluma en defensa de su nombre y honor fue para Feliciano Montenegro Colón uno de sus quehaceres fundamentales. Entre sus armas principales estuvieron la apelación a ese gran tribunal de la opinión, la cita de honorables testigos incuestionables y el ejemplo de una vida consagrada al trabajo creador, orientado filantrópicamente. Su pluma y recursos pecuniarios parece que resultaron insuficientes para la ciclópea tarea a enfrentar, pues a pesar de todos los textos que escribió y publicó no pudo revertir la corriente de adversos juicios que se hicieron en su contra.

Muy pocos de sus contemporáneos fueron amigos y leales colaboradores de su persona o de sus variadas empresas pedagógicas y literarias. En tal sentido, Feliciano Montenegro Colón terminó casi totalmente aislado, pues se peleó con casi todos los que le tendieron la mano en aquellos difíciles días. Por su peculiar carácter –se decía que hosco y duro– quedó reducido a un combate solitario, donde llevó la peor parte, si consideramos que para entonces era la parte débil en medio de ese duelo desigual. Enemistarse con muchos de ellos tuvo como consecuencia agregar a sus enemigos de la primera hora a todos los que alguna vez apoyaron sus desvelos pedagógicos, geográficos e históricos.

## Su obra **mayor**

Si se hace una comparación entre la *Geografía General...* y el resto de sus escritos, no nos queda la menor duda sobre el nivel más elevado que tuvo tal obra, que llegó a ver publicados cuatro tomos y a dejar todavía inédita una parte de ella.

También, si se hace una comparación sistemática entre la obra de Montenegro y la del escritor español Torrente (sobre quien lanzó sus duras críticas en el tomo IV), puede admitirse que la obra del hispano ejerció una influencia mucho mayor a la que explícitamente se deja ver o reconocer. Pareciera que en los tres primeros tomos de la *Geografía General...* el modelo seguido y la fuente no indicada fuese la obra de Torrente. Ello es evidente en todo lo atinente a esa geografía descriptiva que inventariaba poblaciones, astros, montañas, lagos, ríos y otros datos, y también en esa síntesis que presentaba los momentos estelares de la Historia del mundo desde la remota Antigüedad.

La gran diferencia, ya lo sabemos, se observa en la narración que hace cada uno sobre la historia hispanoamericana reciente. Mientras que para Torrente todo se reduce a realizar la crónica de una guerra donde los leales vasallos de un amoroso monarca paternal se enfrentaban contra una cauda de insurgentes sanguinarios, desordenados e

ignorantes, dirigidos por unos jefes ambiciosos, cobardes y asesinos (en Venezuela destaca a Simón Bolívar, J.A. Páez y J.B. Arismendi), para Montenegro la cuestión es totalmente opuesta. Don Feliciano no solamente trata de demostrar los evidentes errores fácticos de Torrente cuando le replica en todas las notas que incluye en su cuarto tomo. También le responde (sin nombrarlo) cuando presenta con todo detalle los actos de barbarie que cometieron aquellos que Torrente calificó de “héroes”: José Tomás Boves, Francisco Tomás Morales y otros jefes similares. No obstante, hay que admitir que Montenegro fue muchísimo más equilibrado en su condena a la barbarie de la guerra a muerte que azotó a Venezuela. Cuando lo consideró necesario, también examinó y condenó las matanzas llevadas a cabo por los republicanos en contra de sus enemigos.

Creemos que la anunciada imparcialidad de la historia de Montenegro, aunque no fue absoluta, estuvo muy cercana a ser una honesta narración sobre un período particularmente difícil que dividió profundamente a la sociedad venezolana. Especialmente si consideramos a la elite, dado que gran parte de los sectores populares estuvieron, casi hasta el final, opuestos a la República e identificados con la causa del Rey.

Esa elite quedó desnudada por la pluma de Don Feliciano, quien al ofrecer detalles sobre la participación de sus miembros en las cortes de Cádiz y de Madrid, y también en la administración provincial y municipal colonial (especialmente en los tiempos de la Monarquía constitucional) recordaba cuestiones que muchos hubieran preferido que se olvidaran.

Muchos de los contemporáneos que conocieron la obra histórica de Montenegro no aceptaron la pregonada “imparcialidad” de éste. Les costaba admitir que alguien que tuviese ese pasado realista pudiese “desdoblarse” así, abandonando su propia participación entre los enemigos de la patria, para escribir un verídico testimonio de los hechos. Sin embargo, es de elemental justicia reconocer que Montenegro realmente hizo un gran esfuerzo al recoger sistemáticamente toda clase de fuentes, tanto de procedencia realista como patriota para apunta-

lar su narración, siendo ayudado en su tarea por insignes colaboradores como el historiador patriota Francisco Javier Yáñez. Este prócer civil fue uno de los muchos que le facilitaron variados documentos oficiales, periódicos y valiosos testimonios personales sobre notables acontecimientos del período de la Guerra de Independencia.

Por supuesto que a tales fuentes, recogidas después de su regreso en 1831 con la ayuda de patriotas amigos, se debían agregar las que el propio Feliciano Montenegro venía recolectando desde mucho antes, ayudada su tarea por su participación directa en el proceso que pretendió historiar.

El ambiente donde Don Feliciano colectó sus fuentes determinó, junto con su experiencia vital y formación intelectual, que lo fundamental de su obra tomase ese matiz de gran crónica guerrera. El análisis plasmado en el “cuarto tomo” que resumió sus *Apuntes Históricos* fue, en líneas generales, lo substancial de su Historia de Venezuela. Fue un relato de la acción de los ejércitos realistas y patriotas, y si se consideran las notas sobre otros países hispanoamericanos, la tendencia es idéntica.

En sus *Apuntes*, Montenegro sigue rígidamente la línea que sus documentos le imponen. En muchas partes de la obra el relato del autor es sustituido por la simple reproducción de largos documentos que supuestamente “hablan solos”, pues quien los citaba no los sometía a crítica o comentario alguno. Ese *documentalismo* (exagerado, algunas veces) es ciertamente un arma a favor del autor que trata por todos los medios de demostrar su imparcialidad como historiador, con sus comprobantes oficiales siempre a mano. Lógicamente, Montenegro sigue los estilos y costumbres propios de la época en cuanto al tratamiento de las fuentes y características del discurso historiográfico.

Comparando la suerte corrida por la obra geográfica e historiográfica de Montenegro con la de otros de sus contemporáneos (como Rafael María Baralt, Agustín Codazzi, Francisco Javier Yáñez, Juan Vicente González, José de Austria, José Félix Blanco y Felipe Larrazábal) pareciera que, a simple vista, Montenegro llevó la peor parte.

A pesar de tal percepción preliminar es bueno destacar que tampoco obras mayores auspiciadas por el Estado (como las de Baralt y Coda-  
 zzi), y que han marcado pauta hasta nuestros días, pudieron penetrar del todo en la sociedad y en la elite dirigente de entonces.

Si se toma como referencia la presencia de los temas históricos o geográficos en la prensa coetánea, el impacto intelectual reflejado fue muy pobre, sobre todo si no se toman en cuenta los avisos de suscripción y/o promoción de las mismas.

Más allá de los anuncios relacionados con la distribución de las obras o a los áridos debates sobre simples detalles de fechas o lugares, casi siempre planteados en función de excusar o condenar interesadamente alguna acción atribuida a determinado prócer de la epopeya nacional, el debate sobre lo publicado –bueno o malo– brilló por su ausencia. Por lo que ese silencio que rodeó la publicación de la obra de Feliciano Montenegro Colón *no fue exclusivo ni tampoco* causado únicamente por la ojeriza contra el autor y su pasado.

Finalmente, nos vemos tentados a repetir, una vez más, uno de nuestros planteamientos. Tenemos la convicción de que nuestros historiadores de la primera mitad del siglo XIX no le tuvieron horror a lo contemporáneo pero sí se lo tuvieron en cambio muchos de los que conformaron nuestras elites para entonces.

El trauma dejado por una cruenta y larga guerra, durante la cual muchos cambiaron de bando (el Marqués de Casa León no estuvo solo en el grupo), determinó esa situación de “mala conciencia” colectiva. Muchos de esos “traumatizados”, representantes de la clase dirigente, influyeron determinantemente en la orientación política de los ayuntamientos, diputaciones provinciales, Congreso Nacional, gabinete ministerial, los tribunales y en la prensa de opinión. Tal cosa explica esas actitudes cicateras (por ejemplo, en el Congreso) hacia quienes escribieron sobre ese pasado. Incluso, el gran geógrafo Coda-  
 zzi, sin haber tenido responsabilidad directa en las obras propiamente históricas, resultó víctima de tal situación. Todo por haberse asociado con Baralt.

Ese verse retratados en el papel de los textos de historia causaba profunda desazón en las conciencias de muchos de los patriotas de última hora que escondían su pasado de delaciones y traiciones con ensayadas poses de mártires nacionales y enrostrándole todo tipo de epítetos a quienes, como Montenegro, habían quedado en el bando realista perdedor.

Si siempre se ha dicho que la Historia la escriben los vencedores, quienes enfrentaron a Feliciano Montenegro Colón no admitieron que éste, habiendo estado del otro lado de la barrera, asumiera esa delicada tarea intelectual y política de partero historiográfico de la nueva nación que estrenaba independencia y buscaba una identidad propia. Pareciera que allí se aplicó lo que George Orwell –un tiempo más adelante– afirmó: que quien controla el presente controla el pasado.

A todo lo anterior habría que agregar la difícil travesía historiográfica que había que realizar para poder conciliar el culto a los héroes (teniendo que incluir a Simón Bolívar y a José Antonio Páez), la justificación de la disolución de Colombia y el sistemático cultivo de una “*leyenda negra*” sobre el pasado colonial y la propia España.

A los ojos de quienes dirigían el Estado y controlaban las instituciones políticas y la opinión pública, ninguna historia de las escritas hasta entonces, y mucho menos la de Feliciano Montenegro Colón, dejaba plenamente satisfechas sus expectativas. No cumplían cabalmente con el cometido que habían establecido o deseado, esto es, la justificación intelectual del nuevo orden político surgido de la desintegración de la Gran Colombia y de la ruptura con el Libertador Simón Bolívar.



## 1. OBRAS DE FELICIANO MONTENEGRO COLÓN:

a) *Obras Mayores de Historia y Geografía:*

MONTENEGRO COLÓN, Feliciano:

- **GEOGRAFÍA GENERAL PARA EL USO DE LA JUVENTUD DE VENEZUELA.** Caracas, Imprenta de Damiron y Dupouy, 1833-1837 (4 Vols.)
- **HISTORIA DE VENEZUELA.** Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia N° 26 (Estudio Preliminar por Alfredo Boulton), MCMLX-Sesquicentenario de la Independencia. 2. Vols. (Reimpresión del cuarto tomo de su **Geografía General**... Caracas, 1837.

b) **Escritos de Feliciano Montenegro Colón en defensa de sus opiniones y honra personal:**

MONTENEGRO COLÓN, Feliciano:

- **Manifiesto que hace el Teniente Coronel D. Feliciano Montenegro Colón, primer ayudante general de Estado Mayor del Ejército Pacificador sobre la conducta que observó en Maracaibo en las ocurrencias que se siguieron a la publicación y juramento de la Constitución Política de la Nación. Año de 1820.** Caracas, Imp. de D. Juan Gutiérrez, 1820, 42 pp.
- **Contestación al suplemento de El Fanal de 13 del corriente.** Caracas, Imp. Juan Gutiérrez, 1820, 12 pp.
- **Exposición que hace a las Cortes el Teniente Coronel Feliciano Montenegro, sobre varios acontecimientos de Costa Firme durante el mando absoluto ejercido allí por el excelentísimo señor Conde de Cartagena y su influencia perpetuada en el ministerio pasado de la guerra, según se ve en el real decreto de 18 de enero del corriente año.** Madrid, Imp. de d. M. Repullés, 1822, 36 pp.
- **Verdaderos Acontecimientos de Venezuela a Principios del Año 1821, o sea refutación de lo que con este motivo ha dicho el Coronel D. Sebastián de la Calzada en su papel titulado Idea Sucinta del carácter y disposición del Mariscal de Campo D. Miguel de la Torre, General en Jefe que ha sido del ejército expedicionario de Costa-firme, por el**

- Coronel D. Feliciano Montenegro, Jefe de Estado mayor en aquella época.** Puerto Rico, Imp. D. Julián Blanco, 1823 22 p.
- **Lettre du Colonel F. Montenegro, dans la quelle il donne un précis de sa conduite pendant le temps qu'il a été au service de l'Espagne.** Nouvelle Orleáns: Impr. Rue Corde, N° 20, 1827 14p. (Exposición de la Conducta de Feliciano Montenegro Colón. Nueva York, 30 de julio de 1830- Copia mecanografiada del manuscrito microfilmado de cuadernos y correspondencias de FMC. Archivo de la Fundación John Boulton de Caracas –Venezuela)
  - **Conducta Militar y Política de Feliciano Montenegro durante su dependencia del Gobierno español.** *Demostración de sus servicios a la causa americana bajo la protección de la República Mexicana.* Caracas, Imp. de Fermín Romero, 1831, 96 p.
  - **Manifestación Documentada en justa defensa de Feliciano Montenegro Colón.** Caracas, Imp. Boliviana por Domingo Salazar, 1846, 39 pp.
  - **Recuerdos Históricos y Curiosidades Útiles, a la Vez Que Escarmentadoras Hasta Para Aquellos Que No Reflexionen Mucho sobre ellas.** Caracas, Imprenta de Simón Camacho, 1847, 36 p.

**c) Otras Obras de Feliciano Montenegro Colón:**

MONTENEGRO COLÓN, Feliciano:

- **LECCIONES DE BUENA CRIANZA, MORAL Y MUNDO, O EDUCACIÓN POPULAR.** Caracas, Imp. por Francisco de Paula Núñez, 1841 205 p.
- **COLEGIO DE LA INDEPENDENCIA.** Caracas, Imp. por R. Aguilar y D. Salazar, 1843, 16 pp.
- **PROYECTO DE REGLAMENTO DE LA ESCUELA NORMAL DE LA PROVINCIA DE CARACAS.** Caracas, Imp. por George Corser, 1843 24 p.
- **Compendio de la Doctrina Cristiana Explicada y al alcance de toda especie de persona...** Caracas, 1843.
- **COLEGIO DE LA INDEPENDENCIA.** Caracas, Imp. por Aguilar y D. Salazar, 1843, 16 pp.
- **PROYECTO DE REGLAMENTO DE LA ESCUELA NORMAL DE LA PROVINCIA DE CARACAS.** Caracas, Imp. por George Corser, 1843, 24 p.

- **EXPOSICIONES... SOBRE LA EDUCACIÓN.** Caracas, Imprenta de El Venezolano, 1845.
- **AVISO QUE PUEDE SER DE UTILIDAD** (Hoja Suelta). Caracas, Imprenta de Domingo Salazar, 1850.

## **2. PRINCIPALES FUENTES HEMEROGRAFICAS DEL SIGLO XIX**

**Relacionadas con Feliciano Montenegro Colón, su obra intelectual y su Colegio de la Independencia. Localizadas en:**

- **LA BANDERA NACIONAL.** Caracas, N° 1 de 1-08-1837 hasta N° 114 del año 1839.
- **GACETA DE VENEZUELA.** Caracas, 1832-1838 (Nota: del N° 1, enero 9 de 1831 al N° 26, julio 3 de 1831; editada en Valencia. En Caracas, desde esa fecha en adelante. Consultada desde el N° 1 al N° 415.
- **EL LIBERAL,** Caracas, 1837-1848. No disponible desde el N° 1 al N° 32. Revisado desde el N° 33, 3-1-1837 hasta el N° 687, 22-1-1848.
- **EL LICEO VENEZOLANO.** Caracas, 1842.
- **EL NACIONAL,** Caracas, 1833-1838.
- **EL PATRIOTA,** Caracas, 1846-1846. Revisado desde el N° 1, 1-3-1845 hasta la última entrega, N° 48, 14-2-1846.
- **EL VENEZOLANO.** Caracas, 1840-1846.

## **3. OTRAS FUENTES**

### **a) Libros y Memorias-siglo XIX:**

- AUSTRIA, José de: **BOSQUEJO DE LA HISTORIA MILITAR DE VENEZUELA** (Estudio Preliminar por Héctor García Chuecos), Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (N° 2), MCMLX, Sesquicentenario de la Independencia. 2 Vols.
- **AUTOBIOGRAFÍA DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ.** (Biblioteca Venezolana de Cultura. colección Andrés Bello). Caracas, Edición del Ministerio de Educación Nacional – Dirección de Cultura, 1946 2 Vols.

- AZPURUA, Ramón, BIOGRAFIAS DE HOMBRES NOTABLES DE HISPANO AMÉRICA. Caracas, Imprenta de la Nación, 1877 4 Vols. (tomo IV, pp. 92-95: Biografía de Feliciano Montenegro Colón)  
\_\_\_\_\_. y José Félix Blanco: DOCUMENTOS... (Vol. III, pp. 134-136: "Evasión de Don Feliciano Montenegro Colón", artículo sin firma). Caracas, 1876.
- BARALT, Rafael María y Ramón Díaz: RESUMEN DE LA HISTORIA DE VENEZUELA. Caracas, spi, 1975 3 Vols.
- CALCAÑO, Julio: RESEÑA HISTÓRICA DE LA LITERATURA VENEZOLANA. Caracas, Tip. El Cojo, 1888.
- DÍAZ, José Domingo. RECUERDOS SOBRE LA REBELIÓN DE CARACAS. (Estudio Preliminar y Notas de Ángel Francisco Brice). Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia (Vol. N° 38), MCMLXI Sesquicentenario de la Independencia. 600 p.
- GUZMÁN, Antonio Leocadio: DATOS HISTORICOS SUR AMERICANOS (Tomo III). Bruxelles, Typographie V. Ch. Venderauwera. 1880.
- TORRENTE, Mariano: GEOGRAFÍA UNIVERSAL FÍSICA, POLÍTICA E HISTÓRICA (Dedicada al Excmo. Señor Duque de San Carlos por D. Mariano Torrente). Madrid. Imprenta de Don Miguel de Burgos, 1827-1828 (Tomo I; tomo II; Apéndice-Vol. 3).
- HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN HISPANO AMERICANA (Por D. Mariano Torrente, autor de la Geografía Universal) Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1829-1830 (3 Vols).
- VERDAGUER, J.A (Juan Antonio); RELATO DEL TENIENTE CORONEL D. FELICIANO MONTENEGRO O SEA SOBRE SU ADMINISTRACIÓN EN EL TIEMPO QUE FUE GOBERNADOR INTERINO DE MARACAIBO. Caracas, Imprenta de D. Juan Pei, 1821, 44 p.

**b) Antologías:**

- LIBRO DE DECRETOS DEL PODER EJECUTIVO DE VENEZUELA POR EL DESPACHO DEL INTERIOR Y JUSTICIA 1831-1842. Caracas, Banco Central de Venezuela, 1973, 388 p.

- PENSAMIENTO POLÍTICO VENEZOLANO DEL SIGLO XIX – TEXTOS PARA SU ESTUDIO. Caracas, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar-Congreso de la República, 1983. 15 Vols.

#### **c) Anuarios contentivos de materiales del Siglo XIX:**

- **ANUARIO** (Años 1967-68-69). Caracas, Instituto de Antropología e Historia – Facultad de Humanidades y Educación Universidad Central de Venezuela, 1971. 1.724 pp. (Tomos IV y V – VI agrupados en dos volúmenes dedicados al estudio de “*Materiales para el estudio de la ideología realista de la independencia*”. Entre ellos, los de A.I. Cortabarría, p. Urquinaona P., Salvador Moxó, J.F. Heredia, J.D. Díaz. A. Laborde, M. De la Torre, F. De Azpurua, F.T. Morales, A. Level de Goda).
- **ANUARIO** (Años 1970-71). Caracas, Instituto de Antropología e Historia- Facultad de Humanidades y Educación Universidad Central de Venezuela, 1972 (tomos VII y VIII en un volumen único de 849 p.

#### **4. BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA GENERAL DE APOYO:**

##### **a) Libros:**

- BRADING, David: LOS ORÍGENES DEL NACIONALISMO MEXICANO. México, Ediciones ERA, 1983.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario: CASA LEÓN Y SU TIEMPO (Aventura de un anti-héroe). Caracas, Editorial elite, 1946.
- CARRERA DAMAS, Germán: HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA VENEZOLANA (Textos para su estudio). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1985 tomo I.
- DICCIONARIO DE HISTORIA DE VENEZUELA. Caracas, Fundación Polar, 1988, 3 Vols.
- ENSAYO DE UN REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO VENEZOLANO 1800-1950 (Compilación de Ángel Raúl Villasana). Caracas, Banco Central de Venezuela, 1976 Véase especialmente: Tomo V, letras M-P).

- FERNÁNDEZ HERES, Rafael: LA INSTRUCCIÓN DE LA GENERALIDAD. Historia de la Educación en Venezuela 1830-1980. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1981.
- GIL FORTOUL, José: HISTORIA CONSTITUCIONAL DE VENEZUELA. Caracas, Ediciones de la Librería Piñango, 1976 3 Vols.
- MIÉRES, Antonio. TRES AUTORES EN LA HISTORIA DE BARALT (Prólogo de Eduardo Arcila Farías) Caracas, Facultad de Humanidades y Educación-Instituto de Estudios Hispano Americanos, Universidad Central de Venezuela, 1966.
- MORÓN, Guillermo: LOS CRONISTAS Y LA HISTORIA. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1957.
- PARRA-PÉREZ, Caracciolo: HISTORIA DE LA PRIMERA REPÚBLICA DE VENEZUELA. Caracas, 1939 2 Vols.
- PICÓN FEBRES, Gonzalo: LA LITERATURA VENEZOLANA EN EL SIGLO XIX (Ensayo de historia Crítica). Caracas, Empresa El Cojo. 1906, 429 pp. Existe edición más reciente. Caracas, Presidencia de la República, 1972.

#### **b) Enciclopedias:**

- **NEW ENCYCLOPEDIA.** New York, Funk & Wagnalls, inc., 1979.
- **NEW ENCYCLOPEDIA BRITANNICA.** London, Encyclopedia Britannica, Inc., 1974.

#### **c) Artículos:**

- WATTERS, Mary: "A Venezuelan Educator: Don Feliciano Montenegro Colón". Washington, D.C., (Reprinted from) THE AMERICAS, Vol. III, January, 1947, Number 3 pp. 277-294. Nota: Existe traducción en español bajo el título de WATTERS, Mary: "Un educador Venezolano Don Feliciano Montenegro Colón" en BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA N° 30 (119). Caracas, julio-septiembre 1948, pp. 269-287.

#### **d) Otros Materiales (Inéditos para la fecha de la redacción de la primera versión de este trabajo):**

i) *Monografías Presentadas en seminarios del Doctorado en Historia, UCAB, 1990 (trabajos bajo la tutoría del Dr. Nikita Harwich Vallenilla)*

- Franceschi G., Napoleón:

**"EL CULTO A LOS HÉROES: Una visión del Problema a Partir de una muestra de la producción intelectual venezolana del siglo XIX"**... Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1990 (publicado un adelanto en la revista TIEMPO Y ESPACIO) (Nº 14, Vol. VII, julio-diciembre 1990). Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, 1990, pp. 9-34). Posteriormente publicada ampliada como libro (Caracas, Litho-tip., 1999).

- Franceschi G., Napoleón:

**"Don Feliciano Montenegro Colón aporte historiográfico"** Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1990. **NOTA:** Posteriormente publicada ampliada como libro bajo el título de **VIDA Y OBRA DEL ILUSTRE CARAQUEÑO DON FELICIANO MONTENEGRO COLÓN** (*Su aporte historiográfico y contribución al desarrollo de la educación venezolana de la primera mitad del siglo XIX*). Caracas, Alcaldía de Caracas, 1994.

- Plaza Elena.

**"Historia y Nacionalidad: El Resumen de la Historia de Venezuela de Baralt"**. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1990, 91. p. (publicado un adelanto en la revista TIEMPO Y ESPACIO (Nº 13, Vol. VII, Enero-Junio 1990). Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, 1990).

- Raynero M. Lucia.

**"Aspectos Historiográficos en Juan Vicente González"** Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1990.

\_\_\_\_\_. **"El fundamento Histórico de la Nacionalidad Venezolana en la Historiografía de Francisco Javier Yáñez"** Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, diciembre 1990, 160 p.

ii) *Otras Monografías:*

- Franceschi G., Napoleón **"Obra Intelectual y Actuación Pública de Pedro Rodríguez - Conde de Campomanes y otros Representantes Fundamentales"**

*del Despotismo Ilustrado Español del Siglo XVIII*" (Redactado bajo la Dirección del Dr. Juan Morales Álvarez – doctorado de Historia. Caracas, UCAB, 1989, 75 p.) Publicado parcialmente bajo el título de "*Pedro Rodríguez Conde de Campomanes, Ilustrado Español del Tiempo de la Revolución Francesa*" pp. 69-90 en la REVISTA TIEMPO Y ESPACIO N° 11. Caracas, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Instituto Pedagógico de Caracas, 1989.

## 5. DOCUMENTOS

Además de los documentos impresos que Feliciano Montenegro Colón reproduce en sus escritos como testimonios en su favor, deben revisarse estos textos fundamentales:

- "*Elección de Diputados a las Cortes de Cádiz en 1810*" Caracas, fundación John Boulton, Sección Venezolana del archivo de la Gran Colombia, serie W, caja "Venezuela", N° 103-110.
- "*Mensaje de los Diputados en las Cortes*" (Esteban Palacios y Fermín de Clemente, Isla de León – Cádiz – 24-11-1810) Caracas, fundación John Boulton, Sección Venezolana del Archivo de la Gran Colombia, serie W, caja "Venezuela", N° 111-113.
- "*Interrogatorio a Feliciano Montenegro Colón por la junta Suprema de Caracas, el 27 de enero de 1811*" Caracas, Fundación John Boulton, Sección Venezolana del archivo de la Gran Colombia, serie W, caja "Venezuela", N° 114-127.
- "*Exposición de la Conducta de Feliciano Montenegro Colón*" (Cuaderno primero, segundo y tercero). Caracas, Fundación John Boulton, Sección Venezolana del archivo de la Gran Colombia, serie S, Tomo CLXXXVIII, N° 358-457.
- "*Grado de Bachiller de Don Feliciano de López Montenegro, 177, en Artes*". Caracas, Archivo Universitario (Grados de Bachiller Filosofía – años 1796-1797, Vol. 16, expediente 26).

|                                                      |           |
|------------------------------------------------------|-----------|
| <b>Las ventajas de la escasez</b>                    | <b>9</b>  |
| Algo más sobre las fuentes                           | <b>12</b> |
| Los aspectos fundamentales de su vida: 1781-1853     | <b>13</b> |
| <b>En defensa de su honor</b>                        | <b>21</b> |
| <b>En defensa de su nombre</b>                       | <b>25</b> |
| El Gobernador interino, 1820-1821                    | <b>25</b> |
| Un texto publicado en Madrid                         | <b>29</b> |
| Una defensa desde Puerto Rico                        | <b>32</b> |
| Montenegro se defiende desde Nueva Orleans           | <b>34</b> |
| 1830                                                 | <b>35</b> |
| Contra el baúl de oro y otras infamias               | <b>38</b> |
| <b>Algo más sobre su carácter</b>                    | <b>43</b> |
| Otros documentos en defensa de su nombre             | <b>46</b> |
| Un texto de 1847                                     | <b>48</b> |
| El más formidable instrumento para su defensa        | <b>50</b> |
| <b>El pedagogo</b>                                   | <b>53</b> |
| El debate en la prensa                               | <b>56</b> |
| Las Escuelas Normales                                | <b>59</b> |
| Incursionando en la urbanidad                        | <b>62</b> |
| Las <i>Lecciones de Buena Crianza, Moral y Mundo</i> | <b>64</b> |
| <b>Montenegro y la geografía</b>                     | <b>69</b> |
| El patrocinio público de la obra                     | <b>72</b> |
| El cuarto tomo de la <i>Geografía</i>                | <b>75</b> |
| Algo más sobre las fuentes y contenido de la obra    | <b>77</b> |
| Sobre patriotas y realistas                          | <b>85</b> |
| Las razones para la escritura                        | <b>88</b> |
| El impacto de la obra                                | <b>92</b> |

|                                      |            |
|--------------------------------------|------------|
| La obra y su época                   | 97         |
| Los motivos para un relativo rechazo | 98         |
| <b>El horror a lo contemporáneo</b>  | <b>101</b> |
| <b>Una última reflexión</b>          | <b>103</b> |
| Los tres regresos a la patria        | 104        |
| <b>Su obra mayor</b>                 | <b>107</b> |
| <b>Bibliografía</b>                  | <b>113</b> |

## **Biblioteca Biográfica Venezolana**

### **Títulos publicados**

#### **Primera etapa / 2005-2006**

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

#### **Segunda etapa/ 2006-2007**

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

### **Tercera etapa / 2007-2008**

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernández
70. Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi G.

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.





**La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.**

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

**Antonio López Ortega**

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

**Isaac Chocrón**

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

**Eugenio Montejo**

# Feliciano Montenegro

Biblioteca  
Biográfica  
Venezolana

Napoleón Franceschi G.

¿Qué le dice al venezolano de nuestros días el nombre de Feliciano Montenegro Colón? Quizás el de un personaje del cual nunca antes había oído hablar. No obstante, fue uno de los primeros historiadores de Venezuela, y, por consiguiente, salir al rescate de su memoria como lo hace el profesor Napoleón Franceschi es deber de consecuencia con quien, a su vez, rescató etapas fundacionales de Venezuela. Nacido en Caracas, a raíz de los sucesos del 19 de Abril de 1810 Montenegro viajó secretamente a España y como militar estuvo al servicio del rey, hasta que optó por regresar y vincularse con su país de origen, no sin despertar resistencias y rechazos.

Si no hubiera sido historiador, quizás esas reticencias no habrían tenido lugar; los protagonistas desconfiaron de su pasado "godo". Contó, sin embargo, con el respaldo de Páez y de Vargas. Atravesó un tiempo signado por los avatares personales de la guerra, mientras persistía en "historiar lo contemporáneo", lo cual a su vez generaba resquemores entre quienes aspiraban a entrar a los anales. Le sucedió a Baralt con sus capítulos sobre los héroes que aun estaban en la escena. La aparición del joven historiador zuliano eclipsa a Montenegro, y la figura del eclipse lo persigue entonces, como preludio del olvido.

Veremos también aquí la tragedia de quien intenta ser, a la vez, el primer "geógrafo" del Estado Nacional que nace en 1830, para verse opacado por Codazzi. Es no menos la malaventura del pedagogo, autor de *Lecciones de Buena Crianza, Moral y Mundo*, cuya obra pasa fatalmente a la oscuridad por la popularidad del *Manual* de don Manuel Antonio Carreño. Esa vida a la sombra de otros que corrieron con mayor suerte fue iluminada por el profesor Franceschi para rescatar a un gran pionero de la historia venezolana.

**Simón Alberto Consalvi**

ISBN 980-395-167-2



J-00012242-3

**EL NACIONAL**

J-00002949-0

**BANCARIBE** 